



LA JUSTICIA

DE LOS

INMISERICORDIOS

Joaquín Euler

LA JUSTICIA DE LOS INVISIBLES

SIN SALIDA (LIBRO I)

JOAQUÍN EULER

Copyright © 2019, Joaquín Euler.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

CAPÍTULO 1

Era lunes y me tocaba trabajar en el turno de la noche. Contemplé el viejo edificio y por unos instantes, padecí el tormento de una de mis dudas existenciales más recurrentes, ¿debía entrar a trabajar o tomaba coraje, subía a mi auto y me iba de mochilero al sur? ¿Al norte? ¿A cualquier lugar que implicara estar a cientos de kilómetros de una oficina fiscal?

Las oficinas fiscales fueron creadas con el objetivo de agilizar y hacer más eficiente el sistema penal de algunas provincias argentinas y tenían la particularidad de funcionar dentro de las comisarías, las 24 horas, los 365 días del año.

La cantidad de personal variaba según el número y la complejidad de los delitos que se cometían dentro de la jurisdicción. La oficina en la que yo trabajaba estaba compuesta por tres abogados, que ocupaban el cargo de ayudantes fiscales; 18 auxiliares, que hacíamos turnos rotativos para cubrir nocturnas y fines de semana; un ordenanza, que se encargaba de la limpieza y un pequeño grupo de policías que eran los encargados de realizar el trabajo de investigación en el terreno, es decir, fuera de la oficina.

Nunca aspiré a ser ni abogado ni policía. Mi única gran afición era la lectura y mi sueño siempre había sido tener un bar en el sur argentino, ansiaba vivir rodeado de un ambiente apacible donde pudiera sentarme a leer tranquilo y sin preocupaciones.

Persiguiendo mi sueño, estudié Filosofía y me recibí a los 22 años. Recién entonces, tomé conciencia de que mi vasta cultura no iba ayudarme a pagar ni la comida, ni los impuestos, ni mucho menos el alquiler un bar.

Tenía que buscar una forma de ganarme la vida y la docencia parecía una buena opción. Durante 2 años probé dando clases de Latín y Griego Antiguo en los colegios, y ese tiempo fue suficiente para darme cuenta de que mi vocación para enseñanza era inexistente.

El Poder Judicial era uno de los empleos estatales más codiciados. Los empleados judiciales tenían los mejores sueldos, trabajaban solamente 6 horas y gozaban de 45 días de vacaciones al año. No obstante, era de público conocimiento que para poder ingresar se necesitaba tener parientes, amigos o algún contacto importante dentro de la institución.

Cuando inesperadamente el Poder Judicial de Mendoza llamó a concurso

para cubrir nuevos cargos, yo me encontraba en la búsqueda de un plan B que me permitiera sobrevivir. Por supuesto, el gesto de generosidad se debía a que nadie con poder o influencias estaba dispuesto a enviar a sus protegidos a secarse el cerebro y dinamitar su sistema nervioso dentro de una comisaría, pero como yo no tenía una opción mejor, rendí los exámenes y me convertí en un empleado público.

Una oficina fiscal era exactamente lo opuesto a mi empleo ideal, pero como era un optimista nato, no me deprimí, lo tomé como un trabajo temporal, como una aventura mientras encontraba otro camino. Desde entonces habían pasado 5 años y el otro camino seguía sin aparecer.

¿En qué consistía mi trabajo? Cuando ocurría un delito contemplado dentro del Código Penal, desde lo más simple, un robo; hasta lo más complejo, un abuso sexual o un homicidio, las víctimas, a veces solas, a veces acompañadas por personal policial, debían concurrir a una oficina fiscal para realizar la denuncia.

Luego de padecer una experiencia traumática, muchas veces con sólo unos minutos de diferencia, las personas se veían sentadas enfrente de mí o de algún otro auxiliar judicial, para comenzar un largo proceso que tenía como objetivo final, brindarles justicia a las víctimas.

En la teoría sonaba perfecto, aunque en la práctica..., en la práctica las cosas eran mucho más complicadas.

—Hola, Fabián —saludé.

Fabián Gutiérrez era uno de los policías que trabajaba en la comisaría en donde funcionaba mi oficina. Él estaba hablando por teléfono en la guardia, pero alejó el auricular para comentar con una sonrisa:

—¡Llegó el héroe! Después me das un autógrafo.

Lo miré perplejo durante unos segundos y luego continué mi camino sin entender de qué me estaba hablando.

Para que las oficinas fiscales pudieran funcionar, cada comisaría tuvo que ceder un espacio de su edificio al Ministerio Público. Las áreas obtenidas se habían acondicionado lo mejor posible, sin caer en alardes innecesarios de comodidad o eficiencia, incluso algunas de ellas se caracterizaban por representar la antítesis de todos los principios recomendados por la ergonomía.

Mi lugar de trabajo ocupaba la parte frontal del edificio de la comisaría y estaba conformado por una oficina para el ayudante fiscal, una pequeña

habitación destinada a guardar los suministros, expedientes y secuestros, y una pequeña habitación destinada a la mesa de entrada o recepción. El resto del espacio, que no era mucho, se había dividido con tabiques formando boxes. En cada box había un escritorio y una computadora, y era el lugar donde los auxiliares hacíamos pasar a las víctimas para tomarles la denuncia, y a los aprehendidos para imputarles algún delito.

En todo el edificio existían solamente dos baños, uno para hombres y uno para mujeres. Eso significaba que teníamos que compartir los retretes y los urinarios con las personas que estaban de paso, como los detenidos y denunciantes; y también con los que tenían allí su residencia fija, como las cucarachas e insectos varios.

Cada oficina tenía designado un ordenanza que debía encargarse de la limpieza. Los ordenanzas trabajaban únicamente 6 horas diarias y teniendo en cuenta el reducido tamaño de nuestras dependencias, sacarle brillo no podía llevarles más de una hora, incluidos los baños.

No obstante, mi oficina se asemejaba más a una pocilga que a un espejo. Los nuevos auxiliares, en sus ataques de aprensión, solían abusar del alcohol en gel hasta que, agotados, se acostumbraban a la mugre o se rendían ante un virus.

Los cargos de ordenanzas se cubrían a la vieja usanza del Poder Judicial, es decir, a dedo. En mi oficina, el encargado de la limpieza se llamaba Oscar García, tenía 48 años y me caía muy bien, a pesar de que la proactividad y el amor por la limpieza no eran rasgos de su personalidad.

Oscar llevaba en la oficina casi el mismo tiempo que yo y desde el principio se había negado a lavar las tazas y los vasos más de una vez por turno. Como yo tenía fama de ser bueno manejando a denunciantes difíciles, mis compañeros me pidieron que utilizara mi poder de persuasión para convencerlo de que tuviera la amabilidad de lavarlas más seguido.

Mi misión fue todo un éxito y había empezado a pensar que tal vez tendría oportunidad en el ámbito de la política o como pastor en alguna secta, cuando un día descubrí, accidentalmente, que Oscar lavaba las segundas y terceras tandas de vasos y tazas con la misma esponja que utilizaba para limpiar los lavabos de los baños. Entonces, desistí de mis aspiraciones como líder y guía de los hombres y volví a mi humilde sueño del bar en un paraíso natural.

A Oscar le encantaba conversar y tenía un modo de hablar muy

particular. Sus frases cortas comenzaban y terminaban siempre con la misma palabra, por ejemplo: “Hola, Gaspar, hola”; “Está lloviendo, hoy, está lloviendo”, y un cansador etc., mientras que en las frases largas, repetía siempre las últimas palabras. Por voluntad propia, él había decidido hacer algunas nocturnas.

—Ahora sos un héroe, Gaspar, ahora sos un héroe —me saludó al entrar.

—¿De qué hablás, Oscar? —pregunté un poco preocupado, era la segunda vez en pocos minutos que vinculaban esa palabra con mi nombre.

Era una de las madrugadas más frías del año, había empezado a nevar y gracias a eso no había ningún denunciante. Un verdadero milagro que seguramente duraría muy poco. Además de Oscar, en la oficina estaban Francisco, mi compañero de nocturna, y Juan, un policía que formaba parte del equipo de investigaciones.

Francisco tenía 38 años y era contador. Por mérito propio había conseguido un empleo en la parte administrativa de la Universidad Nacional de Cuyo. Sin embargo, en esta dependencia estatal argentina, lo que importaba no era el mérito, sino los contactos políticos. Francisco no los tenía y por eso llevaba años esperando ser nombrado y viendo como gente con menos preparación, experiencia y capacidad, ascendía, mientras que él se quedaba estancado, dependiendo año tras año de la renovación de un contrato.

Cuatro años atrás, Celina, la esposa de Francisco, quedó embarazada y eso lo obligó a buscar un trabajo que le diera mayor seguridad ante su incierto futuro laboral. La opción del Poder Judicial le resultó atractiva, rindió con uno de los mejores promedios, pero como tampoco tenía ningún amigo o pariente dentro del Poder Judicial, era un tipo sin suerte, terminó trabajando como auxiliar en una oficina fiscal, un lunes a la madrugada.

Celina tuvo gemelos y al poco tiempo de haber parido quedó otra vez embarazada, entonces Francisco también tuvo que conservar su trabajo en la universidad. Trabajaba en el turno mañana como contador y realizaba los turnos de la tarde o de la noche en la oficina.

Un ritmo de trabajo tan intenso hubiera estresado a cualquiera, no obstante, mi amigo era la flema personificada, no había nada que pudiera enojarlo o alterarlo. No me lo podía imaginar gritando, ya fuera de alegría o de furia. Debido a las características de su temperamento, lo habían apodado Droopy Dee y era un sobrenombre que le sentaba a la perfección.

Él no fumaba y prácticamente no bebía alcohol, su gran debilidad era la

comida y su abdomen, cada vez más abultado, indicaba que estaba perdiendo la batalla frente a su único vicio.

Su esposa, en un último intento de obligarlo a adelgazar, le había prohibido que se comprara ropa nueva. Por esta razón, si osaba prenderse el botón del cuello de la camisa, corría el riesgo de morir asfixiado; en tanto que los botones ubicados en la parte más prominente del estómago, amenazaban con salir volando en cualquier momento. ¡Daba pena mirarlos!

Sus pantalones no corrían mejor suerte, a la altura de la cadera se transformaban en calzas ceñidas al cuerpo.

Juan y Francisco estaban en el despacho del ayudante fiscal, el lugar más cómodo de la oficina y que permanecía vacío durante la noche, a menos que ocurriera un hecho lo suficientemente grave que justificara que lo despertáramos, como un robo a mano armada con toma de rehenes. A su vez, para que el ayudante fiscal osara despertar al fiscal, se necesitaba una verdadera catástrofe, un hecho similar a Bin Laden con un cinturón de explosivos, encerrado en un edificio con 1.000 personas, la mitad de las cuales tenían que ser bebés y niños; o en su defecto, un incidente en el que estuvieran presentes las cámaras de televisión.

—¿Qué pasa? —pregunté con suspicacia.

—Te mandé un montón de mensajes, ¿por qué no me contestaste? —me recriminó Francisco.

Los sábados y domingos que no trabajaba solía irme a la montaña. Necesitaba desconectarme, ver cascadas, árboles y pajaritos. La naturaleza me ayudaba a entrar en una amnesia transitoria durante la cual podía olvidar toda la basura que había escuchado durante la semana.

—Me fui a la casa de Aurora y apagué el teléfono, después me olvidé de prenderlo —dije sacándolo del bolsillo.

Al encenderlo, vi que no sólo tenía mensajes de Francisco y de Juan, sino también de toda la gente de la oficina, de familiares y amigos.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupado.

—Esto —dijo Francisco, señalando el monitor de la computadora y dándole play a un video de Youtube—. Saliste en *Todavía quedan héroes*.

El video correspondía a un fragmento de un noticiero emitido por un canal local.

—Mierda —murmuré, no podía creer lo que estaba viendo y escuchando.

En ocasiones, la vida podía ser muy irónica. Mientras yo salía asqueado del trabajo y con ganas de no volver más, otros sentían verdadera pasión por lo que ocurría en las comisarías.

Clara Igarzabal, una periodista especializada en policiales, pertenecía a ese grupo. Trabajaba en el diario y en la televisión, y sus artículos, notas y reportajes, tenían muy buena recepción por parte del público.

Sin embargo, había alcanzado la popularidad gracias a una sección denominada *Todavía quedan héroes*. En ella, Clara se valía de la emotividad para provocar un impacto en los espectadores. Mezclaba la realidad con la ficción sin ningún tipo de escrúpulo y sin tomarse la molestia de avisar a sus ávidos televidentes que lo que estaban viendo, guardaba muy poca o ninguna relación con los hechos reales. Igarzabal manipulaba y tergiversaba la información según sus necesidades.

No obstante, como los héroes no abundaban y ella necesitaba al menos uno a la semana para poder llenar su sección, suplió la carencia con un método muy simple. Si no encontraba a un paladín que le viniera bien para hacer moquear a la gente, se lo inventaba, se lo inventaba literalmente, inspirándose en los acontecimientos policiales que tanto le apasionaban.

Los videos de Clara dejaban a la gente con el corazón acelerado y con los ojos llenos de lágrimas. Su éxito se debía a una inteligente combinación de música sensiblera de fondo, primeros planos y la narración de una buena historia, ficticia o no, que generalmente se dividía en 2 momentos.

En el primer momento, Clara describía minuciosamente una situación o un suceso triste y desolador que provocaba la angustia del televidente. En el segundo momento ocurría la salvación, cuando las cosas no podían estar peor aparecía un hombre o una mujer que se convertía en héroe o heroína y que dejaba a la audiencia con la sensación de que valía la pena estar vivo porque a pesar de todas las preocupaciones, a pesar de que el dólar y la inflación se fueran a las nubes, todavía quedaba buena gente en el mundo.

—Esta nota salió el viernes a la noche por Canal 7 —añadió Francisco.

—Sí, el video se hizo viral en las redes y hasta lo levantaron algunos canales de Buenos Aires —afirmó Juan—. Hay que reconocer que Clara que tiene talento, yo casi me emocioné al verlo y eso que sé que es mentira porque estuve ahí.

Me di cuenta de que la filmación correspondía a un incidente ocurrido el jueves de la semana anterior, pero no recordaba haber visto a Clara en el

lugar.

—¿Igarzabal estaba ahí? ¿Quién me filmó? —pregunté todavía atónito.

—Ese barrio estuvo muy movido la semana pasada, ella tiene que haber estado allí por otros casos y filmó todo sin que nos diéramos cuenta —aseveró Juan.

El video comenzaba con el conmovedor llanto de una mujer que había perdido a su hijo de un año y medio. A continuación, se sucedían una serie de imágenes más en primer plano, en las que luego de caminar temerariamente y haciendo equilibrio por el borde de un zanjón repleto de basura, me arrojaba de cabeza al mar de inmundicia para, supuestamente, realizar el heroico rescate del niño perdido. La ficción, la tergiversación de los hechos era de tal magnitud que no podía darle otro nombre, finalizaba con la feliz madre abrazada a su hijo, conmigo a su lado, reconfortándola.

A las imágenes perfectamente editadas, se le agregaba la infaltable música emotiva de fondo y la voz de Clara como narradora de la historia, cuyo tono e intensidad variaba según lo requiriera la escena.

El suceso real que sirvió como fuente de inspiración a la periodista, había ocurrido el jueves anterior. Mi turno habitual, cuando no me tocaba hacer nocturnas, era el de la tarde de 16:00 a 24:00. Ese día tenía que ir a tomar una testimonial a una anciana que no podía concurrir a la oficina porque no podía caminar. Por una cuestión de seguridad, la señora vivía en un barrio marginal bastante complicado, Juan y Ernesto Prezo, un policía que se había ganado mi inmediata simpatía por la ironía que representaba semejante apellido para alguien de su profesión, me acompañaron hasta el lugar.

La mayoría de los que vivían en ese barrio eran buenas personas, no obstante, solía haber una minoría que era muy peligrosa y que no iba a estar contenta con nuestra presencia. Por esta razón, planeamos ir a primera hora de la tarde, pero como surgieron diferentes urgencias, llegamos al lugar recién a las diez de la noche.

La víctima y su esposo nos atendieron con suma cordialidad y pude tomar la testimonial en menos de una hora. Sin embargo, cuando salimos de la casa, una mujer corrió hacia nosotros pidiéndonos ayuda porque su hijo de un año y ocho meses había desaparecido.

Estábamos intentando calmarla para que nos contara cuándo y dónde lo había visto por última vez, cuando un llanto que venía del zanjón, ubicado a sólo unos pasos de donde nos encontrábamos, nos hizo estremecer.

El asentamiento se había construido alrededor de un enorme canal por el que hacía años que no corría agua, pero que en cambio contenía toneladas de basura.

Mientras Ernesto y yo corríamos hacia el zanjón intentando localizar al niño, Juan pedía refuerzos y sujetaba a la mujer para que no se acercara al lugar.

Ya era de noche y aunque el canal contaba con luminarias, algunos focos estaban quemados y por ello había zonas que quedaban sumergidas en la oscuridad.

La cornisa que bordeaba el zanjón era muy angosta, estaba en pésimo estado y además, estaba mojada porque había llovido la noche anterior. Tuvimos que caminar uno detrás del otro, intentando no vomitar ante el olor más nauseabundo que jamás habíamos sentido.

Escuchamos otro llanto que venía del área que no estaba iluminada, Ernesto alumbró con la linterna el lugar, pero en vez de un niño, encontramos un enorme gato negro, que molesto ante la repentina luz, nos saltó encima y casi nos tira al canal.

—¡Mierda! —murmuró Ernesto—. ¡Es un gato, no es el nene! —gritó para tranquilizar a la madre.

—Ya apareció, estaba con la abuela —nos avisó Juan, asomándose por arriba.

Comenzamos a retroceder para regresar al lugar por donde habíamos bajado y que era el más adecuado para intentar a subir. Teníamos que movernos con mucho cuidado porque todo estaba muy resbaloso.

—Lo único que pido es no encontrarme con una rata —rogó Ernesto—. Arañas, víboras, insectos, hasta chorros con ametrallados, prefiero cualquiera de esas cosas antes que las ratas.

Ante semejantes opciones, no sabía con cuál me quedaría en el caso que tuviera que elegir, aunque teniendo en cuenta el lugar en el que estábamos, las ratas debían estar tan sobrealimentadas que probablemente alcanzaban el tamaño de un perro.

No pude continuar con mis deliberaciones porque escuchamos un chillido agudo de algo grande que se movía entre la basura, muy cerca de donde estábamos. Ernesto soltó la linterna y en su desesperación por sacar el arma me empujó.

¿Cómo terminó la historia? Perdí el equilibrio y terminé enterrado en los

desperdicios, la sensación más desagradable que había experimentado en toda mi vida.

La escena que siguió fue lamentable, Juan sentado al borde del zanjón riéndose como loco, yo pidiendo ayuda como si me estuvieran matando y Ernesto ayudándome con una mano, y apuntando con la otra hacia la oscuridad por si la dichosa rata decidía atacarnos.

La parte final del video de Clara, en la que estaba junto a la mujer brindándole consuelo, también era ficticia. No estaba consolándola, ella no tenía motivos para estar triste, yo sí. Me acerqué a ella para pedirle permiso para usar su baño, la basura estaba mojada y el frío y las ganas de mear no eran una buena combinación.

La periodista era muy hábil. Para que sus historias pudieran gozar de cierta credibilidad, mantenía siempre el anonimato de los supuestos héroes y en ocasiones hasta blureaba sus rostros.

—¿Qué?, ¿Igarzabal publicó mi nombre? —exclamé cuando vi aparecer en la parte inferior de la pantalla, un graph en el que se leía mi nombre completo y la oficina en la que trabajaba.

—Sí, a mí también me sorprendió que no siguiera sus reglas de conservar el anonimato —confesó Francisco—. ¿Tuviste algún problema con ella? ¿No le contestaste alguna pregunta o hiciste algo para que se enojara?

—Nunca le doy información a ningún periodista —mascullé.

Clara y los otros periodistas dedicados a los policiales, acostumbraban a llamar de madrugada para ver si había ocurrido algo interesante durante la noche que pudieran incluir en sus secciones.

Yo los odiaba y no estaba dispuesto a darles ninguna información "off the record", como la llamaban ellos, y menos a Clara, cuya afición por la miseria humana me producía un profundo rechazo.

Cuando trabajaba de noche, nuestras conversaciones telefónicas generalmente seguían el siguiente patrón:

—Hola, Gaspar, soy Clara, ¿pasó algo interesante durante la noche?

—Nada, todo tranquilo —era mi indefectible respuesta, aunque en realidad las nocturnas tranquilas eran muy inusuales.

Probablemente, la noche a la que ella se refería había sido un infierno, lleno de noticias succulentas, pero no iba a ser yo quien le diera esa información.

Sin embargo, Clara se sabía bonita y además, era muy simpática, cuando

quería serlo. Gracias a esas cualidades, algunos de mis compañeros caían en sus redes y accedían a darle información, a pesar de que ella tenía una actitud excesiva e injustificadamente crítica hacia las oficinas fiscales y su personal.

Hacía tan sólo un par de semanas, Clara había tenido una pelea con unas compañeras de otra oficina porque ellas se habían negado a darle información. Para vengarse, la periodista escribió un artículo en el que se afirmaba que en la mencionada oficina, la gente tenía que esperar mucho para ser atendida porque el personal femenino se la pasaba pintándose las uñas y planchándose el pelo.

No recordaba haber tenido ninguna discusión reciente con Clara, pero evidentemente, mis reiteradas negativas la habían sulfurado y sólo había estado esperando el momento oportuno para cobrarme mi falta de colaboración.

—Salís pintón, Gaspar, salís pintón —afirmó Oscar.

—Pelo castaño con rulos al viento, ojitos verdes y lentes, tenés el look del intelectual fatal —se burló Juan—. Con esto vas a levantar minas a palas.

A sus 45 años, Juan tenía dos hábitos inamovibles: salía a correr todos los días sin que le importara el clima, corría aunque lloviera, nevara o hicieran 45°C de calor; y se enamoraba con mucha frecuencia. A pesar de tener 4 divorcios encima, él todavía esperaba encontrar a la mujer de su vida.

Poseía un optimismo y buen humor a prueba de todo y realizaba su trabajo con mucho compromiso porque creía que lo hacía contribuía a mejorar la sociedad.

Luego de trabajar juntos tantos años, Francisco y Juan se habían convertido en dos grandes amigos para mí.

—Gastón y Estefi me contaron que muchos denunciantes preguntaron específicamente por vos, querían que vos los atendieras. Igual, no entiendo a Clara, ella generalmente es muy crítica con nosotros y nos aniquila con titulares como: “La inutilidad de la justicia mendocina” o “La inoperancia de las oficinas fiscales”, y ahora, de la nada, incluye a uno de nosotros en su sección más famosa —comentó Francisco.

—Te tiene ganas y ya no sabe qué hacer para que le prestes atención. Dale el gusto, la mina está buenísima —me aconsejó Juan

—¿Y después? Por despecho, me dedica una nota en el diario todos los días y no en el amable tenor ese video —dije señalando el monitor.

Al revisar mi teléfono, encontré varias llamadas perdidas de uno de mis

jefes. El Doctor Martín Zinca era uno de los ayudantes fiscales de mi oficina y el jefe con el que, debido a mi horario, trabajaba con más frecuencia.

—Martín me estuvo llamando.

—Sí, quería cargarte por lo de la nota y además, avisarte que hasta que pase el revuelo te puso fijo de nocturna —me informó Francisco.

—¿Es para tanto? —pregunté escéptico, no creía que el video de Clara pudiera afectarme.

—Sí, has despertado fantasías en toda la población, sobre todo en la población femenina —aseguró Juan.

—Yo te banco y pedí que me cambiaran a mí también. De todas formas, son sólo unas semanas, hasta tus vacaciones —observó Francisco.

La sirena de una patrulla que se acercaba era una señal inconfundible de que los minutos de tranquilidad habían concluido.

—Traje una gaseosa para que brindemos por tu incipiente fama, de acá a un reality en la televisión no parás —bromeó Juan, que había encontrado la excusa perfecta para molestarme y reírse a costa mía durante un par de semanas.

Necesitábamos algo en qué servir la gaseosa y comenzamos a buscar un vaso, taza, jarro o algo limpio para beber. Durante nuestra infructuosa búsqueda, Oscar siguió tomando tranquilamente su mate, sin darse por aludido. Él se había impuesto sus propias reglas, de día lavaba las tazas una sola vez; de noche, también, con la única diferencia que lo hacía a las 5:40 de la mañana, es decir 20 minutos antes de terminar su turno para que cuando llegara el ayudante fiscal viera todo limpio.

Podríamos haber intentado pedirle a Oscar que nos hiciera el inmensísimo, el ímprobo favor de lavar cuatro vasos, incluido uno para él, pero nadie en su sano juicio lo haría. Los tres conocíamos perfectamente el esmero que ponía a la hora de vengarse cuando se le pedía algo que él consideraba que estaba fuera de sus funciones.

Finalmente, comprendimos que nuestra búsqueda era una misión imposible, tomamos unas tazas que encontramos arriba de un escritorio, tiramos el líquido que contenían por la ventana y servimos la gaseosa.

Apenas comencé a trabajar en la comisaría, me daba asco tomar del mismo vaso del que probablemente habían tomado aprehendidos y denunciados, pero luego de cinco años, me había vuelto un tipo menos complicado y más tolerante, sobre todo con los insectos.

Años atrás, cuando encontré una cucaracha dentro de una taza en el armario de las cosas limpias, que había quedado abierto a propósito en una clara protesta de Oscar por explotación laboral, un ayudante fiscal le había ordenado que limpiara el baño más de una vez a la semana, me avergüenza decirlo, pero la maté, ¡la maté sin compasión!

Afortunadamente, había evolucionado mucho desde aquel crimen y en la actualidad, si llegaba a encontrarme a sus descendientes en una taza o vaso, optaba por ser comprensivo y buscaba alguno que no tuviera ningún ocupante. Mi lema era vivir y dejar vivir.

Los policías traían a cuatro aprehendidos por robo con armas, con sus correspondientes víctimas que, como de costumbre, estaban histéricas.

Francisco se hizo cargo de ese caso y yo me ocupé del móvil que llegó segundos después.

La víctima era un hombre que tenía un tajo en la cabeza. Era imposible verlo y no compararlo con Shrek, pero en versión película de terror. Era alto, robusto, pelado y con orejas grandes. Sangraba bastante, entonces intenté algo que sabía que no iba a funcionar:

—Señor, el oficial puede llevarlo a un hospital para que lo suturen y luego traerlo de regreso para denunciar.

—¡No! ¡Quiero denunciar ahora! —gritó Shrek

Resignado, hice pasar al denunciante. Entendía su mal humor y hasta su obstinación. Le habían querido robar la moto, pero él prefirió agarrarse a piñas con los asaltantes antes que entregarla. Los ladrones, al ver que la cosa se complicaba, salieron corriendo, no sin antes partirle la cabeza con un objeto contundente.

Estaba enojado y tenía motivos para estarlo, pero yo no tenía la culpa y el hecho de que muriera desangrado delante de mí, no iba a contribuir a mejorar su situación.

—Flaco, ¿no tenés algo para la cabeza? —me preguntó el herido.

Sin grandes esperanzas, fui en busca del botiquín, aunque cuando lo abrí me di cuenta de que había sido un pesimista, sí había algo, un hermoso y mullido rollo de papel higiénico, ¡nuevo! Los rollos de papel higiénico eran junto con las lapiceras, objetos de lujo en las oficinas fiscales de Mendoza. Se lo entregué al hombre y comencé a tipear su denuncia.

Durante mis primeras semanas de trabajo en la comisaría, estuve sumido en un profundo desconcierto. No podía entender por qué la gente se mostraba

tan agresiva conmigo, era como si me odiaran. Por supuesto, comprendía que si estaban sentadas enfrente de mí, significaba que algo malo les había ocurrido, pero de nuevo, yo no tenía la culpa.

Mi confusión continuó hasta que las palabras de una denunciante me develaron el misterio. Ella me dijo:

—Odio al gobierno actual porque son unos inútiles; odio al gobierno que se fue porque son unos ladrones; odio a mi jefe por su mal carácter; odio a mi mamá por no haber sido más estricta conmigo; odio a mi ex por haberme metido los cuernos y odio al ladrón que me acaba de robar. En este momento siento que odio a todo el mundo y como no puedo putearlos a ellos, me voy a descargar con vos.

¡Había encontrado la clave! De inmediato me dispuse a armar una estrategia para conseguir que los denunciantes no se acordaran tan seguido de mi madre.

Descubrí que después de haber padecido un hecho delictivo, las personas solían quedar en un estado de vulnerabilidad extrema, donde sus emociones se desbordaban. Normalmente, la primera emoción en aparecer era el enojo o la furia, para luego dar paso a un estado de hipersensibilidad, acompañada en ocasiones de ataques de llanto.

Mi misión era llevar a las personas a esta segunda etapa, la de la hipersensibilidad, donde ellos estaban más tranquilos y donde yo podía hacer mi trabajo sin correr el riesgo de perder un ojo o de ser apuñalado ante un súbito ataque de ira de un denunciante alterado.

Para conseguirlo probé distintas técnicas, desde las más serias, como la Programación Neurolingüística; hasta las menos convencionales, como el Hoponopono.

Después de 5 años, había perfeccionado tanto mi técnica que me ufanaba de poder manejar a cualquier persona que tuviera enfrente.

Para los denunciantes más difíciles, como era el caso de Sherk, que continuaba insultándome porque no podía ofrecerle una gasa o algodón para detener su hemorragia, tenía reservada una táctica especial. Entre la pared y mi escritorio quedaba un pequeño espacio en donde solía esconder cigarrillos, bombones y algunas golosinas.

La limpieza del piso que Oscar realizaba, no incluía mover ningún tipo de mobiliario y por lo tanto, mi escondite llevaba años a salvo de mis compañeros.

Al recibir un regalo de forma inesperada y en medio de lo que ellos consideraban un momento trágico, no importaba que fuera un bombón, un chocolate o un cigarrillo, las personas se tranquilizaban y aunque no se volvían unos yoguis, al menos su predisposición a hablar conmigo, sin gritos ni insultos, mejoraba considerablemente.

Le ofrecí a mi denunciante un cigarrillo y un poco de gaseosa que serví en un vaso que encontré en el marco de una ventana y que estaba allí desde vaya a saber cuándo. Eso alcanzó para convencerlo de que se sentara y para que yo pudiera comenzar a tipear la denuncia.

Veinte minutos después, tocaron la puerta. Como durante las nocturnas había solamente dos auxiliares, nos convertíamos en personal multitask: atendíamos la puerta, el teléfono, a los denunciantes, a los aprehendidos, a los familiares de los aprehendidos, tomábamos las denuncias, etc.

Le pedí disculpas al herido, que para ese entonces estaba a punto de convertirse en un caballero inglés, y fui a atender la puerta.

—Vengo a hacer una denuncia —dijo una chica joven, casi adolescente, que estaba vestida como si acabara de salir de una fiesta.

—¿Qué querés denunciar?

—Me acaban de robar el celular. Lo dejé arriba de la mesa del bar en el que estaba y ni siquiera me di cuenta cuando me lo sacaron —respondió ella, visiblemente enojada.

—Está bien, tomá asiento. Cuando pueda te hago pasar.

—¿Qué? ¿No me querés tomar la denuncia? —preguntó la chica, elevando el tono de voz.

¿Cuántas veces, en los años que llevaba como auxiliar, me habían hecho esa pregunta? El problema era que en Argentina existía un prejuicio muy arraigado en la población con respecto a los empleados públicos. Para la gran mayoría de los ciudadanos, el concepto de empleado público se definía como: “Un pariente, amigo o amante de algún político, a quien le pago el sueldo con mis impuestos y que se rasca el higo todo el día”.

Probablemente, en muchas dependencias, ese prejuicio tenía sólidos fundamentos, pero no aplicaba para las oficinas fiscales.

Los auxiliares judiciales lidiábamos durante 8 horas diarias, con casos en los que la miseria humana se manifestaba en sus facetas más oscuras. Como consecuencia, la mayoría de nosotros estaba bordeando el abismo del síndrome del burnout y muchos ya iban en caída libre y con los brazos abiertos

hacia él.

—A la noche, únicamente somos dos auxiliares y los dos estamos ocupados —dije armándome de paciencia—. Podés sentarte en la sala de espera y aguardar a que te llamemos o volver de día, cuando la nómina está completa.

Seguí tomando la denuncia de Shrek mientras Francisco se encargaba del expediente con detenidos. Sin embargo, diez minutos después, el teléfono comenzó a sonar.

—¿Oficina Fiscal? —contesté.

—Habla el doctor Caradonna.

No recordaba todos los nombres de los egregios profesionales que conformaban el también egregio plantel de magistrados del Poder Judicial. No obstante, el Dr. Caradonna me sonaba como juez de alguna cámara.

—Me acaba de llamar mi sobrina, Érica Guzmán, y me dijo que está esperando desde hace una hora y que no le han querido tomar la denuncia —continuó él, con prepotencia.

¿Cuarenta?, ¿en serio? La chica no llevaba afuera más de 10 minutos.

—Doctor, somos sólo dos auxiliares y estamos ocupados con casos graves, hay heridos, apenas podemos la...

—¿Cuál es su nombre? —me interrumpió él.

Sabía que el Dr. Caradonna no me estaba preguntando mi nombre por cortesía. Me encontraba ante una difícil decisión, podía dejar que Shrek se desangrara y atender a la distinguida sobrina del juez; o terminar de tomarle la denuncia a Shrek y luego hacer pasar a la susodicha. Aunque valiente y altruista, la segunda opción podía costarme un sumario o un repentino traslado a una recóndita oficina fiscal dentro del territorio mendocino.

Por supuesto, me ganó la cobardía.

— Ya la hago pasar, doctor.

—Bien, gracias —dijo el bastardo, en un tono mucho más amable.

Dejé a mi denunciante probando las maravillosas propiedades de absorción que podía tener un papel higiénico de baja calidad e hice pasar a la ilustre parienta a otro box para tomarle la denuncia.

¡Y pensar que alguna vez yo había creído que el principio de igualdad ante la ley en verdad existía! ¡Ay! Me enternecía mi antigua ingenuidad.

Despaché rápido a la chica y volví con el herido, que se llamaba Ramiro. Oscar, que se había entretenido dándole charla, me susurró una nueva

limitación con respecto a sus tareas:

—El jefe de ordenanzas nos dijo que las manchas de sangre la tienen que limpiar los ordenanzas que trabajen durante la mañana. De noche estoy únicamente para emergencias.

Lo miré con cansancio, él era el ordenanza de la mañana, luego observé el suelo, ya que las manchas hemáticas iban a seguir allí un buen rato, era una suerte que al menos combinaran con el color de las baldosas.

Ramiro, además de relatarme el robo en grado de tentativa del que había sido víctima, también me habló de su trabajo y de los problemas con su mujer. Cuando se fue, me dio un fuerte apretón de manos y me agradeció mucho la atención.

Una de las ventajas de las noches movidas era que el tiempo pasaba muy rápido y sin que te dieras cuenta. Media hora antes de terminar mi turno, salí de la oficina para entregar unos oficios a la guardia policial y casi choqué contra un hombre que estaba por golpear la puerta.

—Perdón —murmuré—. ¿Qué necesita, señor?

—Hablar con usted, Gaspar, lo estoy buscando desde hace días.

Lo miré asombrado, Francisco no había exagerado cuando dijo que había gente que preguntaba por mí.

Se trataba de un hombre de unos 70 años, estaba muy bien vestido, pero se veía delgado y demacrado, era evidente que estaba enfermo. Me llamaba la atención que, dado su precario estado de salud, no hubiera nadie acompañándolo. Lo hice pasar de inmediato.

—¿Cómo es su nombre? —quise saber.

—Camilo Ariza.

—Usted dirá, señor Ariza, ¿para qué me buscaba? ¿Qué quiere denunciar?

—No quiero denunciar nada. Quiero contratarlo para que haga una investigación para mí —dijo el hombre arrojando sobre mi escritorio un sobre.

Tomé el sobre sin intentar adivinar su contenido. Había aprendido que en mi trabajo, la realidad solía superar las especulaciones de las mentes más creativas e ingeniosas.

El sobre contenía una libreta de tapa dura de color azul. Al abrirla encontré una tarjeta blanca que tenía escrita la frase “La Justicia de los Invisibles”, con lo que parecía ser ténpera roja.

El estado de la libreta no era muy bueno. Tenía manchas oscuras en la tapa y contratapa y algunas zonas de las hojas del interior estaban arrugadas, como si se hubiesen mojado con gotas de agua, el papel lucía un ligero tono amarillo.

Daba la impresión de que la libreta había estado a la intemperie durante algún tiempo. Lo único que parecía reciente era la tarjeta con la misteriosa frase.

Hojeé rápidamente la libreta intentando entender qué era lo que el hombre pretendía.

—¿Alguien se perdió?, ¿quiere hacer una denuncia por paradero? — pregunté, sabía reconocer a los denunciados difíciles y el señor Ariza era indudablemente uno de ellos.

—En esa libreta se cuenta una historia, quiero que usted la investigue y me diga qué fue lo que pasó con las personas que allí se mencionan — murmuró él en medio de estertores.

—¿Cómo la obtuvo?, ¿quién se la dio? — pregunté nervioso, tenía miedo de que le diera un paro respiratorio en cualquier momento.

—Me lo enviaron de forma anónima.

—¿No sabe quién se la envió? — insistí.

—No.

A pesar de que su cuerpo estaba derrotado, había un fuego, una terquedad tan grande en los ojos de Ariza, que indicaban que no era el tipo de hombre que se rendía o que cambiaba de idea con facilidad.

—Señor Ariza, lo que puedo hacer es abrir un expediente, tomarle una denuncia en la que me cuente lo que sepa sobre los hechos que se narran en la libreta y cómo fue que ésta terminó en sus manos. Vamos a investigar si se ha cometido algún delito y ...

—¡No, Gaspar! — me interrumpió el hombre—, como le dije antes, no me interesa denunciar. Estamos hablando de algo que ocurrió hace 17 años, apenas lo lea, el ayudante fiscal se lo va a mandar archivar.

—La única forma de que podamos intervenir es...

—¡No me interesa la justicia! — dijo Ariza interrumpiéndome y empezando a toser—. Tengo cáncer de pulmón y es terminal, no tengo tiempo de esperar por ella. Además, tampoco la necesito. Estoy dispuesto a pagarle 300.000 pesos.

—Señor, no puedo aceptar dinero por investigar un delito.

—El hecho que te pido que investigues no es un delito —aseveró Ariza, luego se levantó de la silla haciendo un gran esfuerzo y comenzó a caminar hacia la salida.

Un taxi lo estaba esperando. Tomé la libreta y salí detrás de él, haciendo un último intento para que entrara en razón.

—Señor, ¿qué es lo que pretende conseguir con esta investigación? —dije ofreciéndole mi brazo para bajar los tres escalones que conectaban la vereda con la calle.

—Quiero saber qué fue lo que pasó con las personas que se mencionan en esa libreta —susurró Ariza, mirándome fijamente.

En sus ojos distinguí una súplica, que pasó fugaz, y que fue reemplazada por la mirada altiva que ya había visto antes y que parecía ser una característica de su personalidad.

Tenía que insistir, pero no pude. Un anciano moribundo en una madrugada de invierno, suplicando que investigue algo que intuía un delirio y que para colmo había ocurrido hacía casi 2 décadas.

Él aprovechó mi indecisión para subirse al taxi.

—Le dejé una tarjeta en el sobre con mi dirección y mi teléfono, llámeme una vez que haya leído la libreta.

El auto arrancó y yo, a pesar del frío, me quedé afuera maldiciendo a la periodista cuya nota me había generado esta y vaya a saber cuántas situaciones incómodas más.

La comisaría estaba ubicada en un barrio de pocas manzanas que estaba compuesto en su mayor parte por monoblocks. Los edificios databan de principios del siglo XX y en sus inicios, habían pertenecido a la alta sociedad de Mendoza, aunque más de un siglo y medio después, se había transformado en un barrio de clase media baja. Las calles eran angostas y de día contaban con muy poco tránsito, mientras que de noche dormían junto con los vecinos.

Había contemplado muchos amaneceres en la comisaría y siempre me sorprendían esos instantes de quietud, que contrastaban con el perpetuo tráfico de una de las principales avenidas de la provincia, que se divisaba a 6 cuadras de distancia.

—Hola, Gaspar —susurró una voz de mujer.

Volteé y me encontré con Clara Igarzabal. Ella estaba en la esquina, apoyada en el mástil de la bandera, fumando apaciblemente, como si se tratara de un amanecer de verano.

Clara tenía 29 años y una mata de abundante pelo rubio ondulado. Muchos la consideraban sexy y a pesar del desagrado que sentía hacia ella, reconocía que no estaba mal. Sin embargo, yo era un tipo al que no le gustaban las complicaciones y esa mujer olía a problemas.

—¿Qué quería denunciar el viejo? —preguntó.

—¿Qué te importa! —respondí bruscamente—. ¿Qué hacés acá?

—Vine para saber qué te había parecido la nota que te dediqué, sos muy fotogénico y das muy bien en cámara.

—Sabés perfectamente la opinión que tengo sobre tu trabajo. Para mí no es ningún halago aparecer en él y menos con mentiras.

Clara lanzó una carcajada, tiró al suelo el cigarrillo y lo apagó con su bota.

Sin hacer caso a su risa burlona, continué.

—Inventá todo lo que quieras, pero la próxima vez, haceme el favor de utilizar a otro auxiliar como modelo para que encarne tus fantasías.

—Gaspar, ¿sabés quiénes son los seguidores más fieles de la sección *Todavía quedan héroes*?

Negué con la cabeza, realmente no tenía idea de quién podía consumir semejante porquería.

—Las personas que no se pierden ni un sólo capítulo de mi sección, son las mismas que devoran las crónicas policiales. Cuanto más cruenta sea la historia, más les atrae. ¿Y sabés por qué?

—Iluminame —murmuré.

—El hombre tiene una parte morbosa —continuó ella, sin hacer caso de mi sarcasmo—, y es esa parte la que hace que las personas quieran saber sobre asesinatos, pero también tiene una parte débil y por eso necesita creer que a pesar de lo que somos, es posible una redención. —Clara, me encantaría quedarme escuchando tus profundas reflexiones, pero tengo trabajo —dije caminando hacia la puerta de la comisaría.

—Gaspar...

—¿Qué? —pregunté sin darme vuelta.

—¿Pasó algo interesante durante la noche?

—No, no pasó absolutamente nada. Es más, Francisco y yo tuvimos tiempo de sobra para pintarnos las uñas y hacernos la planchita.

Creo que ella sonrió, pero no me di vuelta comprobarlo.

Dejé la libreta en mi casillero, junto con el resto de mis expedientes y

me fui a mi casa. Cuando volviera a la oficina a la noche, lo leería con detenimiento para ver si había algo que me permitiera abrir un expediente. Ariza y su locura de contratar un investigador privado no me preocupaban.

Nunca fui un gran deportista, sin embargo, desde hacía un año había entendido que el estrés de mi trabajo me dejaba solamente dos opciones: empezar a mover el culo ahora o terminar con un ACV a los 30 años.

Evité todas las actividades que requirieran una gran coordinación, yo era de los que de niños se quedaban en el banco suplente mientras el resto de los chicos se divertían en la cancha jugando al fútbol, y me decidí por hacer natación 2 veces por semana y salir a correr el resto de los días. A veces, Juan me acompañaba y me daba sugerencias para mejorar mi rendimiento.

Mi horario para hacer deporte era a la noche o a la madrugada, el resto del día me daba mucha pereza y prefería seguir tirado en el sillón, leyendo.

En cuanto a la alimentación, no varié absolutamente nada. Amaba la comida no saludable, cuanto más grasosa, salada y reventadora de arterias fuera, más me gustaba. Mis preferidos eran los sándwiches de jamón crudo y las papas fritas.

Cuando salí de natación ese lunes a la noche, pasé por el cajero porque me había quedado sin plata. Estábamos a fin de mes y no creía que me quedara en la cuenta más de 7.000 pesos.

Sin embargo, cuando seleccioné la opción para consultar mi saldo, me quedé boquiabierto. La cifra que aparecía en la pantalla debía ser una alucinación, no era posible que el saldo de mi cuenta fuera 307.498\$.

Debía tratarse de un error, seleccioné los últimos movimientos y constaté que efectivamente alguien había transferido a mi cuenta 300.000\$. ¿El banco había cometido un error y me había dado la plata de algún otro cliente? Me pregunté, pero de pronto recordé las palabras de Ariza: “Estoy dispuesto a pagarle 300.000\$”.

CAPÍTULO 2

Salí del cajero gracias a la poco cordial insistencia de las personas que estaban esperando en la fila. No existía otra posibilidad, el dinero en mi cuenta debía ser de Ariza.

Apenas lo vi, supe que era de los que no se daban por vencidos, pero imaginé que lo tendría buscándome todos los días en la oficina, persiguiéndome con esas libretas llenas de delirios. En cambio, el astuto anciano me había hecho un depósito para forzarme a aceptar la propuesta de convertirme en su investigador privado.

¿Qué debía hacer? Quería pensar bien mis pasos a seguir y actuar con inteligencia.

Camino al trabajo, recibí un mensaje de Oscar en el que me avisaba que se le había roto el auto y que estaba esperando al servicio mecánico.

Si ese mensaje me lo hubiera enviado cualquier otro, habría creído que se trataba de una excusa para faltar o llegar tarde. Sin embargo, a pesar de su aversión a la pulcritud, Oscar era muy responsable y cumplía con todas las tareas que él consideraba que le correspondían. Nunca faltaba y no solía llegar tarde ni irse antes.

En la radio anunciaron que la temperatura era de 3 grados bajo cero. Era el invierno más frío de los últimos 10 años y como las bajas temperaturas tenían un efecto disuasivo en los delincuentes, no me hubiera importado que Mendoza se convirtiera en una pequeña Siberia.

En la oficina, descubrí que mis compañeros del turno anterior habían pegado en el pizarrón que usábamos para las conversaciones internas, una foto mía ampliada bajo el título: “Héroe del mes”.

Arranqué la foto con una puteada y luego busqué el sobre de Ariza, tenía que decidir qué iba a hacer.

—¿Qué cara!, ¿por qué tan serio? —preguntó Juan entrando en la oficina con una pila de informes para entregar—. Deberías estar contento ahora que la fama te sonríe.

—Es verdad —aseguró Francisco—. Nunca creí que esa nota iba a causar tanto revuelo, mi mujer dice que las amigas quieren conocerte.

—El invento de Clara me está trayendo complicaciones mucho más serias que las amigas de Celina —comenté, sacando la libreta del sobre.

—¿Qué problemas? —quiso saber Juan.

En unos minutos, les conté a mis amigos la extraña historia de Ariza.

—¿300.000\$? ¿De verdad? ¡Guau! Tendrías que hacerle un monumento a Igarzabal —exclamó Juan.

—¿El viejo tiene todos los patitos en fila o está senil? —preguntó Francisco.

—Tiene cáncer de pulmón y está en la fase final de la enfermedad. Se ve muy frágil y presiento que lo que quiere que yo investigue es una locura, pero no creo que él esté loco.

—¿De qué habla concretamente la libreta? —preguntó Juan.

—Sólo alcancé a hojearla, lo poco que leí hablaba de un hombre que se ofrecía como voluntario para participar en un experimento psicológico y parecía el borrador de una novela. Ahora la voy leer con más detenimiento.

—Leelo en voz alta —pidió Francisco.

Como Juan también estaba interesado en el tema, comencé con la lectura:

¿Mendoza?, 30 de diciembre del 2001.

Está amaneciendo y no logré dormir en toda la noche. Afortunadamente, me permitieron conservar esta libreta y una lapicera. Mentí, les dije que me encantaba escribir poesía, aunque no he escrito un solo verso en toda mi vida.

Sin embargo, ahora necesito escribir para que lo que me está ocurriendo se vuelva real, quiero librarme de la sensación de que estoy en el medio de un sueño o de una pesadilla. Si logro volcar en el papel los acontecimientos de estas últimas semanas, tal vez logre moderar mis miedos y controlar mis fantasías.

¿Cómo llegué a esta situación? He pensado mucho en ello y no encuentro la respuesta. Siempre fui prudente en exceso y hasta un poco desconfiado, no obstante, estoy aquí, en el medio de la nada y con un futuro más incierto que nunca.

Todo comenzó cuando la empresa en la que trabajaba hacía más de 3 años cerró debido a la crisis económica, dejando a 1.300 trabajadores en la calle y una vaga promesa de pagarnos una indemnización, promesa que ninguno de nosotros creyó.

Como suele ocurrir, las desgracias no vienen solas. Llevaba algunos días como desocupado cuando mi mamá me llamó para avisarme que tenía que operarse de urgencia del corazón.

Si bien la obra social le reconocía una parte de la cirugía, el resto del importe lo tenía que pagar ella. Mi vieja es maestra jubilada y tenía ahorros, pero se habían quedado atrapados en el corralito.

Necesitábamos 4.000 pesos para cubrir la operación, sin embargo, como no quería preocupar a mi vieja, no sólo no le dije que me había quedado sin trabajo, sino que además, le aseguré que en mi empresa daban préstamos personales a los empleados y que podría acceder fácilmente a la suma que nos hacía falta.

Nunca antes me había sentido tan desesperado, tenía un nudo en la garganta que me acompañaba día y noche. ¿Qué iba a hacer? No tenía trabajo y aunque lograra conseguir uno, me resultaría muy difícil sacar un préstamo con un bono de sueldo de alguien que no había pasado los 6 meses de prueba. ¿A quién podía recurrir? La mayoría de los argentinos estaba mal, mis familiares no tenían un peso y mis amigos, que eran pobres estudiantes como yo, tenían las mejores intenciones, pero carecían de recursos.

El país había estallado y en medio del incendio, yo necesitaba reunir 4.000\$ en un plazo máximo de cuatro meses.

Comencé a buscar trabajo y el domingo encontré en el diario un aviso que, de ser cierto, podría solucionar al menos mi problema más urgente.

El anuncio pertenecía a una consultora y en él se solicitaban voluntarios para participar en un experimento psicológico, ofrecían 5.000 pesos de remuneración.

Mandé mi currículum, tanto a ese como a todos los otros anuncios de empleos que encontré. Días después, recibí una llamada de un hombre que se presentó como el psiquiatra encargado del estudio, su nombre era Dr. Schneider. Él me comunicó que

había sido preseleccionado y me citó para una entrevista al día siguiente.

Era la primera llamada que recibía de los más de 50 currículums que había enviado, así que no lo dudé ni un segundo. La consultora se llama Veritas y está ubicada en la calle Aristides, no recuerdo exactamente la numeración, pero es un edificio de ladrillo visto que está al lado del café O'Clock. La consultora funciona en el 3° piso, departamento B.

Cuando conocí al Dr. Schneider, mi desconfianza disminuyó un poco. Se veía un hombre bonachón, inofensivo y bastante agradable, a pesar de las cicatrices de su cara y de que tenía un problema en la pierna derecha que lo hacía renguear al caminar.

La entrevista duró toda la mañana. Realicé diversos test y luego Schneider me hizo una serie de preguntas, la mayoría de las cuales estaban vinculadas con mis relaciones familiares, sociales y sentimentales. Por último, el psiquiatra quiso saber por qué me interesaba participar en el experimento.

Como no tenía sentido mentir, le comenté brevemente cuál era mi situación. Schneider pareció conmovido y hasta preocupado por la salud de mi madre.

Hubiera sido normal y aceptable, que yo también hiciera preguntas y que me interesara por conocer más detalles sobre el experimento al que me estaba postulando. No obstante, lo único que me importaba saber era cuándo comenzaría, cuánto duraría y cuándo recibiría el pago.

Schneider me informó que se trataba de un experimento psicológico, destinado a estudiar el comportamiento humano en situaciones de aislamiento, el estudio duraría 45 días e iba a comenzar a finales del primer semestre del 2002. Los voluntarios recibirían el pago cuando finalizaran la experiencia.

Salí de la consultora desalentado, yo no podía esperar tanto tiempo. Esa noche, llamé a mi madre para tranquilizarla y le aseguré que estaba en camino de conseguir el dinero, me sentía fatal.

Sergio, el amigo que vive conmigo, intentó reanimarme afirmando que era mejor descartar ese misterioso estudio porque en momentos tan difíciles como los que está atravesando la Argentina, lo que sobran son los inescrupulosos. Él sugirió que detrás del experimento podía haber algo siniestro, como por ejemplo el tráfico de órganos. No obstante, yo descarté sus advertencias porque me parecieron demasiado fantasiosas.

Pasaron dos semanas y ya no me quedaba empresa en Mendoza a la que no hubiera llevado mi currículum. Por primera vez en mi vida, no viajé a Alvear a pasar la Navidad. Necesitaba juntar fuerzas para contarle a mi madre la verdad, la única posibilidad que me quedaba era vender la casa de mis padres y para eso era necesario que mi vieja conociera mi triste realidad.

Había sacado un pasaje para viajar a verla, cuando mis planes cambiaron abruptamente. A las 11 de la noche, el teléfono de mi casa empezó a sonar, atendí somnoliento y escuché la voz de Schneider. Él me felicitó porque había quedado seleccionado para participar del experimento y me pidió que me presentara en la consultora a 6 de la mañana del día siguiente.

Estaba desconcertado, el psiquiatra me había asegurado que el estudio se llevaría a cabo recién a mediados del año siguiente y todavía estábamos en diciembre,

pero, como no estaba en posición de desperdiciar ninguna oportunidad, decidí embarcarme en esta aventura.

Llamé a mi mamá y le dije que había conseguido un trabajo en alta montaña y que iba a estar sin poder comunicarme durante casi dos meses, pero que al regreso tendría el dinero que necesitábamos.

Sergio era el único que sabía la verdad y me insistió, me rogó, para que no fuera. Todo le parecía demasiado sospechoso.

Cuando vi a Schneider, un desagradable escalofrío me recorrió el cuerpo. Algo en él había cambiado, ya no era la persona inocua y apacible que había conocido. Aunque él me sonrió y me dio la bienvenida, en su mirada vi algo sombrío que me puso muy nervioso.

Si hubiera sido capaz de elegir, si hubiera contado con la bendición de poder rechazar una fuente, aunque fuera remota, de dinero, entonces habría salido corriendo de allí.

En la consultora vi por primera vez al resto de los participantes, en total éramos siete, cuatro hombres y tres mujeres. No tuvimos oportunidad de hablar entre nosotros porque Schneider nos mantuvo ocupados. Nos entregó ropa térmica para que nos cambiáramos y no nos permitió llevar ningún objeto personal, aunque conmigo hizo una excepción y me permitió traer esta libreta y la lapicera.

Tuvimos que firmar un extenso contrato mediante el cual, entre otras cosas, nos obligaban a mantener la confidencialidad. Cuando el estudio acabara, no íbamos a poder hablar sobre él con nadie. Recibiríamos el pago apenas finalizaran los 45 días.

Dudé en firmar, pero algunos lo hicieron sin siquiera terminar de leerlo, era como si no tuvieran nada que perder. La sensación de resignación general que dominaba a mis compañeros me terminó venciendo y finalmente dibujé mi firma en el papel.

El psiquiatra, que luchaba en vano por esconder un estado anímico exultante que rozaba la euforia, trajo unas copas con champán para brindar por el éxito del estudio.

En las copas tiene que haber habido algún tipo de somnífero porque no recuerdo cómo salí de la consultora. Cuando me desperté, estaba en una trampa en la montaña. Me sentía aletargado y mareado, y el resto de mis compañeros afirman haberse sentido igual. Sin embargo, con la poca consciencia que me quedaba entendí que si aceptábamos seguir adelante luego de haber sido drogados sin nuestro consentimiento, entonces significaba que éramos unos suicidas.

Acompañados por un grupo de hombres que parecían ser guías de montaña, comenzamos a ascender; caminamos durante todo el día y a la noche acampamos. Mi estado físico era pésimo y pude observar que el de mis compañeros no era mucho mejor.

Los guías armaron las carpas, yo no habría sabido cómo hacerlo y por la cara de asombro del resto de los participantes, me di cuenta que ninguno era muy aficionado a las actividades al aire libre.

Al día siguiente, seguimos caminando. Estaba apunado y me sentía muy mal, pero no me dejaron detenerme más de lo necesario. Uno de mis compañeros preguntó hacia dónde íbamos, aunque no obtuvo respuesta. Los guías sólo hablaban con nosotros cuando tenían que darnos una indicación tendiente a asegurar nuestro viaje.

Caminamos durante un día más y al amanecer del cuarto día, cuando me desperté y salí de la carpa, descubrí que los guías se habían marchado.

Por primera vez en muchos días, volví a sentirme completamente lúcido. Evidentemente, los guías habían colocado algún tipo de droga en el agua o en los alimentos que habíamos consumido durante el camino.

El campamento está formado por 7 carpas colocadas en círculo y por una octava carpa más grande que el resto, que contiene los víveres que nos permitirán sobrevivir los 45 días en la montaña. Hay comida de sobra, pasar hambre no parece ser el objetivo del estudio, entonces, ¿cuál será? Me pregunto con preocupación.

Horacio, que con 50 años es el más grande del grupo, fue el segundo en despertarse. Juntos exploramos la tienda de los alimentos, allí también encontramos algunas herramientas, calentadores y otros objetos necesarios para nuestra estadía en la montaña.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No lo sé, pero creo que este es el lugar en el que vamos a permanecer durante los próximos 45 días —contestó él.

Una de las pocas prohibiciones que nos impuso Schneider es la de no poder decirnos nuestros apellidos. Es una restricción extraña, pero después de haber llegado hasta aquí, nadie quiere quedar descalificado, así que todos la respetamos.

Con 22 años, soy el menor del grupo, los otros dos hombres se llaman Raúl y Benicio, ambos deben tener entre 35 y 40 años. Prácticamente no he hablado con ellos porque ambos se muestran muy introvertidos y con pocas ganas de sociabilizar.

En cuanto a las 3 mujeres, sus nombres son Mara de 23 años, Alicia de 40 y Cecilia de 37.

Ninguno se atreve a decirlo, pero noto que todos estamos asustados y arrepentidos de haber aceptado participar en el estudio. Sin embargo, si pudiéramos volver el tiempo atrás, sé que todos haríamos exactamente lo mismo porque no teníamos y no tenemos, ninguna otra salida.

Día 3

No sé si sentido tiene escribir este diario, pero voy a continuar con él porque me hace sentir un poco mejor.

Después del desayuno, salimos con Horacio a recorrer los alrededores.

—¿Dónde creen que estamos? —pregunté cuando nos reunimos para cenar.

—Estamos al oeste, eso es seguro —afirmó Horacio—, pero no en Mendoza, la vegetación y el paisaje son distintos.

—Podemos estar en cualquier lado, nos subieron a un helicóptero —dijo Cecilia, que era la más callada de las mujeres, era la primera vez que la escuchaba decir algo que no fuera un monosílabo.

—¿¡Qué!?! —exclamó Benicio, abandonando por un segundo su actitud apática e indiferente.

—¿Cómo sabés? —preguntó Horacio.

—Siempre tuve rechazo al alcohol, me cae muy mal, por eso cuando terminamos de beber fui al baño y vomité, no todo, pero sí una parte. Estaba adormecida, pero pude

escuchar ciertas cosas, estoy segura de que nos subieron a un helicóptero y que viajamos durante un tiempo, aunque no puedo precisar cuánto. También escuché una discusión entre Schneider y alguien más —murmuró Cecilia.

—¿Alguien más?, ¿quién?, ¿por qué discutían? —quiso saber Benicio, que se veía muy ansioso.

—No lo sé. Son sólo ideas que van y vienen en mi cabeza, tal vez con el tiempo los recuerdos se aclaren —contestó ella.

El comentario de Cecilia nos impactó a todos. ¿Dónde estaremos?

Día 4

Anoche tuve una conversación muy inquietante con Horacio. Estaba desvelado y salí de la carpa a tomar aire. ¡Extraño tanto los cigarrillos! Me ayudarían a calmar un poco los nervios.

Horacio se reunió conmigo poco después.

—Este lugar es hermoso— dijo él contemplando las estrellas—. Si tan sólo pudiera olvidarme de las razones por las que estoy aquí, entonces se convertiría en mi lugar favorito.

—¿Vos también estás preocupado? —quise saber.

—Desconozco tus motivos o los motivos de los demás para querer participar en este estudio, pero es evidente que todos estamos acá porque no encontramos una salida mejor. Somos un grupo de 7 personas desesperadas y no creo que eso vaticine nada bueno —afirmó Horacio—. Mañana tendríamos que salir a explorar. No me refiero a caminar por los alrededores, como lo hemos estado haciendo, sino a explorar en serio. Es una precaución por si... —titubeó.

—¿Por si...? —insistí.

—Por si tenemos que escapar de aquí —concluyó él.

Quedamos en silencio, Horacio imaginando sus peores temores y yo intentando mantener la mente en blanco para no darle vida a los míos.

Día 5

Hoy, Horacio y yo comenzamos a buscar una forma de salir de aquí, queremos tener un plan en el caso de que todo salga mal. Buscamos alguna señal que indicara presencia humana, como un camino o los vestigios de una fogata, pero no encontramos absolutamente nada. Parece que somos los únicos que hemos pisado esta área en mucho tiempo.

Con el paso de los días, mi inquietud va en aumento, presiento que algo está mal. Compartí mi angustia con Horacio, la persona más cercana a mí dentro del grupo, y él me dijo:

—Todas las suspicacias son pocas, nadie nos va a pagar 5.000 pesos para traernos a un idílico campamento en medio de la montaña.

Día 8

Pasé varios días sin escribir porque no tenía nada nuevo que contar. Sin embargo, hoy sí tengo una novedad. La montaña está empezando a dar sus primeras sorpresas. Raúl ha cambiado bastante su forma de ser, ya no es más el hombre callado, atormentado y a punto de enloquecer de los primeros días.

De repente su ánimo se aligeró, habla hasta por los codos y hasta quiso acompañarnos a Horacio y a mí en nuestros recorridos diarios.

Raúl parece tener muchos más conocimientos de la montaña que nosotros. Me contó que cuando era niño su padre solía llevarlo a acampar, pero me aseguró que habían pasado más de 15 años desde su último campamento.

Eso me deprimió bastante, hubiera sido bueno que por lo menos uno de nosotros supiera desenvolverse en la montaña, si tenemos que valernos de nuestros conocimientos para salir de aquí, estamos muertos.

Día 9

Han pasado 9 días y puedo decir que ya me acostumbré al lugar y a la sencillísima rutina del campamento.

Durante la cena de ayer tuvimos nuestra primera conversación grupal. Antes, Horacio y yo habíamos intentado tener un diálogo más profundo con los otros 5, pero se mostraron tan reacios que decidimos no insistir. Sin embargo, anoche la conversación fluyó sin que nosotros tuviéramos que forzarla.

—¿Por qué se inscribieron en esta locura? —preguntó Alicia.

—A mi vieja la tienen que operar del corazón y el corralito le trabó la guita. A mí me despidieron hace más de un mes, así que...

—¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó Cecilia—. Quiero decir, ¿cuánto tiempo tenés para juntar la plata?

—El doctor dijo que la cirugía tenía que hacerse lo antes posible, cuanto más tiempo pase, los riesgos aumentan —respondí.

—Yo no lo hice por la plata —confesó Raúl—. Soy odontólogo y tengo mi propio consultorio. Hace unos meses, descubrí que mi esposa se acostaba con mi mejor amigo. Caí en una depresión, no tenía ganas de hacer nada, sólo quería desaparecer y entonces me enteré del experimento.

—¿Es un chiste? —pregunté incrédulo—. ¿Estás diciendo que eras libre para elegir y que aun así escogiste estar acá?

—Sí —replicó él—. Me quedé sin secretaria y puse un aviso para buscar una. El domingo, quise verificar que mi anuncio se hubiera publicado correctamente y me topé con el de Schneider. La idea de estar aislado durante un tiempo me resultaba atractiva, necesito pensar cómo va a seguir mi vida de ahora en adelante.

Como no tengo nada más que hacer que contemplar un hermosísimo paisaje que se extiende hasta el infinito y que, pese a su belleza, ha empezado a aterrorizarme, suelo salir mucho a caminar, a veces solo, otras con Horacio. Me sigo preguntando, ¿cuál es el verdadero objetivo de este estudio?

Día 11

Siete personas desconocidas, sin nada que hacer y obligadas a estar juntas durante las 24 horas, dejaba sólo dos opciones posibles: o terminábamos odiándonos o nos hacíamos amigos. Por suerte, ganó esta última.

El grupo se ha vuelto muy unido, a excepción de Benicio. Él es muy irascible y casi no habla con nosotros. Pasa la mayor parte del día solo, en su carpa. Se unió a algunas de las caminatas grupales que hicimos durante los primeros días, pero luego se

arrepintió y ahora, cuando sale a explorar el lugar, lo hace solo y no acepta ninguna compañía.

Benicio es el compañero que más me intriga. Lo he visto sudar copiosamente y también noté en varias ocasiones que le tiemblan las manos, ¿estará enfermo?

Estoy obsesionado con las razones por las que alguien aceptaría este experimento y lo irónico es que, a excepción de Raúl, todos prefieren evitar ese tema.

Día 15

Encontramos una cascada y como de día el clima es bueno, pudimos bañarnos y pasarla muy bien. El agua logró que Horacio se relajara un poco, está muy paranoico e insiste en que hay algo que está mal.

—El experimento era sobre el aislamiento, y nosotros estamos aislados. ¿Por qué tanta suspicacia? —le preguntó Raúl.

Horacio no contestó, pero cuando estuvimos solos me advirtió:

—Acá hay algo que no cierra. Estate atento y no bajes la guardia porque tal vez es eso lo que ellos quieren.

Ruego a Dios que él se equivoque.

Día 17

Es muy extraño lo que esta montaña nos está provocando. Cecilia, que cuando llegó parecía un conejo asustado, poco a poco ha ido cambiando, como le pasó a Raúl. Está más alegre y tranquila, y ayer me hizo una confesión que me dejó helado.

—El aire puro te está haciendo bien, te ves mucho mejor que cuando llegaste —observé.

—Me encanta estar en la montaña, desearía que este estudio no terminara nunca —afirmó ella.

—¿Qué? ¿por qué querrías quedarte acá arriba? —quise saber.

—Si tuvieras un ex marido psicópata y golpeador, lo entenderías —murmuró.

Había observado que Cecilia tenía muchas cicatrices en el cuerpo y ahora sé de dónde provienen. ¡Pobre mujer! No quiero ni imaginarme lo que tiene que haber pasado.

Día 18

Desde que comenzamos a explorar noté que Horacio, además de un posible camino para escapar, buscaba otra cosa.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté esta mañana.

—Al principio, buscaba un equipo, un grupo de personas que nos estuvieran observando. Pero, cuando no hallamos nada, tuve que descartar esa idea y empecé a buscar cámaras, micrófonos o algo —exclamó, levantando sus manos en señal de impotencia.

—¿Para qué buscas cámaras o un equipo? —insistí.

—¿Gabriel, no te das cuenta de que este estudio no tiene sentido si no hay alguien que nos esté observando? —respondió Horacio.

Su respuesta me impactó de tal modo que, durante la cena, decidí hablarlo con el resto del grupo.

—Horacio tiene razón, no tiene sentido —reconoció María—. Pero, por otro lado,

nada en este estudio parece tenerlo.

—¿Y eso no les preocupa? —quise saber.

Todos se quedaron callados hasta que María comentó:

—Gabriel, te voy a ser sincera, en mi vida nada tiene sentido, ¿sabés por qué me postulé para este estudio?

Negué con la cabeza.

—Quise participar en este experimento porque estaba a punto de tener que vivir en la calle. El bar en el que trabajaba como moza cerró y aunque busqué, no pude conseguir otra cosa.

—¿No tenés familia? —preguntó Raúl.

—Mi vieja vive en Tunuyán, pero está casada con un reverendo hijo de puta y prefiero vivir debajo de un puente que compartir el techo con él.

Cuando María terminó de hablar, el grupo se sumergió en el ruidoso silencio de la noche de verano que nos rodeaba.

—Se me acaba de ocurrir una idea que puede explicar la ausencia de cámaras o de un equipo vigía, por llamarlo de alguna manera —exclamó de pronto Raúl.

—¿Qué idea? —preguntó Horacio.

—Tal vez, lo que a los organizadores del experimento les importa es el final y no el proceso. Quiero decir, quizás lo que a ellos les interese sea cómo nos afectó el aislamiento una vez finalizados los 45 días. Para eso, cuando salgamos de acá nos pueden hacer test, dibujos y todo lo demás, no necesitan estudiarnos día a día —opinó Raúl.

Sabía que su idea pretendía consolarnos, pero no logró satisfacer ni reanimar a nadie.

—¿Saben cuál es mi mayor preocupación? —murmuró Cecilia—. Si alguno de nosotros llega a tener un accidente o necesitar atención médica urgente, ¿cómo van a hacer para ayudarnos?

Esta vez, ni siquiera Raúl fue capaz de inventar una respuesta.

Día 23

Los últimos días han sido un infierno para mí. Este experimento es un disparate, pero lo peor es que nada bueno me espera al finalizarlo.

El ocio y la quietud del ambiente que nos rodea incita a la reflexión y lo último que deseo es analizar mi vida. Durante el día intento evitarlo hablando con mis compañeros, saliendo a pasear, cortando leña o tallando algún pedazo de madera.

No obstante, durante la noche, cuando nos vamos a dormir, se acaban las excusas y cada uno se queda a solas con sus pensamientos y empieza a vivir su propia pesadilla.

Sé que algo similar les pasa a mis compañeros, los ánimos fluctúan y todos hemos pasado por momentos de decaimiento y melancolía.

En ese sentido, Raúl y Benicio son diferentes al resto de nosotros. El primero porque desde su crisis inicial no ha vuelto a mostrarse abatido, incluso cuenta chistes o historias divertidas sobre su trabajo; el segundo porque desde que llegamos se ha mostrado reservado, frío e indiferente, aunque últimamente noté que está a la espera de algo. ¿Qué es lo que espera? No tengo idea.

Benicio es el menos querido del grupo, tiene un pésimo carácter y ha tenido roces con todos, excepto con Raúl. Por eso, me desconcierta la forma en la que él mira a Benicio. Hay odio y furia en esa mirada, aunque quizá el aislamiento me está haciendo ver cosas que no existen, ¿por qué habría de odiarlo?

Día 29

¡Se ha formado una pareja! Desde un comienzo, Raúl y Cecilia tuvieron una muy buena conexión y con el correr de los días, el vínculo se fue afianzando.

Por su parte, Benicio está como un león enjaulado. Ayer salió solo a caminar durante varias horas y cuando volvió parecía muy angustiado. Con María nos acercamos para intentar calmarlo, pero él nos contestó de muy mala manera y luego se metió a su carpa.

Día 31

Extraño a mi madre y me pregunto cómo estará. Ayer les hablé a mis compañeros de ella. Es raro, nadie menciona a ningún ser querido, es como si ellos no tuvieran a nadie que extrañar, ni nadie que los extrañe. ¡Qué triste!

Día 34

A 11 días de terminar el experimento, mi ánimo por fin se estabilizó. Algo similar parece ocurrirles a Horacio, María, Alicia y Cecilia. No me cabe duda de que a los 5 nos esperan cargas muy pesadas, allá, en la civilización. Sin embargo, siento que la montaña nos dio el valor que necesitamos para continuar con nuestras vidas cuando el experimento termine.

Ahora, la tormenta le llegó a Raúl. El optimista a ultranza está muy mal, aunque Cecilia está todo el tiempo a su lado intentando ayudarlo.

Por otra parte, Benicio está más comunicativo que antes, creo que el aislamiento finalmente hizo su efecto en él. Ayer me acompañó a caminar y por sus comentarios, me di cuenta que es un excelente observador y que, a pesar de haberse mostrado siempre distante, conoce bien y está al tanto de todo lo relacionado con la vida personal, los miedos y las esperanzas de los integrantes del grupo.

Es un hombre muy inteligente y cuando deja de lado su coraza, resulta muy agradable. Creo que lo hemos juzgado mal.

Día 37

Hoy, durante uno de mis paseos, me encontré con Cecilia y Raúl. Ellos no me vieron y no me atreví a acercarme porque noté que él estaba llorando. Me pareció que era un momento privado y no quise molestarlos.

Me alejé enseguida, sin embargo, alcancé a escuchar que Cecilia le rogaba a Raúl que no lo hiciera. He estado pensando en eso todo el día. ¿A qué se refería Cecilia? ¿Qué es eso tan grave que quiere hacer Raúl?

Día 40

Hoy hicimos una fogata de despedida, sólo faltan 5 días para que termine el estudio. Los ánimos de todos han mejorado un montón, hasta Raúl parece haberse reanimado, pero está más callado que de costumbre.

Día 44

¡Dios, estoy tan asustado!

Esta mañana, Raúl y Cecilia salieron juntos a caminar. Estaba con mis compañeros, hablando y comiendo las últimas reservas de chocolate, cuando de pronto comenzamos a escuchar gritos, corrimos hacia el lugar de donde provenían y encontramos a Cecilia en medio de un ataque de nervios.

Ella nos explicó que Raúl había querido despedirse del lugar subiendo hasta la cima de uno de los cerros, con mucha dificultad había conseguido hacer cumbre, pero luego lo había visto desbarrancarse hacia el otro lado.

Como no teníamos ni equipo ni preparación, durante toda nuestra estadía los 7 habíamos evitado las ascensiones y dirigíamos nuestras excursiones hacia el este. ¿Por qué Raúl había decidido arriesgarse cuando faltaba tan poco para irnos?

La única manera de verlo y saber cómo estaba era llegando hasta la cima. Horacio y yo intentamos trepar la empinadísima colina, pero tropezamos varias veces y finalmente, ante los ruegos de María y Alicia que insistían en que era mejor esperar la ayuda y no correr el riesgo de lesionarnos nosotros también, nos dimos por vencidos.

Todos estamos devastados, mañana es el día 45 y estoy rogando para que alguien venga a ayudarnos, quiero que este maldito experimento se termine de una vez.

No pude continuar con la lectura porque las otras páginas habían sido arrancadas.

—¿Qué pasó después? Seguí leyendo —pidió Juan.

—No puedo, alguien arrancó el resto de las páginas —comenté—. Nos dejaron sin el final de la historia.

—¡Y qué historia! Le gana a cualquier novela. ¿Qué pensás hacer? —quiso saber Francisco.

—No sé, no tengo el nombre completo de ninguna de las víctimas y ...

—¿Víctimas? ¿Qué víctimas? —me interrumpió Francisco—. Estamos hablando de un hecho que no se basa ni en una denuncia ni en un testimonio directo, sino en una libreta ajada que contiene una historia inverosímil. Tus supuestas víctimas pueden ser personajes de ficción, creados por un escritor frustrado.

—También hay que tener en cuenta el tiempo. Estamos en el 2018, de ser cierto, el experimento se realizó hace 17 años —señaló Juan.

—Con todas las causas urgentes que hay, cuando Martín la lea, como mucho, te va a pedir que saques un oficio para Investigaciones, si es que no te manda a archivarla directamente —continuó Francisco.

—Un oficio para mí —acotó Juan.

—Exacto —dijo Francisco—. Y como Investigaciones también está tapada de causas urgentes, no va a poder dedicarle tiempo a un delirio como ese.

—Ariza tiene razón cuando afirma que no le van a prestar atención al relato de la libreta —reconocí—, pero no sé qué tan ético sea que yo acepte investigar el caso por mi cuenta.

—Lo más probable es que ni siquiera haya un caso, no creo que exista un delito por el que sea necesario intervenir —insistió Francisco—. Aun suponiendo por un segundo que la historia sea verdadera, no los raptaron, los siete aceptaron ir voluntariamente y además, no sabemos el final. Quizá, los voluntarios acabaron felices y con sus 5.000 pesos.

—¿Y el muerto? —pregunté.

—¿Qué muerto?! —exclamó Francisco—. Pueden haberle brindado atención médica, por supuesto, si es que el tal Raúl existió en realidad.

—Gaspar, aceptá el trabajo, investigás y si encontrás que efectivamente se cometió un delito que no prescribió luego de 17 años, le avisas al Dr. Zinca para que intervenga de oficio. Caso contrario, simplemente le comunicás a tu cliente lo que encontraste, ¡y listo! No hay ningún dilema moral en esto —aseguró Juan.

No estaba seguro de que las cosas fueran para nada simples como Juan afirmaba, pero el contenido de la libreta había despertado mi curiosidad y quería investigarlo.

—Está bien. Pero, les propongo ser mis socios. Dividimos los 300.000\$ en tres.

Francisco y Juan aceptaron gustosos mi propuesta y aprovechando que Oscar todavía no llegaba, debatimos sobre cuáles eran los primeros pasos que íbamos a seguir.

Confiaba en Oscar, pero como él tenía una tendencia a hablar de más, prefería que no estuviera enterado del caso de Ariza.

—Bueno, empecemos por el principio —dijo Juan adoptando su actitud de investigador eficiente—. ¿Estás seguro que el viejo no está chalado y que no fue él el que escribió la libreta?

—Después de 5 años de trabajar en la oficina, sé reconocer a un chiflado cuando lo veo. No, no está loco —afirmé.

—Parece el guion de una película de suspenso. Empecemos la investigación sin asumir que es un suceso real hasta que encontremos algo que nos demuestre lo contrario —propuso Francisco.

—¿Cómo se llama el hombre y cuál es su interés en esto? —preguntó Juan.

—Se llama Camilo Ariza y quiere contratarme para que investigue qué pasó con los 7 voluntarios del experimento. No me dijo nada más, lo voy a ir a ver cuando salga de la oficina, aunque intuyo que es de la clase de personas que le gusta hacer preguntas pero no contestarlas.

—En primer lugar, hay que investigar a Ariza y descubrir cuál es su verdadero interés en esta historia —dijo Juan abriendo su cuaderno y dedicándole un lugar, en una marea ininteligible de anotaciones, a nuestra investigación.

Juan no tenía una gran afición por la tecnología y por esta razón, evitaba los dispositivos electrónicos todo lo posible y prefería anotar los datos referidos a sus investigaciones en un cuaderno tapa blanda, a rayas.

Su horrorosa caligrafía y su forma desordenada de escribir, garabateaba sobre los márgenes y en cualquier espacio en blanco que encontrara, garantizaban que la información permanecería blindada porque el contenido del cuaderno resultaba ilegible para cualquier persona que no fuera su dueño.

—En cuanto al relato en sí, Gabriel, el chico que aparentemente habría escrito la libreta, habla de un aviso en el diario. Si alguien inventó esta historia, cosa que creo sinceramente, no puede haber insertado un aviso en un diario de hace 17 años. Deberíamos empezar revisando si el anuncio existió —sugirió Francisco.

—Bien, ése sería el punto dos —aprobó Juan, haciendo otra anotación en su caótico cuaderno—. En cuanto al punto tres, tenemos el nombre del psiquiatra y la dirección en la que teóricamente funcionaba la consultora. Bien, ya tenemos por dónde empezar.

La puerta anunció denunciante y tuvimos que posponer la reunión para cuando terminara nuestro turno.

CAPÍTULO 3

Pocos minutos después de las 6, Oscar, que ya había lavado las tazas y que estaba a punto de irse, entró precipitadamente en la oficina.

—Gaspar, te buscan, Gaspar —exclamó visiblemente exaltado.

—¿Quién? —pregunté sin prestarle mucha atención porque estaba concentrado en la redacción del avoque para imputar a los aprehendidos de la noche.

—Buenos días —dijo una voz femenina.

Levanté la vista y me encontré con una mujer que me sonreía con timidez, en sus manos sostenía una bandeja llena de alfajores de maicena.

—¿Sí? —pregunté.

—Siempre he sentido fascinación por el trabajo que ustedes hacen acá, en la comisaría. Te vi en la televisión y... —dijo ella titubeando y luciendo un poco avergonzada—, y quería decirte que te admiro muchísimo.

La mujer se había puesto colorada y yo estaba todavía demasiado asombrado como para decir algo. Ella debía tener unos treinta y cinco años, era delgada y de pelo castaño.

—Yo te veo seguido en el almacén, en el almacén —intervino Oscar, mientras caminaba nerviosamente de un lado para el otro con un plumero en la mano.

—Sí, vivo en el barrio, seguramente nos hemos cruzado muchas veces —afirmó ella sonriendo con amabilidad.

Su gentileza provocó que Oscar se inquietara todavía más y que huyera, como alma que lleva el diablo, hacia la cocina.

—Ayer vine a buscarte, pero ya te habías ido. Uno de tus compañeros me comentó que ibas a trabajar de noche por un par de semanas y que te fascinaban los alfajores de maicena. Es por eso que te preparé algunos para el desayuno, espero que te gusten —continuó ella.

En ese momento, Francisco, que había ido a la guardia para corroborar los datos de un aprehendido, entró en la oficina y al ver a la mujer sonrió. Luego, su mirada se posó sobre los alfajores y su sonrisa se amplió.

Odiaba los alfajores, las cosas dulces no me gustaban, curiosamente, a Francisco le encantaban. ¡Qué hijo de puta!

—Muchas gracias —balbuceé.

Por suerte, llegó un procedimiento policial y ella, al ver que estaba ocupado, se despidió y se fue.

—¡Sos un cabrón! —grité, al ver que mi amigo corría a lanzarse sobre la bandeja de alfajores.

—No podía dejar pasar la oportunidad, mi esposa sólo me cocina comida dietética —confesó Francisco con la boca llena.

—No es fea —afirmó Gutiérrez, que había dejado la guardia sola para atragantarse con los alfajores.

—Si te gusta, invítala a salir vos —repliqué irritado—. ¡Lo único que me faltaba! Una fan del personaje que Clara inventó persiguiéndome en el laburo.

Las risas de mis compañeros indicaban que mi consternación y mal humor les importaba un carajo y que seguirían bromeando con el tema hasta cansarse.

Cuando salimos del trabajo, Juan, Francisco y yo, fuimos a desayunar.

—Me quedé pensando en algo, ¿qué pasa si contra todas las expectativas, el experimento resulta cierto? —pregunté.

—Pasaron 17 años, si hay algo de verdad en esas hojas, tenés tres opciones —aseguró Juan—. La primera, nunca los rescataron y murieron; la segunda, los rescataron y recuerdan el dichoso estudio como una divertida anécdota con la que podrán entretener a sus nietos; y la última opción, nunca fueron rescatados, pero sobrevivieron, se aparearon, tuvieron descendencia y ahora tienen un hotel de cinco estrellas en la montaña.

—Es una locura —aseveró Francisco.

—Supongamos por un segundo que la historia es completamente cierta —propuse—. ¿Qué pasó con los siete voluntarios? Sabemos que por lo menos el chico que escribió la libreta, Gabriel, tenía familia y, aparentemente, algunos de los otros participantes también. De haber desaparecido, los familiares, amigos o conocidos hubieran hecho la denuncia y en su desesperación, seguramente habrían acudido hasta a la televisión. Es imposible que un caso así no haya tomado estado público.

—Coincido con vos —señaló Francisco—. Me cuesta pensar que un suceso de esas características pudiera permanecer oculto en una provincia relativamente pequeña como Mendoza.

Juan asintió pensativo y luego hizo una anotación en su cuaderno.

—No sé, puede que exista una explicación válida para que no haya

salido a la luz. Voy a ir a ver a un amigo que ocupaba un alto cargo en la División de Búsqueda de Personas en esa época, tal vez él pueda decirme algo que nos aclare el panorama.

Acordamos que Juan iría a ver a su amigo, mientras que Francisco y yo nos encontraríamos a la tarde en el archivo del diario Los Andes, para ver si podíamos encontrar el anuncio que Gabriel mencionaba en la libreta.

Sin embargo, antes de irme a dormir tenía que ir a ver a Ariza. Decidí no anunciar mi visita, quería tomarlo por sorpresa para ver si en medio de su desconcierto, lograba descifrar algo de una personalidad que adivinaba muy compleja.

Ariza vivía en un chalé de dos plantas, en una selecta zona de la ciudad. Toqué el timbre y una señora, que debía ser la mucama, me atendió y me hizo pasar al comedor.

—Tome asiento, joven, el señor Ariza lo atenderá en un momento — manifestó la mujer, observándome detenidamente, pero sin asombro. Era como si ella hubiera estado esperando mi visita.

—Gracias —contesté, contento de quedarme a solas unos segundos para poder mirar la enorme biblioteca que ocupaba dos paredes enteras de la habitación.

La sala era un lugar soñado para un bibliófilo, con un comodísimo sillón colocado junto a una chimenea en la que ardía un generoso fuego.

En una esquina, un magnífico reloj de péndulo marcaba con un sonido regular el paso del tiempo. Cerca del fuego, había una mesita con un tablero de ajedrez veneciano medieval, con piezas de plata que debían valer una fortuna.

Mis ojos acariciaron con codicia las sutiles figuras y no pude evitar compararlas con las toscas piezas de madera que tanta alegría me habían dado cuando las había conseguido por menos de 1.500\$ en Mercado Libre.

Para no deprimirme, desvié mi atención hacia la biblioteca. Definitivamente, Ariza era un gran lector. Tenía libros en español, alemán e inglés y algunos de los ejemplares eran primeras ediciones.

¡Mierda! Nunca había sido un tipo materialista, pero llevaba 5 minutos en esa casa y ya me sentía en la cochina miseria.

—Buenos días —dijo Ariza entrando en la sala en compañía de un enorme rottweiler negro—. No tengo apuro, puede husmear tranquilo mi biblioteca —continuó mi amable anfitrión sentándose en el sillón, mientras su fiel compañero se echaba a su lado.

—Tal vez en otra ocasión —murmuré algo avergonzado—. Vine a verlo por el tema de la libreta.

—Lo imaginé —replicó él, sarcástico—. ¿Ya se decidió a aceptar mi encargo?

—Primero me gustaría hacerle unas preguntas —dije evitando dar una respuesta, todavía estaba a tiempo de arrepentirme.

Ariza no pareció ni sorprendido ni contrariado ante mi evasiva. Simplemente, me miró con una mirada que indicaba que no estaba acostumbrado a no ser obedecido y que no pensaba acostumbrarse.

—Siéntese, por favor —dijo señalando una silla frente a él.

El perro se enderezó un poco cuando vio que me acercaba a su dueño, pero volvió a echarse cuando Ariza le puso una mano en el lomo para tranquilizarlo.

—No hace nada —aseveró—. ¿Verdad que eres bueno? —dijo acariciándolo y mirándolo con la ternura con la que podría haber mirado a un niño.

Hice una mueca que intentó ser una sonrisa, no tenía ninguna intención de poner a prueba la veracidad de esa afirmación.

—Adelante, pregúnteme lo que necesite.

A pesar de su aparente cordialidad, sabía que estaba ante un hombre difícil y que su buena predisposición se esfumaría en cuanto le hiciera las preguntas que él no quería contestar. Entonces, decidí que lo mejor era dar un rodeo antes de ir al grano.

—¿Cómo sabe que esto es verdad? —comencé—. ¿Cómo sabe que los hechos que se narran en la libreta no son el producto de la imaginación de un escritor aficionado?

—No lo sé y para eso lo contraté a usted, para que lo averigüe.

Había una soberbia tan marcada en Ariza que, a pesar de su precario esta de salud, inspiraba más rechazo que compasión o empatía.

—Voy a pedirle a mi ama de llaves que le traiga algo para tomar. ¡Señora Rosa! —gritó con una potencia poco acorde con el estado de sus pulmones.

La señora Rosa, que parecía anticipar los deseos de su jefe, entró sosteniendo una bandeja con un jugo para mí y un vaso con agua con pastillas para Ariza.

—¿Estas son las nuevas? Le dije al médico que las anteriores dejaron de

hacerme efecto hace tiempo —rezongó él.

Rosa no respondió, tal vez estaba tan acostumbrada a las quejas de su jefe que ya ni siquiera las escuchaba.

Iba a continuar con mi interrogatorio cuando un ataque de tos sacudió su cuerpo. El rottweiler se enderezó y lo contempló con ojos llenos de preocupación. Al otro lado del sillón, Rosa lo asistía, pero en sus ojos no había ni rastros de los sentimientos que se reflejaban en los del perro. Mi pregunté si el anciano era capaz de inspirar algún sentimiento positivo en un ser humano.

Cuando se repuso, nuestra conversación pudo seguir adelante:

—¿Cómo consiguió esta libreta?

—Ya te lo dije, me la enviaron. Por supuesto, sin remitente. Y antes de que me preguntes, no sé quién la envió.

Noté que Ariza me trataba de usted o me tuteaba de acuerdo a la tensión del momento.

—¿Cuándo la recibió?

—Hace un par de semanas.

—¿Usted es pariente o amigo de alguna de las personas que se mencionan en la libreta?

—No —aseguró él y supe que estaba diciendo la verdad.

—Entonces, ¿por qué está interesado en investigar este caso?

—Porque tal vez en él pueda encontrar una respuesta que estoy buscando desde hace mucho, mucho tiempo —susurró Ariza, que de repente se veía extenuado, pero no por su enfermedad, sino por el recuerdo de esa pregunta que parecía haberle consumido la vida.

—¿Y cuál es la pregunta?

—Se trata de un asunto personal y que no se relaciona directamente con la razón por la que lo contraté.

Volvíamos al usted, eso significaba que estaba entrando en un ámbito que lo incomodaba y que por lo tanto, la información valiosa estaba allí.

—Señor Ariza, usted es un hombre inteligente y comprenderá lo absurdo de la situación. Un desconocido le envía una narración inverosímil y usted me paga 300.000\$ para que la investigue.

—Puedo ofrecerle más.

—No quiero más, de hecho, el monto es demasiado alto para lo que voy a poder hacer con la poca información que tengo. Siento como si lo estuviera

estafando —confesé, quería hablar claro desde un principio.

—Gaspar, yo no soy un pobre jubilado que te está entregando todos sus ahorros. Soy el dueño de una de las bodegas más importantes del país, te aseguro que puedo pagarte eso y mucho más, sin que mis finanzas se vean afectadas.

—Sí, pero...

—Por otra parte —me interrumpió con voz firme—, no pido que hagas milagros. Lo único que espero es que investigues en tu tiempo libre durante tres semanas y que, antes de irte de vacaciones, me informes los resultados de tu investigación.

—¿Cómo sabe de mis vacaciones? —pregunté sorprendido—.

—Tus compañeros no son muy discretos que digamos, sobre todo los ordenanzas.

“Oscar”, pensé y lo mandé bien lejos con la mente.

—De todas formas, no creo tener mucho más tiempo por delante —dijo él sin ningún tipo de emoción en la voz.

El hombre hablaba de su próxima muerte de una forma tan indiferente, que era como si se tratara de la muerte de alguien más. ¿Acaso deseaba morir?

—¿Qué pasa si descubro que el relato es falso?, que por cierto, es lo más probable.

—Tres semanas dedicando tu mejor esfuerzo, no te pido nada más.

Me quedé mirando el fuego durante unos minutos, intentando tomar la decisión correcta.

—De acuerdo —dije finalmente—. Pero le advierto que si descubro que se ha cometido un delito, cualquiera sea, voy a solicitar una intervención de oficio y a buscar el castigo para el responsable.

Ariza había cerrado los ojos y parecía dormir en el sillón, pero al escuchar mis palabras, una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Como quieras, a mí únicamente me interesa la información, lo que hagas con ella es asunto tuyo.

—Tiene idea qué significa la frase de la tarjeta, “La Justicia de los Invisibles”.

—He pensado mucho en ella, pero desconozco lo que significa y tampoco sé de qué forma se relaciona con el contenido de la libreta.

—Está bien —dije levantándome—. Voy a llamarlo para mantenerlo informado de los avances que haga.

—No me gusta hablar por teléfono —dijo Ariza—. Vení a verme el sábado, a eso de las 9 de la noche. Me duermo tarde y siempre estoy en casa. Si no me encontrás es porque estoy en el hospital o el cementerio —concluyó él, riéndose de su propio chiste macabro.

No fue necesario que Ariza llamara a Rosa, ella apareció a mi lado como por arte de magia.

—¡Ah! —exclamé, recordando algo que había olvidado decirle—. La razón por la que usted me contrató, todo eso que salió en la televisión, es falso. Yo no salvé a ningún niño.

—¿Televisión? —preguntó Ariza.

—El señor tiene que descansar —dijo Rosa, interponiéndose entre los dos.

El ama de llaves me acompañó hasta la puerta y se aseguró de que abandonara la casa lo antes posible.

El archivo del principal diario de la ciudad estaba abierto al público. Como no teníamos la fecha exacta de la publicación del supuesto anuncio, con Francisco decidimos incluir en nuestra búsqueda los últimos tres meses del año 2001.

El material estaba organizado en biblioratos, cada uno de los cuales contenía los diarios correspondientes a una semana.

Francisco se ocupó de revisar el mes de octubre y yo el de noviembre. Durante la primera hora, no tuvimos suerte, únicamente encontramos avisos normales de empleos y búsqueda de personal, nada fuera de lo habitual.

No obstante, cuando estaba revisando la carpeta de la segunda semana de diciembre, noté algo extraño. En la sección de Empleos del domingo 9 de diciembre, de la página 23 saltaba a la 27.

—¡Mirá! —le señalé a Francisco—. Falta una página.

—Sí —dijo él tomando el bibliorato para examinarlo—, arrancaron la hoja.

Le pedí ayuda a la encargada y ella me explicó que tenían por duplicado todo el material, y me entregó un bibliorato que contenía otro ejemplar del día que me interesaba revisar.

Lo lleve a la mesa y comprobé que al ejemplar del segundo bibliorato, también le faltaba la página 25. Alguien se había tomado la molestia de arrancar dos veces la misma página.

—Tal vez tengamos algo— murmuré.

—O tal vez alguien las arrancó con ese fin, para que pensemos que había algo —replicó Francisco, el escéptico.

Revisamos el resto de los diarios del mes de diciembre del 2001 y los de los meses de enero y febrero del 2002, para ver si faltaba algo más. No obstante, los ejemplares estaban completos, si el aviso que buscábamos efectivamente existía, había sido publicado un sólo día.

Tampoco encontramos noticias que pudieran estar relacionada con un experimento psicológico o con la misteriosa desaparición de un grupo de personas.

Recurrí nuevamente a la encargada para ver si existía la posibilidad de consultar un tercer ejemplar, pero su respuesta fue negativa. El diario guardaba en una bóveda los ejemplares más antiguos que todavía no habían sido digitalizados, sin embargo, para poder acceder a ellos necesitábamos llenar una solicitud y explicar las razones de nuestro interés. Esta opción implicaba esperar un par de días hasta recibir la autorización y por eso la descarté de inmediato.

—Voy a ir a ver a Pedro, estoy seguro que él nos va a poder ayudar. —le dije a Francisco cuando salimos del archivo

Gracias a mi trabajo, tenía la oportunidad de conocer a mucha gente singular. Pedro, era un profesor universitario de Historia que dedicaba su tiempo libre a rastrear en los noticieros, diarios, revistas y blogs, lo que él consideraba información relevante.

Pedro sentía una desconfianza acérrima hacia cualquier noticia que se publicara en los medios de comunicación hegemónicos, aunque se interesaba vivamente por dichas noticias porque creía que debajo de ellas, subyacían las claves a través de las cuales se podía reconstruir el relato verdadero, los acontecimientos que el poder quería ocultar.

Tenía una enorme capacidad para relacionar acontecimientos que en principio parecían aislados y sin conexión, formando con ellos teorías que estaban muy bien formuladas, aunque a mí me parecían demasiado rebuscadas.

Él creía que su misión era abrir los ojos de la gente, sobre todo, los de las personas que vivían en su misma región. Para lograrlo, tenía un blog en el que publicaba artículos con sus originales teorías conspirativas y que firmaba con el pseudónimo de Plutarco, el filósofo e historiador griego que él más admiraba.

Acorde con su pasión, Plutarco coleccionaba meticulosamente, todos los diarios que habían sido publicados en el país durante los últimos 25 años.

Mi primer encuentro con Pedro se produjo durante la retorcida bienvenida que mi jefe, el Dr. Zinca, Juan y algunos de mis compañeros, me organizaron con mi motivo de mi ingreso en la oficina.

Me llevaron a uno de los hospitales psiquiátricos más importantes de la ciudad, con la excusa de que debía tomar una testimonial a un enfermero, y luego desaparecieron. Podría haberlos esperado en la puerta, tarde o temprano volverían, pero mi curiosidad pudo más.

En el terreno destinado a la recreación de los pacientes había una cancha de fútbol con unas gradas a los costados.

Caminé tímidamente hacia ellas y me senté para presenciar un partido que, por los gritos de la hinchada, debía estar apasionante. Recién entonces noté que faltaba algo, los jugadores no tenían pelota.

—Está buenísimo, hacía mucho que no jugaban así —comentó el hombre que estaba sentado a mi lado.

—¿Sí? —murmuré—. ¿Quién va ganando?

—Están empatados, pero si siguen así se va a hacer de noche y como no hay buena luz en esta área, van tener que desempatar por penales.

Luego de diez minutos de fingir entusiasmo y de pararme a festejar cada vez que mi vecino o algún otro espectador, decidía que era tiempo de un gol, pensé que era mejor continuar mi camino.

A unos metros de la cancha, me encontré con un hombre que, sentado bajo un árbol y rodeado de pilas de diarios, leía con fruición y señalaba con un marcador verde flúor algunos artículos.

Me quedé a su lado observándolo con interés y él, sin levantar la vista, preguntó:

—¿Sos nuevo?

—No... Sí... Quiero decir, sólo estoy de visita. Soy nuevo en una oficina fiscal, mis compañeros me dejaron varado acá por unas horas, es su manera de darme cordialmente la bienvenida.

—¡Uf! Oficinas fiscales, ¡no sirven para nada! Aunque en realidad no es culpa de ellas, es el sistema penal lo que no sirve. ¿Sos estudiante?

—No, ya terminé. Soy Licenciado en Filosofía.

Al escuchar mi respuesta, él levantó por primera vez la vista del diario y me estudió atentamente.

—Te ves fortachón, por eso te doy un año, año y medio como mucho, antes de que renuncies o antes de que termines como jugador estrella del equipo —dijo señalando a los jugadores que seguían corriendo entusiasmados.

Nunca supe cuál era el diagnóstico de Pedro o Plutarco, como prefería que lo llamaran, él no me lo dijo y yo no quise incomodarlo preguntádoselo.

Tenía épocas malas, durante las cuales prefería estar en su hogar, una vieja casona que había pertenecido a su madre y que él había transformado para que fuera un lugar funcional a sus intereses; y épocas buenas, durante las cuales retomaba sus clases en la universidad.

Plutarco era muy paranoico, pensaba que lo espiaban de forma constante por temor a lo que él pudiera llegar a descubrir en sus investigaciones. Por esta razón, le pedí a Francisco que no me acompañara porque la presencia de un extraño lo pondría muy nervioso.

—Hola, Plutarco —saludé—. Necesito ver el diario *Los Andes* del día 9 de diciembre del 2001.

—Te vi en la televisión —comentó Pedro—. A los grupos dominantes no les gustan los héroes. Estoy armando un archivo con tus datos, por si tenés un accidente o de pronto decidís suicidarte, aunque quedate tranquilo, si eso ocurre, yo no lo voy a creer.

Le agradecí a mi amigo su voto de confianza.

—¿Por qué estás interesado en leer un diario de hace 17 años?

—Digamos que es un efecto secundario de mi repentina e indeseada fama.

No había recurrido a él desde un principio porque temía que el contenido de la libreta terminara formando parte de una de sus extravagantes especulaciones. Sin embargo, como necesitaba su colaboración, estaba dispuesto a decirle la verdad.

—Un hombre que está a punto de encontrarse con San Pedro me contrató para que realice una investigación privada para él. Quiere saber qué pasó con esta gente —dije, entregándole unas fotocopias con el contenido de la libreta—. Hasta que no termine de investigar, no quiero que ningún dato de esa libreta aparezca en tu blog.

Pedro asintió.

—¿Dónde tenés guardados los diarios?

—No es necesario que veas el original. Ya terminé de digitalizar todos los diarios de la provincia —aseguró él sin dejar de leer—. ¿Te lavaste las

manos? —preguntó suspicaz.

Tener las manos impolutas era un requisito imprescindible para aquel que aspiraba a tocar algunas de sus pertenencias, aunque sólo se tratara de una computadora.

Le juré que me las había lavado, pero mi juramento no alcanzó y me obligó a lavármelas tres veces más con un fuertísimo jabón desinfectante.

Plutarco abrió en la computadora el archivo con el diario completo del día que me interesaba y luego se sentó en un sillón para continuar con su lectura.

No sé qué esperaba encontrar, tal vez era más incrédulo con respecto a la autenticidad de la historia de lo que había querido confesar. Por eso me sorprendió encontrar en la mitad de la página 25, un aviso enmarcado que decía:

"Importante compañía internacional, solicita voluntarios para un experimento psicológico. Se ofrece una retribución de 5.000\$.

Requisitos: hombres y mujeres mayores de 21 años.

Enviar C.V. al poste restante Lar22”.

—¡Lo encontré! ¡Era verdad! —exclamé, sintiendo una corriente de adrenalina.

Pedro se acercó a leer.

—En medio de la vorágine del 2001, ese aviso tiene que haber representado la esperanza para muchísima gente —comentó.

—Sí, lo malo es que en esa época se utilizaban los postes restantes y no una dirección de correo electrónico, que hubiera sido mucho más fácil de rastrear —respondí.

El descubrimiento planteaba un panorama completamente distinto al que había imaginado en un principio.

El aviso había sido publicado en medio de una de las peores crisis económica de Argentina y en mi poder tenía un testimonio de alguien que, aparentemente, había participado en aquel experimento.

Plutarco quiso que le contara todos los detalles acerca de mis dos encuentros con Ariza.

—Me pagó 300.000\$, Francisco y Juan me están ayudando, si te interesa colaborar, te puedo tirar unos mangos.

—¡Ay, Gaspar! Parece que naciste para ser un explotado por el sistema. Mis viejos me heredaron propiedades, mis libros de Historia se venden bien y

además, tengo el paupérrimo sueldo de profesor. Me interesa el caso y lo voy a investigar sin cobrarte nada.

—Tenemos un acuerdo, no podés hacer ninguna publicación referida a este tema hasta que no termine con la investigación.

—Sí, ya te dije que sí —murmuró Pedro, molesto—. Te regalo mi parte, a ver si podés salir de ese agujero de una vez. Las visitas al infierno no son gratuitas.

"Las visitas al infierno no son gratuitas", repetí mentalmente. Pedro había expresado en una frase clara y concisa, esa idea que vagaba en la niebla de mi mente y que, aunque sabía que estaba allí, no había podido desentrañar hasta ese momento.

Muchas veces me había preguntado si era posible bogar diariamente por lo más oscuro del alma humana y salir ileso. ¿El infierno te cobraba un precio? Y si era así, ¿a cuánto ascendía mi deuda? O lo que era peor, ¿la había pagado ya y no me había dado cuenta?

CAPÍTULO 4

Un ensordecedor concierto de sirenas me recibió en la comisaría. Comenzaba el turno con 4 móviles estacionados en la puerta y eso no era una buena señal. Iba a ser una nocturna de mierda, de esas que me hacían arrepentirme de no haber seguido el consejo de mi viejo y estudiar ingeniería. ¡Maldita rebeldía adolescente!

Llegué unos minutos tarde, Francisco ya estaba ocupado con un denunciante y a mí me tocó atender a una señora que venía del brazo de Ernesto Prezo.

En general, cuando las víctimas venían acompañadas de efectivos policiales, ellos, además de hacer un procedimiento por escrito, nos explicaban verbalmente el hecho para saber qué esperar cuando entrevistáramos a la víctima.

Pero en aquella ocasión, Ernesto dejó a la mujer sin darme ninguna explicación:

—Gaspar, en un rato te llevo el procedimiento —exclamó y luego salió apresuradamente de la oficina.

Lo vi alejarse y pensé que tal vez tenía una emergencia que necesitaba ser evacuada en el baño e hice pasar a la señora sin tener ninguna referencia de lo que le había ocurrido.

La mujer aparentaba tener unos 50 años y vestía con una bata de cama, debajo de la cual se adivinaba un camisón. Tenía puesto los ruleros y la piel de su rostro estaba cubierta por una máscara facial de color verde.

La señora lloraba de forma desconsolada.

—Tome asiento, señora.

Le ofrecí un vaso con agua, de cuya asepsia no podía dar fe, y Oscar le entregó un trozo de papel higiénico para que pudiera limpiarse.

—El jefe de ordenanzas dice que tenemos que administrar mejor los recursos, puse un candado en el armario de las cosas de limpieza. No es época de derroche, de derroche —me susurró Oscar.

La mujer no se veía herida ni golpeada, pero sí muy angustiada. Dejé que se desahogara y cuando estuvo más tranquila, pude comenzar con mis preguntas para saber qué le había pasado.

—Señora, ¿quiere contarme lo que sucedió?

—Estaba en mi casa poniéndome una máscara facial de pepino, cuando escuché un ruido en la puerta del patio. Vivo sola y para ahorrar energía suelo apagar temprano las luces de afuera, eso provoca que la gente piense que en la casa no hay nadie. A los pocos minutos escuché otro ruido, me asusté tanto que lo único que se me ocurrió hacer fue correr a una de las habitaciones y esconderme en el placar.

El relato fue interrumpido por otro ataque de llanto que obligó a Oscar a hacer una nueva erogación del papel higiénico que custodiaba con tanto celo.

—¿Qué pasó después? —quise saber.

—Empecé a escuchar pasos de alguien en la escalera y luego, ruidos de cajones y placares al abrirse. ¡El ladrón estaba revolviendo toda mi casa! Cuando llegó hasta la habitación en donde yo estaba escondida, quiso prender la luz, pero no pudo porque el foco se había quemado. El ladrón empezó a hacer lo mismo que había hecho en las otras habitaciones, abrir los placares y revolver. Me sentía tan aterrada que creí que el corazón se me iba a salir por la boca.

La voz de la mujer se quebró en un gemido seguido de abundantes lágrimas. Ella miró a Oscar y extendió la mano en una clara señal de que necesitaba más papel higiénico, pero él hizo un gesto que daba a entender que la señora se estaba abusando de su generosidad. Le entregó un pequeñísimo trozo y hasta se atrevió a insinuar que a la vuelta había un kiosco que funcionaba las 24 horas y que allí vendían pañuelos descartables.

Enojado, me levanté y le arrebaté su preciado tesoro de las manos. Él aceptó la derrota en silencio, pero me dirigió una mirada hosca, en la que claramente me acusaba de estar dilapidando los recursos del Estado.

—¿Que pasó después?, ¿el ladrón le hizo algo? —pregunté, ansioso por continuar, afuera se estaba acumulando la gente.

—Cuando él abrió la puerta del placar, grité con todas mis fuerzas. Al verme, el ladrón se asustó y se desmayó, entonces yo aproveché y salí corriendo hacia la casa de mi vecina. ¿Usted sabe si el ladrón está bien?

Oscar, que a pesar de nuestra reciente rencilla se había quedado apoyado en la pared, esperando el momento oportuno para recuperar el papel, comentó:

—Acabo de oír por la radio policial que está bien... ¡Bien muerto! El susto que se llevó cuando la vio a usted, le provocó un infarto fulminante. Prezo, Gutiérrez y los otros policías se están matando de risa en la cocina, en

la cocina.

—¿Maté al ladrón? —balbuceó la mujer.

Le dirigí una mirada de reproche a Oscar por su falta de tacto e intenté consolar a la mujer. Por su parte, él suspiró y salió de la oficina con aire resignado, no había manera de que el rollo sobreviviera a semejante marea de agua salada y moco.

Cuando terminé con el expediente de la llorona y el difunto amante de lo ajeno, continué con los otros denunciante. La noche estuvo tan agitada que no tuvimos ni siquiera unos minutos para hablar sobre el caso de Ariza.

Durante el desayuno, que se había vuelto el horario fijo para nuestras reuniones, analizamos el relato de la libreta desde una nueva perspectiva.

—Así que el aviso es cierto —comentó Francisco, releendo el anuncio que yo les había enviado—. Hubiera jurado que se trataba de un invento.

—Juan, ¿qué te dijo tu amigo de Búsqueda de Personas? —quise saber.

—A finales del 2001 y durante el primer semestre del 2002, el número de denuncias por paradero se duplicó y Búsqueda de Personas no daba abasto. Como era previsible, el derrumbe económico provocó devastadoras consecuencias a nivel social y durante esa conmoción, muchas personas desaparecieron.

—¿Los suicidios aumentaron? —pregunté.

—¡Claro! Muchas personas se veían sin salida y claudicaban —afirmó Juan—. Fue un período oscuro para la morgue, se llenó de cadáveres y muchos quedaron sin identificar.

—El contexto ideal si uno desea hacer desaparecer 7 cadáveres — señalé y Juan pareció estar de acuerdo.

—¡Por favor, no empecemos a divagar! —se quejó Francisco—. Es mejor concentrarse en lo que tenemos, según Gabriel, Raúl tuvo un accidente, pero no sabemos si murió.

—Si se desbarrancó por una montaña y no recibió asistencia médica, no pudo haber sobrevivido —insistí—. Además, solamente tenemos la primera parte del relato, luego de 44 días de comenzado el estudio quedaban 6 personas, pero no sabemos cuánto tiempo más tuvieron que permanecer en la montaña y tampoco sabemos cuántos de esos 6 finalmente sobrevivieron.

—También existe la posibilidad de que no todo sea tan drástico como están imaginando —objetó Francisco.

—¿Y cuál sería tu hipótesis optimista? —quiso saber Juan.

—Sabemos que el aviso existió y que el experimento puede haber sucedido. Sin embargo, tal vez todo fue un engaño. Tal vez Raúl era un infiltrado, el accidente pudo ser parte de una farsa para poner al resto al límite y ver cómo reaccionaban ante esa situación —respondió Francisco.

Nos encontrábamos en una etapa de la investigación en la que no podíamos descartar ninguna conjetura, así que la teoría de Francisco fue aceptada y tomada como una posibilidad.

—¿Qué descubriste de Ariza?

—Nada importante, Gaspar. Tu cliente tiene 55 años...

—¿55 años?! —exclamé—. Está destruido, yo le hubiera dado casi 70.

—Es hijo de Alberto Ariza, el dueño de la bodega Lucca, y de Lucía Vázquez —continuó Juan—. Estudió Administración de Empresas y desde muy joven asumió las riendas de la bodega porque su padre murió. Es soltero, no tiene hijos, aunque parece que en su juventud fue bastante mujeriego. No tiene antecedentes penales, sólo tiene un hermano y unos sobrinos que viven en Italia y con los que apenas tiene relación. Es lo que tengo por ahora, de todas formas, quiero investigarlo un poco más.

Todavía nos faltaba verificar un dato que se mencionaba en la libreta. Según el relato de Gabriel, la consultora funcionaba en un edificio ubicado sobre la calle Arístides Villanueva, al lado del conocido café O'Clock. Como el café estaba en una esquina, no había dudas sobre el edificio al cual se refería.

Juan había intentado ubicar al Dr. Schneider, pero no encontró ningún profesional en la provincia que tuviera ese nombre.

El edificio tenía solamente 8 pisos y la mayoría de los departamentos tenían un uso comercial. Al llegar, descubrimos que en el departamento B, del tercer piso, funcionaba una inmobiliaria.

—Buenos días, pasen por favor —nos saludó con mucha amabilidad el hombre que nos atendió.

Evidentemente, él creía que éramos clientes que queríamos alquilar o comprar algún inmueble.

—Buenos días, soy el oficial Juan Lugones, de la Unidad Investigativa de Capital y necesito contactar al dueño de este departamento.

—El propietario soy yo. Compré el departamento hace 6 años, el dueño anterior vive en Córdoba.

—¿Podrías darnos el teléfono o alguna forma de comunicarnos con él?

Estamos realizando una investigación sobre una consultora que funcionó aquí durante el año 2001 —insistió Juan.

Creí que al darse cuenta de que no éramos ni posibles compradores ni posibles inquilinos, el dueño de la inmobiliaria intentaría sacarnos de encima cuanto antes. Sin embargo, él se mostró muy predispuesto a hablar con nosotros.

—¡Uf! ¡La consultora otra vez! —exclamó.

—¿La consultora otra vez? —preguntó Juan.

—Es una larga historia, pasen, tengo tiempo porque los clientes no suelen venir tan temprano, ¿quieren un café?

La suerte parecía estar de nuestro lado. Germán Toso, el actual propietario del departamento, trabajaba en el 2001 como agente de una conocida inmobiliaria.

—Siempre le guardé cariño a este departamento porque fue uno de los primeros que logré alquilar como agente inmobiliario —comentó Toso.

—¿Recordás el nombre de la persona o la empresa que lo alquiló? —indagué.

—Era un particular, recuerdo bien el nombre por todo lo que ocurrió después. Su apellido era Fernández Aragón, no me acuerdo del nombre.

—¿Era un psiquiatra? —intervino Francisco.

—¿Psiquiatra? —repitió Germán—. No, era un comerciante. Tenía un negocio de ropa en la calle Colón, pero tuvo que cerrar a principios del 2001. En ese entonces, la inmobiliaria para la que yo trabajaba funcionaba en este mismo piso en el departamento A.

—¿Te acordás la fecha exacta en la que Fernández alquiló el departamento? —inquirió Juan, anotando las novedades en su cuaderno.

—Firmamos el contrato entre septiembre y octubre del 2001.

—¿Qué nos podés decir sobre Fernández? Todo lo que recuerdes nos sirve —dijo Francisco.

—Se veía un buen tipo, te caía simpático a pesar de que su cara era casi repulsiva.

—¿Por qué repulsiva? —quise saber.

—Tenía toda la cara marcada con cicatrices de acné, pero no eran superficiales, eran cráteres directamente. ¡Las peores cicatrices de acné que he visto en mi vida! Era bajito, con nariz muy grande y ojos miopes muy chiquitos. ¡Ah! Y también tenía un problema en la pierna derecha que lo hacía

renguear un poco.

—Un adonis, ¿eh? —bromeó Juan.

Francisco y yo reímos, era imposible no desarrollar el humor negro trabajando en una oficina fiscal.

—Fernández me contó que estaba sepultado por las deudas, pero tenía esperanzas de salir adelante con la consultora. Como yo trabajaba en el departamento de al lado, solía visitarlo seguido para charlar un rato. Siempre fue amable y tranquilo, la única vez que se molestó fue cuando yo lo traté de Fernández a secas, él quería que lo nombrara siempre por sus dos apellidos. Era ridículamente sensible con eso.

—¿Sabés dónde podemos encontrarlo ahora? —pregunté.

—Sí, en el cementerio —afirmó Toso.

—¿Murió? —exclamamos los tres al mismo tiempo

—Se suicidó en el 2002, no recuerdo la fecha exacta, pero fue durante los primeros meses del año.

—¿Y quién se hizo cargo de la consultora luego de su muerte? —indagó Juan.

—Nadie, cuando se mató la consultora ya no existía. Aunque el contrato era por un año, en enero él decidió repentinamente rescindirlo y cerrar la empresa.

—¿Te dijo por qué? —quise saber.

—No, sólo me dijo que su socio ya no quería continuar con el proyecto.

—¿Socio?, ¿tenía un socio? —preguntó Juan.

—Sí, Fernández me contó que un amigo de la infancia había puesto el capital para la consultora y que él se iba a encargar de dirigirla. Había un hombre que venía seguido a visitarlo durante los primeros meses de la consultora, me crucé con él varias veces, pero después no lo vi más. De todas formas, Fernández nunca me lo presentó, así que no sé si esta persona era el socio.

Germán era el testigo ideal, hablaba mucho y respondía detalladamente todas nuestras preguntas. Gracias a su verborragia, nos enteramos de que a comienzos del 2002, un chico apareció buscando la consultora y reclamando por la desaparición de un amigo.

—El chico se llamaba Sebastián, Severino o quizás Sergio, no me acuerdo, ha pasado tanto tiempo. Cuando él vino, la consultora ya había cerrado. La política de la empresa para la que trabajaba, exigía mantener en

privado los datos personales de los ex inquilinos, pero fue tal su insistencia que finalmente accedí a darle el nombre de Fernández. No sé si habrá alcanzado a hablar con él antes de que se volara los sesos.

—¿Vino alguna vez la policía? —continuó preguntando Juan.

—Sí, una vez, aunque no mostraron gran interés, era comienzos del 2002 y el país estaba en medio del quilombo. También le di a ellos los datos de Fernández.

—¿Observaste algo extraño mientras la consultora funcionó? —pregunté.

—No, para nada. Él solía venir con su hija, se llamaba Tiziana y era una nena hermosísima, tiene que haber salido a la madre.

Juan, Francisco y yo, reímos festejándole el comentario. Germán parecía tener el perfil ideal para convertirse en un auxiliar de una oficina fiscal.

—Llevo casi 20 años como agente inmobiliario y este es el caso más raro de mi carrera. La policía, un chico que afirmaba que su amigo había desaparecido, un suicidio, parecía una película. Y lo que más me llamó la atención... —dijo Germán, dubitativo.

—¿Qué te llamó la atención? —insistí.

—Quizás les parezca una estupidez, pero me encontré con Fernández en la calle, una o dos semanas antes de que se suicidara y se veía genial.

—¿No estaba deprimido? —preguntó Juan.

—¡No, para nada! De hecho, durante los meses que funcionó la consultora, a pesar de que él se mostraba siempre amable, yo lo notaba muy preocupado. Pero, cuando me lo encontré en la calle, era como si se hubiera liberado, hasta se veía un poco menos feo. Me dijo que había logrado pagar sus deudas y que estaba por empezar un negocio gastronómico.

Le agradecemos a Germán su enorme colaboración y yo le dejé mi número por si recordaba algo que no nos hubiera contado.

Salimos de la inmobiliaria muy animados, lo que parecía una creación de una mente imaginativa, iba cobrando cada vez más visos de realidad.

Nos detuvimos en la vereda.

—No cabe duda de que Fernández se hizo pasar por un psiquiatra, ¿por qué habrá mentido con respecto a su nombre? —dijo Francisco.

—Por precaución, parece que tanto él como su misterioso socio tomaron sus recaudos para no quedar pegados en esto —aseguró Juan.

—Tengo una idea —exclamé cuando vi el café O'Clock—. Según la libreta, el amigo de Gabriel, Sergio, trabajaba acá.

—Sí, pero hace 17 años —señaló Francisco.

—No perdemos nada con probar —insistí.

El mozo que nos atendió nos recomendó que habláramos con el encargado, él trabajaba allí desde hacía muchos años, pero su turno comenzaba al mediodía. Juan volvería más tarde para ver si podía dar con él.

CAPÍTULO 5

Dormí hasta las 4 de la tarde y luego me dediqué a la tarea de intentar ubicar a los familiares de Fernández. Encontré en Facebook a su hija, Tiziana Fernández Aragón, y le envié un mensaje diciéndole que quería hacerle algunas preguntas sobre su padre.

Esa noche no iba a trabajar con Francisco, él tenía la fiesta de aniversario de 40 años de casados de sus suegros y por eso había cambiado su turno con Gonzalo, otro de mis compañeros.

El intercambio de días en una oficina fiscal, a menos que el auxiliar que te hiciera el favor fuera un amigo, era como vender con extrema necesidad frente a un usurero inescrupuloso.

El auxiliar que necesitaba el cambio le firmaba un pagaré en blanco al que aceptaba cubrirlo y este último se aseguraría de cobrarlo en el momento más oportuno. Por ejemplo, Francisco le había pedido a Gonzalo que lo cubriera durante la nocturna de un día de semana y estaba seguro de que él le pediría la retribución del favor, cuando le tocara trabajar un sábado a la noche, un domingo o un feriado.

Gonzalo estudiaba Derecho y tenía madera para ser un muy buen abogado. Practicaba yoga desde hacía muchos años y aunque no lo creía un mal tipo afuera de la oficina, una nocturna complicada teniéndolo a él como compañero era, sencillamente, un tiro en las bolas.

Su modo de trabajo estaba subordinado a dos principios que nunca rompía: no estresarse ni apurarse por nada y recurrir a cualquier treta o estratagema para hacer lo menos posible.

—¡Uh! Te toca con Gonzalo, Gaspar, te toca con Gonzalo —dijo Oscar, ofreciéndome una taza de un café que había traído preparado desde su casa.

Sin embargo, dudé en aceptarla porque hacía varios meses que yo había abandonado el café porque estaba comenzando a tener serios problemas de insomnio.

—No sé, Oscar, llevo 8 meses sin tomar café.

—Esta es una receta que me recomendó uno de los choferes porque me están costando las nocturnas. Tiene canela y además, utilicé café descafeinado, café descafeinado —me tranquilizó él.

Oscar insistió tanto que cedí ante la tentación y me terminé tomando tres

tazas del brebaje que él guardaba en su termo, el sabor era bastante agradable.

Por fortuna, la noche comenzó tranquila y Gonzalo aprovechó para comenzar a dormir al lado de la estufa.

La primera denuncia entró 20 minutos después y al abrir la puerta, me encontré con algo sumamente inusual en una comisaría, una persona sonriendo.

—Buenas noches, me robaron la rueda de auxilio. Perdón por venir a esta hora, pero de día no puedo y me pidieron la constancia para el seguro — dijo el hombre.

Dentro de la oficina, las sonrisas genuinas despertaban al activista de Greenpeace que dormía en mi interior, me nacían unas de proteger a esa especie en extinción, la de los seres humanos felices, rogándoles que huyeran de allí antes de que su alegría se marchitara.

Me estaba empezando a sentir extraño, tenía aceleradas las pulsaciones y mi mente se llenó de pensamientos erráticos y de preguntas retóricas.

La raza de los hombres felices, ¿estaba realmente en extinción o era yo el que, de tanto ver el dolor en todas sus formas, me había vuelto un incapacitado para reconocer las emociones que purificaban al hombre? ¿Me estaba pasando algo similar a lo del mito de la caverna de Platón?, ¿estaba tan acostumbrado a ver las sombras que había terminado creyendo que ellas constituían la realidad?

Hice pasar al denunciante, mientras hacía un enorme esfuerzo por controlar unas repentinas ganas de ponerme a saltar o hacer flexiones.

Segundos después, llegó otro denunciante y a Gonzalo no le quedó otra que abandonar su comodidad.

Comencé a tomar la declaración de mi unicornio azul y aunque nunca gastaba mis provisiones en denunciante que estuvieran tranquilos, le ofrecí mis mejores chocolates. Los efectos de tanta cafeína, después de meses de abstinencia, eran demoledores. Sentía la absurda necesidad de mantenerlo contento a cualquier precio.

Estaba terminando de tomar su declaración, una de las peores que había tomado en mis 5 años de auxiliar debido a lo lábil que se había vuelto mi concentración, cuando afuera de la oficina empezaron a escucharse gritos.

Como era previsible, Gonzalo no hizo siquiera el amague de levantarse a ver qué ocurría.

—¿Dónde está? —gritó una anciana muy arreglada, entrando sin que yo la hubiera hecho pasar.

—Señora, no puede pasar, tiene que esperar afuera a que la llamemos — dije, colocando disimuladamente una mano en mi cuello, tenía el pulso desbocado, ¿se podía tener un infarto a los 28 años?

—¿Dónde está? —repitió ella, sin hacerme caso y comenzando a revisar la oficina en busca de vaya a saber quién.

—¿A quién busca, señora? —pregunté, limpiándome el sudor que a pesar de la baja temperatura, me corría por la frente.

—A mi hermana, Nélica López, los vecinos me llamaron y me dijeron que la habían traído para acá —respondió cada vez más enojada—. Desde ya le digo, jovencito, que lo que sea que ella le haya dicho, ¡es un invento! ¡Una mentira! La muy zorra lo está haciendo para arruinarme la noche, ella sabía que yo tenía una cita con Julio y está que explota de los celos.

Realizando un par de preguntas más, yo no estaba muy brillante esa noche, pude finalmente entender el conflicto. Juana, ese el nombre de la mujer, y su hermana Nélica, de 60 y 65 años respectivamente, eran dos mujeres solteras que habían vivido juntas toda su vida.

¿Por qué? Sólo ellas lo sabían, eran docentes de clase media que podían perfectamente afrontar los gastos de viviendas separadas. Sin embargo, elegían seguir viviendo juntas a pesar de que se llevaban como perro y gato.

No obstante, la relación entre ellas se volvió insostenible con la aparición de Julio, un nuevo y apuesto vecino cincuentón, que había coqueteado e ilusionado a ambas, pero que finalmente había decidido quedarse con Juana.

—Señora, su hermana no está acá —le aseguré.

Pero en ese instante entró Prezo y dijo:

—Gaspar, voy a tipear el procedimiento de la finada.

—¿De qué finada?

—Nélica López. El hecho entró a las 11 de la noche, es de Gastón, pero estuve hasta esta hora esperando a los de científica para que se llevaran el cuerpo a la morgue —añadió Ernesto bostezando y completamente ajeno a la mirada de espanto que le dirigía la mujer que estaba a su lado.

—¿Qué le pasó a mi hermana? —susurró Juana con los ojos llenos de lágrimas.

Ernesto, que se dio cuenta tarde de su error, no tuvo otra opción que explicar lo sucedido.

—Su hermana salió del departamento y quiso tomar el ascensor, pero

como se había cortado la luz, el ascensor no andaba. Aparentemente, ella estaba muy apurada y quiso bajar por las escaleras, pero se le dobló el pie y rodó por ellas, quebrándose el cuello. Creo que el problema fueron los zapatos, los tacos eran demasiado altos y se engancharon con el vestido de fiesta que tenía puesto —concluyó Ernesto.

—¿Vestido de fiesta? La yegua se había arreglado porque planeaba arruinarme la cita con Julio y lo peor es que al final, ¡la muy conchuda lo logró! —chilló Juana.

Me tomó cinco minutos tranquilizar a la distinguida señora, que continuaba honrando con otros epítetos la memoria de su querida hermana, y otros cinco minutos más, convencerla de que se sentara en la sala de espera hasta que pudiera hacerla pasar.

Estaba por volver a mi escritorio cuando tocaron la puerta de nuevo. Miré significativamente a Gonzalo, pero él no se dio por enterado.

Para poder ingresar a trabajar al Poder Judicial, todos los auxiliares habíamos rendido un examen de mecanografía, como mínimo todos podíamos tipear 140 palabras en 4 minutos. No obstante, parecía que Gonzalo no sólo estaba aprendiendo a tipear, sino también a escribir.

Esa era su táctica, cuando la noche se complicaba podía tardar más de una hora en tomar una denuncia por el robo de una cartera, denuncia que a un novato, a un auxiliar que acabara de entrar a una oficina fiscal, no le llevaría más de 10 minutos.

—Señor, ¿qué necesita? —pregunté y su cara se me hizo familiar.

—¡Me acaban de cascotear el rancho! —exclamó el joven.

—¿Te acaban de qué? —pregunté sin entender.

—Le acaban de tirotear la casa —gritó Gutiérrez desde la guardia—.

Los policías que fueron al lugar vienen en camino.

La jurisdicción de mi oficina tenía la particularidad de abarcar un área en donde se ubicaban tanto los barrios privados más lujosos de Mendoza, como los asentamientos o barrios más pobres.

En estos últimos, solían haber bandas que causaban muchos problemas y cuyos integrantes pasaban seguido por la comisaría, ya fuera en calidad de aprehendidos, cuando cometían algún delito, o como denunciados, cuando se peleaban y amenazaban entre ellos.

La cara del chico me había resultado familiar porque hacía un par de semanas lo había imputado por un robo, recordaba su nombre, se llamaba

Jonathan.

—También me amenazaron —continuó él.

—¿Qué te dijeron? —pregunté apoyándome en el marco de la puerta, me sentía algo mareado.

—Johnny, vas a morir —citó él con solemnidad.

Mis carcajadas lo dejaron pasmado. Me estaba riendo en su cara y... no me importaba, me sentía tan desinhibido.

Le pedí a Johnny que se sentara a esperar y para que olvidara el resentimiento que mi desubicada reacción pudiera haberle causado, le pedí disculpas y le regalé un par de cigarrillos.

—Perdón por hacerlo esperar —le dije al hombre feliz, cuando finalmente pude terminar con su denuncia.

—No importa —respondió él dándome un cariñoso apretón de manos a modo de despedida—. Me voy contento porque me di cuenta de lo afortunado que soy, a mí sólo me robaron una rueda. ¡Ja, ja, ja!

¿Dónde se compraba un carácter como ese? Yo quería uno.

A pesar de que mi sistema nervioso estaba a punto de derrumbarse, seguí trabajando y en una hora y media logré vaciar la sala de espera. Recién entonces noté que Gonzalo había desaparecido. Me fijé en el sistema y comprobé que a pocas horas de haber comenzado el turno, yo llevaba 4 causas y además, le había tomado una testimonial a Juana López. Por su parte, Gonzalo sólo tenía registrado un robo simple.

—Oscar, ¿sabés dónde está Gonzalo? —pregunté furioso.

—Se tiene que haber escondido en algún lugar para dormir, ahora lo busco, lo busco.

Apoyé la cabeza en el escritorio intentando analizar las consecuencias que tendría si agarraba a piñas a mi compañero de nocturna. Seguramente me iban a echar, pero como ya había terminado de pagar el auto, no iba a ser tan grave. Tenía ahorros y además, podía volver a la casa de mis viejos o irme a vivir al sur con los mapuches.

—Sí, lo voy a cagar a trompadas —exclamé decidido.

Abrí la puerta para ir a buscarlo, pero me encontré con una pareja que discutía acaloradamente y que me impidió el paso.

Al verme, la mujer gritó:

—¡Vengo a denunciar!

Iba a responderle que volvieran más tarde porque en ese momento tenía

algo muy importante que hacer, pero al mirar a su acompañante me asuste. Él tenía toda la camisa ensangrentada y lloraba como una nena. Tardé unos segundos en darme cuenta de que se trataba de un disfraz.

—¿Es todo de mentira?, ¿no estás herido? —pregunté para cerciorarme.

—¡No, esto no es de mentira! —sollozó el chico, señalando una pequeña mancha de sangre en la manga de su camisa, un poco más abajo del hombro—
¡Ella me apuñaló!

—Es una herida superficial, quiero entrar yo primero —insistió la chica.

—¡El herido soy yo! —gritó él.

Para poder cumplir con mi anhelo de golpear a Gonzalo, tenía que librarme de la parejita, así que los hice pasar a los dos, la herida del brazo en verdad parecía superficial y podía esperar un poco para ir al hospital.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunté, recostándome sobre mi asiento.

—Lo conocí hace un mes por Facebook, y a los pocos días empezamos a salir. Me gustaba, a pesar de que es un poco raro, está obsesionado con las películas de terror, no habla de otra cosa —comenzó la chica.

Su compañero no la interrumpió, pero siguió moqueando y tocándose el brazo herido.

—Unas amigas me invitaron a un asado en Luján y yo cometí el gran error de llevarlo a él —continuó ella.

Al escuchar Luján, una luz roja se prendió entre la densa niebla que ocupaba mi mente. Luján estaba fuera de la jurisdicción de mi oficina, cuando ella terminara con su relato, yo le indicaría, con todo gusto, a qué oficina tenían que ir.

Más contento, seguí escuchando o al menos eso intenté, las formas de las manchas de humedad del techo me tenían cautivado.

—La reunión era algo simple, sólo un par de amigos, queríamos pasar un rato agradable, pero él lo arruinó todo con sus estúpidas bromas

—¿Qué bromas? —pregunté.

—Puso una cabeza cortada adentro de la heladera y una de mis amigas casi se muere del susto —afirmó ella.

—Mentira, todos se rieron —acotó el chico, que seguía compungido.

—Le dije que no hiciera más esos chistes y creí que lo había entendido.

—¿No fue así? —quise saber.

—No —respondió ella, empezando a llorar también.

¡Genial! Tenía a dos adolescentes moqueando y no tenía ganas de

batirme en duelo con Oscar por un pedazo de papel higiénico. Igual, me importaba un carajo, de repente todo me importaba una mierda, lo único que quería era ir a golpear a Gonzalo.

—Después, él se ofreció para hacer el asado. Yo creí que estaba arrepentido y que quería hacer las cosas bien, pero de repente pegó un grito y tiró un dedo ensangrentado sobre la mesa —agregó la chica.

Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no reírme.

—Me duele —se quejó el chico.

—¡Vos cállate! —gritó ella—. Mirá, el enfermo había llevado todas estas cosas a una reunión de amigos, ¡es un chiflado! —agregó la chica entregándome un bolso.

En el bolso había jeringas de sangre artificial, dedos, cabezas, ojos. De repente el caso me estaba empezando a interesar, me enderecé en mi silla y abracé el bolso, diciéndoles que lo iba a tener que secuestrar y que volvieran a buscarlo dentro de unos días.

—Habíamos ido en mi auto, pero estaba tan furiosa que lo eché de la casa de mi amiga y le dije que no lo quería ver más.

Mi atención, dispersa hasta entonces, se había focalizado en el bolso, tenía cosas muy interesantes. A lo lejos, escuchaba la voz de la chica.

—Me fui temprano de la reunión porque estoy por rendir. En el trayecto, me detuve en una estación de servicio y me bajé a comprar unas cosas en el drugstore, pero cuando regresé, él salió del asiento de atrás, disfrazado y gritando, ¡bú!

Miré al chico, ¿cuántas horas se había pasado escondido en el auto, esperando el momento justo para poder hacer su broma? Había que reconocerle la perseverancia.

—Grité y de reojo vi que en el asiento del acompañante estaba mi lima de uñas, es de metal, entonces la tomé y se la clavé —concluyó ella.

Me quedaba una pregunta vital por hacer:

—¿En qué estación de servicio lo apuñalaste?

—En la que Shell que está a diez cuadras de acá.

¡Mierda! Sí era mi jurisdicción.

Cuarenta minutos después, la pareja salió reconciliada de la oficina, él decidió no instar la acción penal contra su noviecita por lesiones y ella se ofreció para llevarlo al hospital a que le vieran la herida.

—Gaspar, ¿estás solo? —saludó Juan, que estaba organizando un

allanamiento importante para primera hora de la mañana.

—Estoy con Gonzalo, que es lo mismo que estar solo —contesté.

Juan acercó su rostro al mío para poder observarme más de cerca.

—¿Qué tomaste? —me preguntó

—¿Eh? Café —balbuceé.

—Gaspar, la cafeína no te dilata las pupilas.

—¿Le agregaste algo al café? —le pregunté a Oscar, que acababa de entrar en la oficina.

—Mi amigo me aseguró que lo mejor para despabilarse era mezclar café con aspirinas, con aspirinas.

—¿Cuántas aspirinas le agregaste? —quise saber.

—Ninguna, no tenía en casa, pero las reemplacé por unas pastillas que le dan a mi mamá para reanimarla cuando está pachucha, pachucha.

—¿Cuántas pastillas de tu vieja le agregaste? —preguntó Juan, riendo.

—No las conté, le agregué algunas porque quería que mi café pudiera resucitar a un muerto, a un muerto.

—¿Y a vos no te hizo ningún efecto?

—No lo pude probar, vos te tomaste todo el termo, todo el termo —señaló Oscar.

Cuatro horas después, mis pulsaciones estaban volviendo a la normalidad, y aunque estaba seguro de que no iba a poder dormir en una semana, al menos mis pensamientos volvían a ser un poco más racionales.

—Encontré a Gonzalo —anunció Oscar—. Se escondió en la oficina de secuestros de la comisaría, está durmiendo pero con la luz del celular prendida porque le da miedo la oscuridad, la oscuridad.

Así como el sobrenombre de Francisco era Droopy Dee, el de Gonzalo era Corazón Valiente, en una irónica alusión a su manifiesta cobardía.

—Imaginate si el chiste del auto se lo hubieran hecho a Gonzalo —dijo Juan, revolviendo el bolso de las bromas tétricas y sacando un ojo ensangrentado.

Lo imaginé y la escena me encantó, pero como tenía miedo de estar todavía bajo los efectos de las pastillas antidepresivas de la madre de Oscar, respiré hondo e intenté descartar ese pensamiento.

Sin embargo, no pude evitar que algunos recuerdos de otros turnos compartidos con él, invadieran mi mente y clamaran venganza.

Meses atrás, me había tocado trabajar con Gonzalo un domingo a la

tarde. Ese día se jugaba un partido entre dos equipos muy importantes de Argentina. Por daños y desacato a la autoridad, los policías habían traído aprehendido al jefe de la barra brava de uno de los equipos. Para apoyar a su líder, una horda de más de 50 tipos furiosos irrumpió en la comisaría, acordándose de mi madre y de mi abuela, y amenazándonos a Fabián Gutiérrez y a mí con las peores cosas imaginables.

Intervino Gendarmería y por obra y gracia del Espíritu Santo, los dos salimos indemnes. ¿Y Gonzalo? Gonzalo, que se había escondido detrás de un armario durante toda la discusión, salió recién cuando las cosas se calmaron y encima tuvo la cara de piedra necesaria para preguntar:

— ¿Ya se fueron? ¡Qué susto me llevé!

Mi cerebro no se limitaba a proyectar mis propias anécdotas, sino que también recurría a las de mis compañeros.

La puerta de ingreso a la oficina no tenía llave, la única medida de seguridad con la que contábamos era un enclenque pasador que estaba en la puerta de la oficina del ayudante fiscal.

Jorgelina, una amiga y compañera del turno mañana, estaba haciendo una nocturna con Gonzalo cuando la madre del bebote, un psicópata con un extenso prontuario que había sido detenido ese día, entró en la oficina con un cuchillo de carnicero exigiendo la liberación de su pequeño, un hombre de 30 años y 200 kilos.

Gonzalo, que tenía muy buenos reflejos, sobre todo a la hora de huir, corrió a encerrarse en la oficina del ayudante fiscal, dejando a Jorgelina sola, golpeando desesperadamente la puerta e intentando a la vez, calmar a la mujer para que no la asesinara.

Por suerte, el incidente no pasó a mayores y al otro día vinieron a pintar. Las medidas que tomaba Procuración cada vez que ocurría un hecho de violencia contra algún auxiliar de una oficina fiscal, se basaban siempre en dos pilares: pintura para la oficina y una tanda extra de lapiceras, y artículos de limpieza.

Los recuerdos fueron efectivos y me terminaron convenciendo, había llegado la hora de la venganza.

— ¡Gonzalo! —grité.

— ¿Qué pasa?, ¿ya son las 7? —preguntó él desperezándose.

— Hay un muerto y Martín quiere que vayamos los dos.

—Pero son las 6:30, pateémoslo hasta las 7, que se encarguen los del turno de la mañana.

—No, tenemos que ir ahora —dijo con voz firme.

—Andá vos, yo me quedo, la oficina no puede quedar sola.

—Ya hablé con Jorgelina, viene en camino —le aseguré.

Todavía medio dormido, lo subí al auto de Juan.

—¿Dónde es? —preguntó Gonzalo.

—En un descampado a 10 minutos de acá, Gutiérrez está en el lugar, custodiando el cuerpo —respondió Juan.

El cadáver estaba boca arriba, con un cuchillo clavado en el pecho y empapado de sangre.

—Estoy cansado y tengo un gran allanamiento a primera hora —se quejó Juan—. ¡Qué lástima que esté justo de este lado! Pasando esa calle cambia la jurisdicción —continuó él, señalando una pequeña calle que estaba a unos pocos pasos de donde se encontraba el cuerpo.

—Corrámoslo —propuso Gonzalo, que no se cansaba de rascarse.

—Hacé lo que quieras —repuse—. No hiciste nada en toda la noche, así que este expediente es tuyo.

—¿Fabián? —insistió Gonzalo.

—Mi guardia termina ahora. Ustedes hagan lo que quieran, pero sin mi ayuda —dijo él apoyándose a mi lado en el capot del móvil.

—Está bien, yo te ayudo a correrlo —aceptó Juan.

La pereza de Gonzalo pudo más que su aprensión por la sangre. Él tomó el cuerpo por los hombros y Juan por los pies.

—¿Ya está? —preguntó Gonzalo que caminaba con los ojos cerrados.

—No, falta un poco más —contestó Juan—. ¡Mirá, se le ven los sesos y se le está saliendo un ojo!

Cuando pasaron la calle, Gonzalo soltó el cadáver, pero cuando se disponía a alejarse, el muerto lo agarró de los tobillos provocando su caída.

—¡Ah! —gritó, pero su espanto fue tan grande que su voz se escuchó ronca.

Corazón Valiente intentaba liberarse arrastrándose frenéticamente, pero el muerto, que no era otro que Ernesto Prezo disfrazado, se le tiraba encima, haciendo sonidos guturales y embadurnándolo con la sangre falsa que le habíamos echado.

Juan y Fabián estaban tirados en el suelo, convulsionando de risa,

mientras que yo hacía un enorme esfuerzo para evitar que mis carcajadas movieran el teléfono y me arruinaran la filmación.

Cuando mi compañero sintió las gotas de sangre corriendo por su rostro, se desvaneció.

—¡Che, parece que se desmayó! —exclamó Ernesto.

Me acerqué a Gonzalo y al comprobar que tenía pulso, le di un par de cachetadas, reconozco que quizás algunas fueron innecesariamente fuertes, y cuando se recuperó, lo ayudé a levantarse.

Durante el corto trayecto que nos separaba de la oficina, Juan tuvo que detener el auto varias veces porque sus ataques de risa nos hacían correr el riesgo de estrellarnos.

Ayudé a Gonzalo a bajar, estaba lívido y con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —le pregunté, sintiendo un poco de remordimiento—. Lo siento, no sabía que te ibas a poner así, aunque te lo merecías, sos el peor compañero de laburo del planeta.

Cuando entramos en la oficina, Oscar, que estaba al tanto de todo, dijo al verlo:

—¿Qué tenés en los pantalones? ¡Ah! ¡Te has meado, Gonza, te has meado!

Observé sus pantalones, se había hecho pis encima del susto. Nuevas carcajadas recibieron el descubrimiento, éramos tipos muy crueles.

Como Gonzalo tenía el auto en el taller, Oscar se ofreció a llevarlo:

—Tengo una funda en el baúl, así que no te preocupés que no me vas a manchar el tapizado —le aseguró—. ¡Ay, este Gaspar! Uno lo ve tranquilito, pero cuando quiere ser malo, no le gana nadie, no le gana nadie.

CAPÍTULO 6

Juan había entrevistado al encargado de O'Clock y él le comentó que había trabajado con Sergio cuando ambos eran mozos. No recordaba su apellido, pero sí dónde vivía porque solía llevarlo a la salida del trabajo.

Era un avance, al menos teníamos la dirección en la que había vivido, 17 años atrás, el autor del relato que originó nuestra investigación.

A la tarde, pasé a buscar a Francisco y le mostré el video de Gonzalo.

—Tené cuidado, él es un tipo vengativo y te la va a querer cobrar —me advirtió.

—Únicamente le mostré el video a Jorgelina, a Oscar y a vos. En vez de estar pensando en una venganza, debería estar haciendo libaciones a los dioses en agradecimiento porque no lo publiqué en Facebook.

La ubicación de la antigua casa de Gabriel tenía a su favor que se trataba de un barrio muy pequeño, aproximadamente 10 manzanas. Como todos se conocían, existía la posibilidad de que alguien lo recordara, por más que ya no viviera allí.

Aunque nuestro interés principal era Gabriel, también íbamos a preguntar por Sergio. Conocer la identidad de cualquiera de los dos o su domicilio actual, nos permitiría seguir adelante.

No obstante, el barrio tenía asimismo una parte negativa. Se trataba de una zona en donde solía haber casas muy antiguas, muchas de ellas de adobe, que habían sido derribadas para construir edificios de departamentos. Por esta razón, debían ser pocos los vecinos que quedaban de aquella época.

El encargado le dijo a Juan que Sergio vivía en la calle Fader, en una vieja casona ubicada frente a un depósito de la fábrica de fideos Bauza, en Godoy Cruz. Al llegar, comprobamos que el depósito continuaba funcionando, pero mis temores se confirmaron, en lugar de la casa encontramos un moderno edificio de departamentos.

El portero estaba limpiando la vereda.

—Buenos días —saludé— estamos buscando a una persona que vivió hace 17 años acá, mejor dicho, en la casa que había en este terreno antes de que la derribaran y construyeran el edificio. Su nombre es Sergio

—¿Sergio cuánto? —quiso saber el portero.

—Ese es el problema, no sabemos el apellido —reconocí.

—No sabría decirte, este edificio se construyó en el 2009 y yo trabajo como encargado desde entonces. En esta cuadra todas las construcciones son nuevas, del 2010 en adelante.

—¿Queda algún vecino que haya vivido en aquella época en el barrio? —preguntó Francisco.

—Sí, doña Petra, la señora que atiende el almacén, ella ha vivido en el barrio toda su vida.

Petra tenía el almacén desde hacía más de 40 años. Era la persona que mejor conocía a sus vecinos actuales y yo esperaba que tuviera buena memoria con respecto a los del pasado.

—La tercera edad cae rendida a tus pies, así que ojitos claros, prepará tu mejor sonrisa —bromeó Francisco.

Era cierto, los ancianos sentían una conexión instantánea conmigo, tal vez se debía a que yo tenía un espíritu envejecido.

El almacén de doña Petra lucía como si se hubiera quedado varado en el tiempo, con las galletas dulces guardadas en cajas de lata y unas carameleras redondas, de cristal, que me hacían acordar a mi infancia.

—Buenas días —saludó amigablemente una rozagante anciana de fuertes caderas.

—Buenos días, mi nombre es Gaspar Guiñazú, trabajo en la Oficina Fiscal...

—¡Vos sos el de la televisión! —me interrumpió Petra, se la veía encantada.

—Sí, es él —afirmó Francisco, sin ocultar una sonrisa que revelaba el enorme placer que le daba contemplar lo embarazoso de mi situación.

—¡Pepe, mirá quién vino a comprar! —gritó la mujer.

Un anciano entró en el almacén, pero al verme no entendió el motivo del entusiasmo de su esposa. Ella tuvo que recordarle el episodio de *Todavía quedan héroes* y hasta quiso sacarse una selfie conmigo para demostrar que su clientela era selecta. Luego, dejó a su marido a cargo del negocio y nos invitó a casa a tomar un algo.

—Sí, me acuerdo de Sergio y también del otro chico que vivía con él. ¿Cómo se llamaba? —preguntó Petra cuando le explicamos el motivo de nuestra visita.

—¿Gabriel? —sugirió Francisco.

—¡Sí, Gabriel! Eran dos estudiantes muy simpáticos que venían de un

departamento del sur, General Alvear o San Rafael.

—¿Recuerda sus apellidos?

—No, Gaspar, mi memoria no da para tanto. Y a mi marido ni le pregunto, él tiene problemas hasta para acordarse del suyo.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlos ahora? —quiso saber Francisco.

—No, les perdí el rastro. En ese tiempo tenía más energía y preparaba viandas caseras. A Gabriel le encantaban las milanesas y me decía que le hacían acordar a las de su mamá, pero un día dejó de venir y no lo vi más.

—¿Recuerda cuándo lo vio por última vez? —pregunté.

—¡En el 2001, querido! ¡Cómo olvidar esa fecha! Muchos de los que alquilaban tuvieron que irse porque no tenían con qué pagar el alquiler, aunque no creo que ese haya sido su caso.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Extrañada por su ausencia, le pregunté a Sergio por él y me dijo que Gabriel había conseguido trabajo en el exterior.

—¿Sergio sigue en el barrio? —pregunté esperanzado.

—No, desapareció unos meses después de que Gabriel se fuera. La crisis lo golpeó a él también, estaba muy flaco y había empezado a fumar. Estaba distraído, muchas veces pasó por mi lado sin siquiera saludarme. Mientras caminaba miraba hacia atrás con frecuencia, como si tuviera miedo de que alguien lo siguiera. ¿Por qué los están buscando?, ¿hicieron algo malo?

—No, para nada —le aseguré.

—¿Y entonces? —insistió Petra, dando a entender que no se iba a dar por vencida.

—Hay una persona que denunció por cargos muy graves a la empresa en la que Gabriel trabajaba hace 17 años. Por supuesto, no podemos decirle cuáles son esos cargos porque la investigación está bajo secreto de sumario.

—Entiendo —murmuró ella, impactada ante la ridícula explicación de Francisco.

—Para hacer justicia —continuó él muy serio—, necesitamos recabar la mayor cantidad posible de testimonios de empleados de esa época. Pero, como ha pasado tanto tiempo y como la mayoría trabajaba en negro, de algunos trabajadores no tenemos ni siquiera el apellido y nos está resultando muy difícil encontrarlos.

—Encontrar a Sergio nos serviría porque podría guiarnos hacia Gabriel —acoté, sumándome al disparate de mi amigo.

Petra quedó impresionada ante la historia de Francisco y se mostró muy colaboradora. Nos aseguró que iba a averiguar entre todos los viejos vecinos del barrio, para ver si alguno podía aportar algún dato importante.

Francisco tenía esa virtud, su parsimonia al hablar provocaba que la gente creyera todo lo que él decía, aunque se tratara de la más ridícula de las afirmaciones.

Camino a mi departamento, me llegó un mensaje de la hija de Fernández. Ella me pedía que la llamara cuanto antes para acordar un encuentro.

También tenía una invitación de amistad de doña Petra, que a pesar de su edad, tenía más de 1.500 amigos en Facebook.

Llamé a Tiziana y ella accedió a verme esa misma tarde en un café de la peatonal.

La reconocí por la foto de perfil, pero casi me infarto cuando noté que estaba embarazada.

—No te preocupes, todavía me falta un mes para dar a luz —bromeó ella ante mi cara de espanto.

—No, no es eso —dije intentando disimular mis temores—. El problema es que necesitaba hablar con vos de algo delicado relacionado con tu padre y creo que tal vez, debido a tu estado, no sea el momento adecuado.

—Se trata de ese maldito experimento, ¿no? —preguntó Tiziana.

Asentí sorprendido, ella parecía bastante enterada de las actividades de su padre.

—Gaspar, claro que es el momento oportuno. Llevo 17 años esperando que se haga justicia —afirmó ella.

—Antes de que sigas hablando, quiero confesarte algo. Sí, trabajo en una oficina fiscal, pero esto forma parte de una investigación que unos amigos y yo estamos realizando por nuestra cuenta.

Tiziana me observaba con mucha atención, era hermosa, el de la inmobiliaria tenía razón, si el padre era tan feo entonces ella no había salido a él.

—¿Por qué están interesados en esta historia? —quiso saber Tiziana.

—Alguien nos habló de este caso.

—¿Quién?

—No te lo puedo decir, pero es alguien que está interesado en saber qué pasó con las personas que participaron en el estudio. Recién estamos empezando a investigar y todavía no tenemos nada en concreto. Hasta hace

poco, dudábamos de que el experimento hubiera ocurrido realmente.

—¿Qué? ¡Por supuesto que el experimento ocurrió! —exclamó Tiziana elevando la voz—. Mi papá se suicidó por culpa de ese estudio, se quedó sin salida, por eso se mató.

—¿Qué me podés decir del experimento? —pregunté, intentando distraer un poco su atención de la dolorosa muerte de su padre, no quería que pariera allí mismo.

—Desgraciadamente muy poco, cuando ocurrió yo sólo tenía 10 años. Mi papá solía contarle a mi mamá todo sobre su trabajo, pero en esa ocasión prefirió mantenerla al margen, o al menos eso fue lo que ella me dijo.

—¿Por qué te mentaría?

—Para protegerme, ella es una excelente mamá y sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de que yo no sufriera.

—¿Cómo se involucró tu papá en esto?

—Mi papá era un muy buen comerciante, sin embargo, como no tenía dinero, tuvo que pedir un préstamo e hipotecar nuestra casa para obtener la financiación que necesitaba para abrir un local de ropa de trabajo. Al principio, el negocio funcionó bastante bien, pero en el 2001 todo se vino abajo. Te lo resumo, mi viejo se encontró de pronto sin laburo, con la posibilidad de perder su casa y con una esposa y una hija pequeña que alimentar.

—Una pesadilla—murmuré

—Sí —asintió ella muy conmovida.

Le ofrecí dejar la entrevista para otro día, pero ella se rehusó con firmeza. Tomó un poco de jugo y continuó:

—En ese momento, mi papá se reencontró con un amigo y él le ofreció poner una consultora.

—¿Sabés cómo se llamaba?

—Él fue hermético con respecto a ese tema. Sólo le dijo a mi mamá que un amigo de la infancia iba a poner una consultora y que le había pedido que él la manejara.

—¿Tu papá tenía experiencia en ese tipo de tareas?

—Sí, él estudió psicología, aunque no pudo terminar la carrera, también trabajó durante muchos años en la parte de Recursos Humanos de una compañía. El objetivo de la consultora iba a ser la contratación de personal para empresas, o al menos eso fue lo que le hicieron creer a mi viejo.

—¿Qué pasó después?

—Mi papá se dio cuenta del engaño, pero fue demasiado tarde.

—¿Quién lo engañó?

—El socio, no sé bien en qué consistió el engaño, pero al enterarse mi papá perdió las esperanzas. Él era una persona honrada y con valores firmes, ni por todo el dinero del mundo hubiera hecho algo que estaba mal.

—¿Cómo te enteraste del estudio?

—Después de que lo obligaran a cerrar la consultora, mi papá pasó por momentos muy oscuros. Mi mamá intentó ayudarlo, pero fue poco lo que pudo averiguar. Ella fue la que descubrió lo del experimento y aunque él se mostraba muy reservado con respecto a los temas que lo preocupaban, en un momento de debilidad, le confesó que por su culpa había muerto gente.

—¿Qué me podés decir sobre el estudio?, ¿cuál era la metodología?, ¿en qué consistía?, ¿qué se pretendía analizar?

—No lo sé. Lo único que te puedo asegurar es que si el plan inicial hubiera sido lastimar o perjudicar a alguien, mi padre, a pesar de su necesidad, nunca lo hubiera aceptado. Él también fue una víctima.

—¿Por qué no hizo la denuncia?

—Su conciencia lo estaba matando. No podía denunciar lo ocurrido porque lo habían amenazado con lastimarnos a mi mamá y a mí, y después de lo del estudio, mi viejo se dio cuenta de que eran capaces de todo.

—¿No dejó ninguna nota?

—Dejó una carta en la que le pedía perdón a mamá por rendirse y dejarla sola.

—¿Nada acerca del estudio?

—No, mi papá nunca nos hubiera puesto en riesgo.

No dudaba de que Tiziana me estaba diciendo la verdad, o al menos, la verdad en la que ella creía. Era una hija defendiendo el recuerdo de un padre al que amaba y admiraba. Yo necesitaba una opinión más objetiva.

—Me gustaría hablar con tu mamá —le propuse.

—Mi vieja no quiere hablar del tema ni siquiera conmigo. El suicidio de papá fue un golpe muy duro para ella.

—Con intentar no perdemos nada —insistí.

—Sí, tenés razón —contestó ella, luego de unos segundos de duda—. Llamala. Yo voy a hacer todo lo posible para convencerla de que hable con vos.

Antes de despedirnos, Tiziana me preguntó:

—Cuando termines la investigación, ¿me vas a contar el resultado?

—No quiero generarte falsas expectativas. Las probabilidades de que tengamos éxito son mínimas, pero prometo llamarte si encuentro algo.

—Buscá al socio de mi papá, él tenía un precio, mi viejo no, a él no lo pudieron comprar.

El fantasma del misterioso socio de Fernández surgía otra vez.

CAPÍTULO 7

Cuando abrí la puerta de la oficina, me recibió un delicioso olor a queso. Oscar, Francisco y Juan estaban comiendo porciones de una crujiente pizza.

—Tu fan te trajo la cena, es un poco tímida y no quiso quedarse a esperarte —anunció Francisco—. No te preocupes, le di las gracias de tu parte. ¡Ah! Y esta vez no vas a poder quejarte porque la pizza te encanta.

No tenía idea de cómo manejar esta situación. ¿Qué iba a hacer si la mujer seguía viniendo, con o sin comida? De pronto, me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —preguntó Francisco con la boca llena.

—La mujer que preparó la pizza que estás comiendo.

—No se me ocurrió preguntarle —contestó él.

—Se llama Edith, Gaspar, se llama Edith —aseguró Oscar.

—¿Cómo sabes?

—Vive en el barrio, siempre la veía pasar por la vereda o me la encontraba en el almacén, pero nunca había hablado con ella. Es enfermera y es muy agradable, muy agradable —afirmó él.

Oscar era soltero y aunque era heterosexual, solía inhibirse ante las mujeres. Sin embargo, con Edith parecía sentirse cómodo y era evidente que ella le gustaba. De repente se hizo la luz y comprendí la razón por la que él había decidido hacer nocturnas durante toda la semana, quería ver a Edith.

Segundos después, voces y golpes en la puerta, interrumpieron el festín de mis amigos.

—Voy a poner las porciones que sobran en un plato y a lavar la fuente, le dije a Edith que yo se la iba a cuidar, a cuidar —anunció Oscar.

—¡Me las voy a comer en el desayuno! ¡No se te ocurra dárselas a los perros! —gritó Francisco, pero él ya había cerrado la puerta y cuando quería hacerse el sordo, no había quién lo superara.

Oscar ponía platos con comida en la vereda de la comisaría para alimentar a los perros vagabundos. También era voluntario de un refugio y acostumbraba a preguntarles a los denunciantes si querían adoptar una mascota. Sin embargo, era tan inoportuno y tan desatinado a la hora de elegir a

los candidatos, escogía siempre a los más alterados o a los que acababan de sufrir los peores delitos, que su gestión generalmente terminaba en un estrepitoso fracaso.

La noche fue un escaparate de la sordidez en la que podía caer un ser humano y de la incapacidad del sistema para dar las respuestas correctas, incapacidad que me provocaba una profunda frustración.

Estaba terminando de instruir uno de mis expedientes cuando alguien me preguntó:

—Señor Guiñazú, ahora que es famoso, ¿tiene tiempo para un viejo amigo?

Levanté la vista y me encontré con Hugo, un ludópata recuperado que había conocido durante mis primeros tiempos en la oficina.

Durante mi primer año, por ser nuevo, tuve que cubrir el horario de 23:00 a 6:00 del día 25 de diciembre, es decir, me tocó pasar la Nochebuena en la comisaría. Junto a Fabián Gutiérrez, que también era nuevo y que tenía que cubrir la guardia policial, improvisamos un banquete navideño con un matambre relleno y un vitel toné que me había preparado mi vieja.

Acababan de dar las 12 de la noche y estábamos brindando con una sidra sin alcohol, cuando tocaron la puerta de la oficina. Mis compañeros con más antigüedad me habían asegurado que, normalmente, todo estaba tranquilo hasta las 3 de la mañana. A partir de esa hora, la comisaría se volvía un hormiguero por los accidentes de tránsito y las amenazas entre familiares.

Con el transcurso de las navidades, aprendí que las peleas entre miembros de una misma familia constituían un delito infaltable en los días festivos. Parientes que no se veían durante 364 días, aceptaban reunirse una noche al año con la intención de aparentar un afecto y una cordialidad que raramente sentían.

Desafortunadamente, el exceso de alcohol tiraba abajo cualquier buena intención y entonces aparecían los reproches, los celos, los insultos y las amenazas. En el mejor de los casos, las riñas ocasionaban un abandono precipitado de la reunión familiar, con la firme promesa de no verse nunca más, aunque por lo general el juramento caducaba la siguiente Navidad o Año Nuevo; mientras que en el peor de los casos, las fricciones familiares desencadenaban eventos un poco más virulentos, una nuera estrellando una botella en la cabeza de su suegra, un hombre enterrando un cuchillo o una bala en el estómago de su hermano, y un largo y sangriento etcétera.

Sin embargo, cuando atendí la puerta a la medianoche de mi primera navidad en la comisaría, me encontré con un hombre joven, bien vestido y muy sereno. Le pregunté qué necesitaba, pensando que si estaba allí en un momento tan especial debía tratarse de una emergencia. Por eso, me asombró escuchar que quería denunciar el robo de un teléfono celular.

Mi extrañeza aumentó cuando el hombre se disculpó por interrumpir nuestro brindis, asegurándome que no tenía apuro y que esperaría lo que fuera necesario.

En aquel entonces, yo era puro y cándido, sólo llevaba unos meses en la comisaría, y como además estaba embargado por el espíritu navideño, lo hice pasar para que brindara con nosotros.

Hugo se quedó comiendo pan dulce y brindando hasta la una y media de la madrugada, momento en el que comenzaron a llegar los móviles con detenidos y denunciados.

Él era cirujano y había logrado alcanzar cierto prestigio en su profesión, pero lo había perdido, junto con su esposa y sus hijos, por su adicción al juego.

Durante su recuperación, venía a verme de vez en cuando y hablábamos durante unos minutos sobre libros y sobre la vida en general. Con el tiempo, llegó a confesarme que había inventado lo del robo del teléfono porque no quería estar solo en Nochebuena.

Hugo había encontrado en la comisaría, un bastión en su larga y difícil lucha para librarse de las cadenas del vicio. Cuando sus fuerzas amenazaban con fallarle, se dirigía a la oficina y si yo no estaba o estaba ocupado, él se ponía a conversar con la gente que estaba esperando.

Yo no comprendía su extraña afición, la comisaría era un sitio donde se congregaban tantas emociones negativas que me resultaba difícil imaginar un lugar menos recomendable para alguien que está buscando reanimarse para no recaer en una adicción.

—Gaspar, vos no entendés, acá nunca hay silencio.

—Tenés razón, el silencio huyó espantado ante los gritos, las sirenas y los lamentos —le respondía, burlándome.

—No sabés cuán aterrador puede llegar a ser el silencio para alguien como yo, que tiene tantas cosas que olvidar —me aseguraba.

En sus excursiones nocturnas por la comisaría, había conocido a Beatriz, una mujer que estaba atravesando un complicadísimo divorcio y que había

encontrado una forma saludable de encauzar todo el odio que sentía hacia su ex. Su método era simple y consistía en denunciar compulsivamente a sus vecinos.

Beatriz vivía en una calle donde habían proliferado los locales nocturnos. Su casa quedó atrapada entre un restaurante de comida mexicana y un bar. Su lista de quejas era infinita: la música a todo volumen hasta altas horas de la madrugada; el apestoso olor a frituras que inundaba hasta el baño; las manchas de bebidas alcohólicas, el pipí y el popo, humanos, que encontraba cada mañana en su vereda, entre otras.

Lo llamativo era que Beatriz soportaba esas desagradables situaciones desde hacía algún tiempo, pero sólo se le había ocurrido denunciarlas luego de su divorcio o mejor dicho, luego de que su marido decidiera divorciarse.

Como la mayoría de sus quejas no constituía un delito, mis compañeros y yo le habíamos explicado a dónde tenía que ir para poder solucionar el problema. Sin embargo, ella se negaba a escuchar nuestros consejos y exigía que le tomáramos la denuncia.

Cada vez que Beatriz discutía con su ex, que descubría una infidelidad ocurrida durante su matrimonio o que, no pudiendo resistir la tentación, revisaba el Facebook de su ex y encontraba fotos que graficaban momentos felices con su novia actual, ella se dirigía siempre al mismo lugar para denunciar una nueva afrenta de sus vecinos.

Sin embargo, un día se hizo el milagro y Beatriz dejó tranquilos a sus vecinos y a los auxiliares judiciales, en tanto que Hugo encontró una forma más agradable de luchar contra sus tentaciones.

—Vine a traerte esto —dijo Hugo, entregándome una tarjeta.

—¿Te casás con Beatriz! —exclamé leyendo la tarjeta.

—Sí y te estoy invitando con tiempo porque te quiero ahí. Nuestro amor nació en la sala de espera de esta oficina —recordó Hugo con una sonrisa de incredulidad, era como si hasta a él le costara creer que algo tan bueno pudiera haber nacido del infierno que lo rodeaba.

Durante el desayuno, le conté a Juan y a Francisco la conversación que había tenido con Tiziana Fernández.

—¿Por su culpa había muerto gente? Entonces, ya está, murieron los 7 —afirmó Juan.

—O al menos eso es lo que él creyó —opinó Francisco.

—¿La hija no te habló de alguna documentación de la consultora? Algo que nos permita conocer las identidades de los voluntarios o de su socio — quiso saber Juan.

—No, según Tiziana, él nunca hubiera arriesgado a su familia dejándoles nada comprometedor.

—Me cuesta creer que Fernández haya sido completamente inocente — dijo Francisco—. Estaba demasiado involucrado en el experimento como para desconocer cuál era el objetivo y cuáles eran los riesgos.

—Yo creo que Fernández fue el autor material, pero detrás de él tiene que haber habido alguien más brillante, un autor intelectual que era el que daba las órdenes y el que probablemente conocía el plan completo —aseguró Juan.

—¿El socio? —pregunté.

—Puede ser —respondió Juan.

—No, yo no creo que el renguito haya sido tan inofensivo y manipulable como él quería aparentar, a menos que en verdad se tratara de un completo imbécil —observó Francisco.

—Yo no descartaría esa posibilidad, me refiero a que Fernández fuera un pobre idiota —repuso Juan.

—La opinión de Tiziana está teñida por el amor que siente hacia el recuerdo del padre, eso es obvio —comenté—. Pero, algo inesperado ocurrió con ese estudio, de lo contrario Fernández no se hubiera suicidado.

—Algo inesperado para Fernández —acotó Juan—. Evidentemente sucedió algo que él no esperaba y que provocó su suicidio, no obstante, eso no significa que ese hecho no haya estado contemplado en el plan inicial, el cual era conocido únicamente por él o los creadores del experimento. En síntesis, para mí Fernández es el peón, tenemos que encontrar al rey.

—¡Cuidado! —advirtió Francisco—. No vaya a ser que el peón se haya dado un atracón con el rey, la reina y el resto de la comitiva.

—Si él hubiera sido una mente brillante, habría tenido todo bajo control, pero en cambio terminó muerto —objeté.

Francisco lo intentó, no obstante, no pudo elaborar una hipótesis convincente que avalara su teoría.

Antes de que termináramos de desayunar, me llegó un mensaje de doña Petra en el que me pedía que la llamara cuanto antes.

Doña Petra, una señora septuagenaria de voluminosas carnes, había

resultado mucho más hábil que nosotros. Conmovida ante el invento de Francisco, organizó un té con los vecinos del barrio y también invitó a los que ya se habían mudado, pero con los que seguía manteniendo contacto.

De esta manera, logró que Ernestina, una amiga del centro de jubilados que había vivido en el barrio durante algunos años, le contara que se había encontrado con Sergio el año pasado. Él, abrumado ante sus preguntas, le comentó que tenía una empresa de insumos informáticos en la calle España.

Otra de las asistentes al té, recordó que su hijo solía juntarse con Sergio cuando eran jóvenes y sugirió que tal vez podrían encontrarlo en su lista de amigos de Facebook. Lo buscaron y... lo encontraron. El nombre completo del amigo de Gabriel era Sergio Baez.

Petra y sus secuaces eran tan eficientes, que hasta me enviaron el link de Sergio en LinkedIn.

—Ariza se equivocó en contratarte, si le daba la libreta a Petra, capaz que ella le resolvía el misterio en un día —comentó Francisco.

—¡No es para tanto! Tampoco es que hicieron una proeza —se quejó Juan, que tenía su ego de investigador herido y pisoteado por un simpático grupo de la tercera edad—. Tuvieron mucha suerte, nada más.

Haber encontrado a Sergio era un paso importantísimo, estaba ansioso por ir a hablar con él, pero Francisco se tenía que ir a la universidad y pidió que fuéramos a buscarlo a última hora de la tarde, para que él pudiera estar presente durante la entrevista.

Me costó mucho dormir, ansiaba saber qué había ocurrido con los 7 voluntarios y era probable que Sergio pudiera revelarnos el misterio.

A los 8 de la noche, los tres estábamos afuera del comercio de insumos informáticos.

—Buenas noches, estoy buscando al señor Sergio Baez —dijo Juan.

—¡Sergio, te buscan! —gritó el vendedor.

Un hombre de mediana edad, de pelo negro con algunas canas en las sienes, se acercó al mostrador.

—¿Sí?

—Buenas noches, soy el oficial Juan Lugones, de la Unidad Investigativa de Capital y me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Preguntas sobre qué? —dijo él, visiblemente nervioso.

—Sobre una desaparición ocurrida en el año 2001 —respondió Juan.

Al escuchar sus palabras, la cara de Sergio se transfiguró.

—No tengo nada que hablar con ustedes y les advierto que ya no soy el pobre pibito de hace 17 años, si ahora se atreven a acosarme, puede contratar al mejor abogado para defenderme.

Las cosas estaban saliendo muy mal, con las pocas pistas que teníamos no podíamos darnos el lujo de perder a la única persona que podía decirnos qué había pasado. De todas formas, no entendía por qué estaba tan a la defensiva.

—Señor Baez, por favor, no queremos incomodarlo. Simplemente estamos estudiando el caso de su amigo para ver si podemos esclarecer los hechos. Queremos intentar descubrir qué pasó e imagino que a usted también le gustaría obtener respuestas —intervine, utilizando el tono persuasivo que utilizaba con los denunciantes difíciles.

Nuestra conversación había llamado la atención de los empleados y clientes que estaban en el local. Sergio lo notó y para acabar con el espectáculo, tuvo que hacernos pasar a su oficina.

—¿Qué pasó? ¿De repente la justicia decidió que, después de todo, la historia no era el invento de un asesino? —preguntó con amargura.

—No exactamente. Es verdad que trabajamos en una oficina fiscal, pero este caso lo estamos investigando por nuestra cuenta —contesté, intuía que lo mejor era ser sinceros desde el principio.

Sergio lucía como un campo minado, estaba alterado, cualquier palabra o pregunta equivocada podía hacerlo estallar y ese sería el fin de nuestra entrevista.

—¿Por qué?, ¿por qué después de tanto tiempo? —quiso saber

—Hay un anciano que está punto de morir, suponemos que tiene algún vínculo emocional con una de las siete personas del grupo de voluntarios en el que estaba incluido su amigo —respondí.

Sergio comenzó a reír.

—Decile de mi parte que ojalá se vaya al infierno, el remordimiento le llegó demasiado tarde.

Mis amigos y yo estábamos cada vez más desconcertados, Juan fue el primero en reaccionar.

—Es mejor ir en orden para evitar confusiones, ¿podrías decirnos el nombre completo de Gabriel y contarnos qué fue lo que pasó con él?

Estaba de acuerdo con la estrategia de Juan, tutearlo podía ayudar a que la conversación fuera más distendida.

Sergio nos observó en silencio, estudiándonos durante unos segundos y luego se decidió a hablar:

—Gabriel Santamaría. Él necesitaba dinero urgente para una cirugía de su mamá, pero fue en el 2001, un año en el que todos necesitaban ayuda, pero nadie estaba en condiciones de brindarla. Entonces, él encontró en el diario un aviso de un experimento psicológico, un estudio sobre el comportamiento humano en aislamiento o algo así y como no tenía nada que perder, envió un currículum.

Sergio hablaba muy despacio, como si midiera cada palabra que iba a pronunciar. Estaba hablando de algo que había pasado hacía casi 20 años, ¿por qué estaba tomando tantas precauciones?

—Lo llamaron y era como si Dios hubiera escuchado sus ruegos. Le pagaban 5.000\$, que entonces era una millonada y que alcanzaba para pagar la operación. A mí me resultaba extraño, le dije que tuviera cuidado, pero él estaba desesperado y sin salida.

Sergio se detuvo para tomar un sorbo de café, la expresión de su rostro indicaba que estaba recordando algo que no debía ser muy grato.

—¿Y luego? —pregunté.

Mis palabras lo hicieron volver del desagradable lugar al que su mente lo había llevado.

—Desapareció. Se fue una mañana a participar del estudio y nunca más volvió.

—¿Y su madre?, ¿no hizo la denuncia por su desaparición? —quiso saber Francisco.

—Su mamá murió de un infarto poco después de que Gabriel se hubiese ido. Ocurrió mientras dormía, por suerte no sufrió. Quise avisarle y aunque yo no sabía dónde estaba, conocía la dirección de la consultora que había organizado el estudio.

—¿Fuiste a buscarlo allí? —intervino Juan.

—Claro, varias veces y descubrí muchas cosas interesantes. En primer, no encontré ninguna consultora, la habían cerrado. Hablé con un chico que trabajaba en una inmobiliaria que funcionaba en el mismo edificio. Él me aseguró que no conocía a ningún psiquiatra de nombre Schneider y me dio los datos de la persona que había estado a cargo de la consultora.

—Está bien, su madre murió, pero vos, ¿no hiciste la denuncia por paradero? —inquirió Juan.

—Sí, fui a la policía, pero ellos no me creyeron. Cuando les conté lo que sabía, me miraron como si estuviera loco. El país estaba en llamas, era un momento caótico y mi historia parecía el invento de un chiflado.

—¿No insististe? —quiso saber Francisco.

—Por supuesto, Gabriel era mi mejor amigo, los dos nacimos en General Alvear y nos conocíamos desde chicos. Hablé con su tío, pero a excepción de la madre, el resto de su familia lo despreciaba, a ellos les importaba un carajo lo que hubiera ocurrido con él.

—¿Qué te dijo la policía? —pregunté.

—Pasaban las semanas y Gabriel no aparecía, entonces la policía empezó a sospechar de mí. Creyeron que yo había planeado toda la historia del experimento, incluido el aviso en el diario, para poder deshacerme de Gabriel.

—¿Qué te contó él sobre el estudio? —indagó Juan, que no paraba de hacer anotaciones.

—Muy poco, aunque dudo que él supiera más de lo que me contó. Era un experimento psicológico que pretendía estudiar el comportamiento grupal e individual ante diferentes situaciones. Duraba 45 días, durante los cuales no podrían comunicarse con nadie. El estudio estaba a cargo de un psiquiatra de nombre Schneider, nunca logré dar con él y ni siquiera sé si ese era su verdadero nombre.

—¿Lograste hablar con Fernández Aragonés?

—Sí, el de la inmobiliaria me dio su nombre. Hablé por teléfono con él, pero Fernández me aseguró que no conocía a Gabriel y que su consultora no había participado en ningún estudio. Después de esa charla, no volvió a contestarme el teléfono y por eso tuve que ir a buscarlo a su casa.

—¿Y qué te dijo? —pregunté.

—Se veía muy abatido y no tenía fuerzas ni siquiera para seguir negando que conocía a Gabriel. Sin embargo, lo único que logré que me dijera fue que él era una víctima, que lo habían engañado a él también. No puede hablar de nuevo con Fernández porque a los pocos días se suicidó.

—¿Qué pasó después? —pregunté.

—¿Qué pasó después? —repitió Sergio suspirando—. Cuando la persecución policial y las amenazas terminaron, creí que todo volvería a la normalidad, pero no fue así, mi vida se transformó en un infierno. La policía, luego de insinuar que yo era un asesino, me dejó tranquilo y el caso quedó en

el olvido. No obstante, el rumor de que yo había matado a Gabriel se esparció como pólvora por General Alvear. Mis amigos, y hasta algunos de mis familiares, comenzaron a darme la espalda y a mirarme con desconfianza. No pude regresar a mi pueblo.

—¿Amenazas?, ¿qué amenazas? —quiso saber Juan.

—Notas y llamados telefónicos en los que me decían que me dejara de joder, que desistiera de buscar a mi amigo.

—¿Cuándo empezaron las amenazas? —indagó Juan.

—Iniciaron apenas empecé a buscar a Gabriel, duraron poco, luego probaron con la táctica del abogado.

—¿Qué abogado? —continuó preguntando Juan.

—Uno que compraba conciencias. Yo no acepté, pero sé que los familiares de Gabriel sí lo hicieron.

—¿Recordás el nombre del abogado?, ¿cuánto te ofreció? —insistió Juan.

—No recuerdo el nombre del abogado, me dejó una tarjeta, pero la tiré. En cuanto a la suma, ni siquiera quise escucharla. Sin embargo, como el tío de Gabriel era un chanta perezoso, tienen que haber comprado su silencio por 2 mangos.

—Disculpame —intervino Francisco—. Pero no entiendo, ¿qué pretendía el abogado?, ¿qué tenías que hacer?

—Querían que dejara de buscarlo, que no fuera más a la policía ni a ningún otro lado. En una palabra, querían que me olvidara de mi amigo.

—¿Cómo siguió tu vida? —quiso saber.

—Dejé mi carrera, el trabajo... ¡Todo! Me fui a Uruguay a vivir con unos tíos. Volví diez años después. Ahora tengo un negocio, me casé y tengo dos hijos. A mí sí me gustaba mi vida y me la arruinaron—afirmó con furia.

—¿A vos sí?, ¿Gabriel no tenía una buena vida? —dije sorprendido ante sus palabras.

—La vida que se puede tener siendo gay y viviendo en un pueblo conservador de 30.000 habitantes. Siempre lo llamaban “el mariposón”. Él odiaba ingeniería, pero estudiaba esa carrera para no decepcionar a su madre. Se esforzaba mucho por aparentar ser algo que no era, así que no, definitivamente, Gabriel no tenía una buena vida, no era feliz.

Sergio se levantó de la silla y abrió la puerta de su oficina, dando por concluida la entrevista.

—El pasado quedó atrás y no me interesa revivirlo. Ya les dije todo lo que sé, no quiero que vuelvan a buscarme.

Antes de irnos, quería hacerle una última pregunta:

—En todos estos años, ¿tuviste alguna noticia sobre él?

Sergio suspiró con cansancio, pero cuando respondió, evitó mi mirada.

—No, no he sabido nada de él. Era un buen pibe y tuvo una vida muy dura, ya es hora de que lo dejen descansar en paz.

CAPÍTULO 8

El viernes era mi última nocturna de la semana y como Francisco, que era el más puntual de los dos, me avisó que llegaba unos minutos tarde, quedaba a mi cargo relevar a mis compañeros del turno tarde.

Apenas entré en la oficina, Estefi, una de mis compañeras del turno tarde, me abrazó fuerte y me dio un beso en la mejilla. A primera vista, el gesto podía interpretarse como una manifestación de cariño, sin embargo, yo supe al instante que se trataba del beso de Judas.

—Robo agravado por arma de fuego, 5 aprehendidos, tres mayores, dos menores, fue en un restaurante, son como 20 víctimas. ¡Te lo juro! ¡Te juro que acaba de entrar! —me aseguró ella.

Con las causas y los horarios límites, me refiero a los cambios de turnos, pasaba algo similar a lo que ocurría con el muerto de la broma de Gonzalo, Había que patearlas para que cayeran en el campo de juego de tus compañeros del turno siguiente.

En este caso, los de la tarde habían hecho un excelente pase y por lo tanto, nos tocaba a Francisco y a mí abrir expediente y realizar toda la monumental tarea que acompañaba a una causa de esas características.

—Llegaron tres denuncias más, Gaspar, llegaron tres denuncias más — anunció Oscar.

Era la primera vez que él hacía la semana completa de nocturna, además, noté que también había retrasado su horario de salida. Era indudable que todos esos cambios se debían a su deseo de encontrarse con Edith, pero le pregunté haciéndome el desentendido.

—Oscar, ¿qué pasa?, ¿te están gustando las nocturnas?

—¡No, Gaspar! —exclamó Gutiérrez, entregándome las actas de aprehensión de los detenidos—. Él está intentando levantarse a tu fan, los vi cuchicheando en la vereda.

—¿Estabas hablando con Edith? —pregunté, rogando que la conversación no hubiera versado sobre mí y temiendo verla aparecer con una nueva bandeja de comida.

Oscar, apenas escuchó el nombre “Edith”, sacó un peine de plástico rojo que guardaba en uno de sus bolsillos y se peinó; luego sacó un frasquito de perfume en spray del otro bolsillo y comenzó a rociarse con desmesura.

—¡Huy, papito! ¡Eso tiene olor a desodorante de auto! —se quejó Fabián.

Oscar era un hombre limpio y prolijo en su aspecto, pero nunca lo había visto peinarse ni mucho menos perfumarse en la oficina. Su interés por ella debía ser bastante serio.

Hice pasar a la primera víctima, que resultó ser mi profesor de Filosofía Política y Social.

Al enterarse de mi decisión de estudiar Filosofía, la primera pregunta que mis padres me hicieron fue:

—Hijo, ¿y de qué pensás vivir?

La inquietud por tener un hijo profesional pero indigente, no fue el único prejuicio que ellos tuvieron que afrontar, también se dejaron influenciar por la popular creencia que afirmaba que mi carrera era muy fácil y que los estudiantes nos la pasábamos contemplando el horizonte y fumando marihuana, aunque el único sustento de dicha creencia era la suprema ignorancia de que quienes la poseían.

No obstante, cuando mis padres vieron que estudiaba tanto como el mejor alumno de medicina, comenzaron a atormentarme con una nueva pregunta:

—Gaspar, ¿para qué tanto esfuerzo si igual vas a cobrar dos mangos? Ya que te gusta tanto estudiar, cuando terminés Filosofía podés estudiar algo que sea un poquito más práctico, escuché que los programadores ganan muy bien.

El vil metal, siempre el vil metal entorpeciendo la comunicación con mis viejos.

El profesor Feigenbaum fue la primera, y la última, persona que conocí que se mostró optimista con respecto a nuestros ingresos cuando finalizáramos la carrera. Él gozaba de una sólida y próspera situación económica, aunque esa solidez y prosperidad se debían, principalmente, a las empresas heredadas de su abuelo alemán.

—¿De qué van a vivir? —solía preguntarnos—. En esta carrera van a aprender a pensar y ¿luego...? Luego el mundo va a estar en sus manos.

Para hacer más estimulante su arenga, el profesor acostumbraba contarnos historias de filósofos que habían logrado granjearse una holgada posición económica. ¿Qué pasaba con aquellos que habían muerto más pobres que las ratas y que constituían una importante mayoría? Mi estimado profesor tenía una respuesta para todo:

—Para los filósofos era muy fácil enriquecerse, si así lo deseaban. Lo que ocurría era que la mayoría de ellos no tenía como prioridad la acumulación de bienes materiales porque consideraban que había cosas mucho más importantes. Recuerden, si un filósofo no es rico, no es porque no puede, sino porque no quiere serlo.

Entre sus historias, la que más me impactó fue la de Tales de Mileto, un filósofo griego que gracias a sus conocimientos de astronomía, pudo predecir una excelente cosecha de aceitunas cuando todavía era invierno. Como todavía faltaban muchos meses para la recolección, este hábil pensador se anticipó y alquiló a muy bajo precio, todos los molinos de aceite de su ciudad y también los de las ciudades vecinas.

¿Cómo terminaba la historia? Con Tales de Mileto volviéndose rico debido a que tenía en sus manos el monopolio del aceite de oliva.

—¡Gaspar! ¿Cómo estás? —dijo Feigenbaum, aunque en realidad, sus ojos abiertos como platos parecían decir: “¿Qué carajo estás haciendo acá? ¿No aprendiste nada del aceite de oliva?”

Él estaba cenando con su familia en un muy buen restaurante, cuando un grupo de hombres, muchos de los cuales eran menores de edad, tuvieron la pésima idea de asaltar el establecimiento.

—Gaspar, el chico que me apuntó con un arma no tenía más de 11 años, ¡11 años!, ¡Dios! ¿Te acordás cuando analizamos El Leviatán en mi clase?

Asentí, El Leviatán de Thomas Hobbes. Según este filósofo inglés, existía un estado hipotético denominado Estado de Naturaleza, el cual hacía referencia a la forma en la que habrían vivido los seres humanos antes de la aparición de una forma de gobierno semejante al Estado.

En esta etapa, el hombre vivía absolutamente libre, limitado únicamente por su naturaleza, pero como para Hobbes los seres humanos eran esencialmente malvados y capaces de robar, torturar, asesinar, violar y cometer todo tipo de atrocidades, una convivencia entre ellos habría resultado imposible porque significaría la guerra de todos contra todos.

Para superar esta situación, los seres humanos accedieron a realizar un Pacto Social, mediante el cual renunciaban a su libertad y a su capacidad de autogobierno, cediéndolas a un soberano para que, esta persona o esta asamblea, gobernara por ellos con el fin de garantizar su seguridad.

—El Pacto Social... —murmuró Feigenbaum, abstraído en sus pensamientos—. El niño que me asaltó tenía moretones en la cara y horribles

cicatrices en los brazos. Con una mano sostenía el arma y con la otra le sacaba el autito de juguete a mi nieto.

Lo entendía sin necesidad de que se explayara más. ¿Cuántas veces había hecho la misma reflexión? Para estos niños el Pacto no era válido, a ellos no los había protegido.

Nacían en familias que los sometían a abusos psicológicos y físicos. El hambre y el vacío emocional eran una parte inseparable de su historia. Desde muy pequeños caían en las drogas porque era la única forma que encontraban para evadirse de su espantosa realidad.

Dejábamos que los ángeles se transformaran en monstruos y después nos asustábamos cuando los veíamos aparecer. Y encima, les exigíamos que se adaptaran a la sociedad, que respetaran un Pacto del que habían sido excluidos.

—El nenito tenía una mirada tan triste —agregó Feigenbaum.

Asentí una vez más. No había nada más desolador que la mirada de un niño con el alma cansada. Cronológicamente eran jóvenes, pero en sus ojos se reflejaba un hastío del mundo que era propio de alguien que hubiera vivido más de 100 años contemplando y soportando los peores horrores.

Debido al tumulto que se había formado en la sala de espera, tuvimos que dar por terminado nuestro debate filosófico.

—Tengo contactos, puedo conseguirte un buen lugar para dar clases —ofreció Feigenbaum.

—Ya probé dando clases y la verdad es que la docencia no me interesa —confesé.

—Está bien, pero dame tu número de teléfono. El mes que viene comienza un seminario de Startup que está buenísimo, estoy seguro que de ahí vas a poder sacar alguna idea —insistió, esperanzado en que su discípulo descarriado encontrara la senda de la libertad financiera.

Fue una nocturna para el olvido, siempre que me tocaba una causa en la que estuvieran involucrados niños, ya sea como víctimas o victimarios, mi ánimo se iba el suelo.

Para colmo, cuando volvía del baño me encontré a Edith. Ella me esperaba con una sonrisa en la cara y con un bizcochuelo de chocolate en las manos.

—Hola —saludé.

—Hola, escuché las sirenas, fue una nocturna difícil, ¿no?

—Fatal —reconocí, mientras buscaba en mi agotado cerebro las palabras correctas, ¿cómo decirle de forma clara, pero sin lastimarla, que no quería que me siguiera trayendo comida ni que siguiera viniendo?

—No te quiero molestar, sólo te traje esto para el desayuno —dijo ella, entregándome la bandeja, dispuesta a marcharse.

Quería hacer algo noble, algo que me sacara la desolación que me dejaba ver a niños de 11 años convertidos en delincuentes.

—Esperá, ¿quierés pasar un rato a tomar un café? —pregunté, arrepintiéndome al instante de haber hecho el ofrecimiento.

Sus ojos brillaron de ilusión y aceptó entusiasmada mi propuesta. Francisco, que estaba en su escritorio con un denunciante, al verme entrar con Edith me miró perplejo, mientras que Oscar, al encontrarse con la inesperada visitante, dejó la bandeja haciendo equilibrio arriba de la fotocopidora y con torpeza, se metió las manos en los bolsillos buscando el peine y el perfume.

Su actitud tenía cierta semejanza con el perro de Pávlov, que ante un estímulo determinado presentaba siempre la misma respuesta. El estímulo de Oscar era Edith, siempre que la veía o que escuchaba su nombre se peinaba y luego se echaba cantidades ingentes de un perfume que olía como una imitación, de la imitación, de una imitación, de un perfume de pésima calidad.

—Buenos días —murmuró sin levantar la vista.

—Oscar, ¿Cómo estás? —preguntó Edith.

—Bien —balbuceó él y apresuró el paso hacia el depósito donde guardábamos los utensilios de cocina.

Sin embargo, cuando pasó junto a mí, me lanzó una mirada de furia que indicaba que se sentía traicionado.

¡Lo único que me faltaba! Oscar se había puesto celoso porque había invitado a desayunar a su amada.

—Me dijeron que sos enfermera —comenté para decir algo.

—Sí, trabajo en el Hospital Notti. A mí también me encanta leer.

—¿Sí? ¿Cuáles son tus autores favoritos?

—Mi escritora favorita es E. L. James.

—Lo siento, no la conozco, ¿cuál es su libro más famoso?

—Cincuenta Sombras de Grey.

Un ruido nos sobresaltó.

Oscar, que estaba fingiendo limpiar el piso para tener una excusa que le permitiera escuchar nuestra conversación, había tirado la escoba y se estaba

metiendo las manos en los bolsillos con tanta desesperación que creí que los iba a rasgar.

—No lo leí —respondí, mientras una nueva ola de perfume barato inundaba la oficina.

El desayuno duró pocos minutos más, pero fue suficiente para que ella se fuera feliz y para que Oscar se fue sin saludarme. Hasta que se le pasara el enojo, lo mejor iba a ser adoptar el hábito de traer una taza y un vaso desde mi casa, y no aceptar ninguna bebida que él me ofreciera.

Había un bar que tenía la particularidad de estar en plena zona roja mendocina y al que me encantaba ir. Me lo había recomendado una denunciante y aunque la primera vez fui por curiosidad, con el tiempo se había transformado en mi bar favorito. Había algo especial en ese lugar.

Como la taberna estaba al final de un callejón sin salida, las mesas y sillas también se colocaban en la calle. La decoración era sencilla y se componía de una agradable fusión de faroles con luces anaranjadas y macetas con arbustos.

Los clientes habituales aparentaban ser personas ajenas a todos los vicios que ostentaba el vecindario. Ninguno de ellos parecía interesado en solicitar los servicios de los hombres y mujeres que en las cuadras aledañas, ejercían la profesión más vieja del mundo.

Vendían cerveza artesanal y los mejores tragos, sin embargo, nunca vi a nadie ebrio ni descontrolado. No sé por qué, pero ese lugar abría la mente y fomentaba las cavilaciones, y eso no tenía nada que ver con el olor a porro que a veces traía el viento y que venía de un parque que estaba a unas cuadras de distancia. Era un bar mágico escondido en medio de la concupiscencia.

Nos reunimos allí con Juan y Francisco, y también invité a Plutarco, que aceptó la invitación para ir a un lugar lleno de gente porque estaba atravesando una fase eutímica. Yo lo había mantenido informado de todos los avances que habíamos hecho hasta el momento.

Juan fue el primero en hablar, tenía que contarnos qué había averiguado sobre Gabriel Santamaría.

—Lo que dijo Sergio es cierto —comenzó Juan—. Él hizo una denuncia por paradero en la comisaría 7°, en esa época todavía no estaban inauguradas las oficinas fiscales. Me costó un triunfo dar con el expediente y tuvimos suerte de que las ratas no se lo hubieran comido. La causa se cerró cuando el

tío de Gabriel, Rogelio Santamaría, se presentó para avisar que había recibido una llamada de su sobrino, quien le había manifestado que se encontraba en perfectas condiciones y que su ausencia se debía a que estaba trabajando en Brasil.

—¿No se cercioraron de que la llamada hubiera existido? —quise saber.

—No, dieron por válido el testimonio del tío —afirmó Juan—. Estuve buscando a Gabriel, pero no tuve suerte. No tiene perfil en ninguna red social, no tiene antecedentes penales, como último domicilio figura la casa que compartía con Sergio y que ya no existe, no tiene obra social, no es monotributista y tampoco está registrado en ningún trabajo en relación de dependencia. Todos los rastros de él se acaban en el 2001

Pedro escuchaba atentamente, era como si estuviera moviendo las piezas de un puzzle en su cabeza, asimilando la información nueva y haciéndola encajar con las hipótesis que previamente había concebido.

—¿Pudiste averiguar si salió del país? —preguntó Francisco.

—Quedaron en pasarme ese dato, pero va a demorar algunos días.

—¿Y si hablan con el tío? —sugirió Pedro.

—No podemos, murió hace dos años... ¡No! —exclamó Juan, adelantándose a nuestras sospechas de asesinato—. No lo mataron, murió de viejo. Tenía 77 años y un excesivo cariño por el vino.

—No tenemos ninguna otra pista que seguir, si perdemos el rastro de Gabriel, la investigación se estanca —dije, sintiéndome muy inquieto.

—Dejemos de lado por un momento el experimento y a los voluntarios, y concentrémonos en Ariza y en su informante anónimo —propuso Francisco.

Todos estuvimos de acuerdo con la idea.

—Repasemos lo que tenemos hasta ahora —comenzó Juan—. Ariza padece una enfermedad terminal y tiene los días contados. De pronto, un desconocido le envía una libreta con una historia y él se obsesiona con ella, ¿por qué?

—Para mí está claro que él está buscando a alguien y que cree que puede ser uno de los 7 miembros del experimento —opinó Francisco.

—Él me dijo que no tenía ninguna relación con las personas del experimento —argumenté.

—Puede haberte mentido —sugirió Francisco.

—Él fue el que me contrató, ¿para qué me va a mentir? —objeté.

—Dejemos de lado por ahora, los motivos del interés de Ariza por esta

historia —propuso Juan—. Analicemos al informante, a la persona que envió la libreta. ¿Es un amigo o un enemigo?

—Sin lugar a dudas, un enemigo —aseguró Francisco—. De haber querido ayudarlo, le hubiera dado la libreta entera, al darle sólo la mitad lo único que hace es acrecentar sus dudas.

—Voy a ahondar en la teoría de Francisco —señalé—. Supongamos que yo odio a alguien tanto que ni siquiera la certeza de una muerte inminente me permite perdonarlo. Es más, lo odio tanto que quiero asegurarme de que se vaya a la tumba lo más mortificado posible. Si yo tengo un documento que lo va a hacer sufrir, me refiero a que si el final de la historia, si las hojas restantes son tan terribles como nuestras peores hipótesis, ¿por qué esconderlas?, ¿por qué no entregárselas para que sufra?

—Bien pensado —aprobó Juan—. Eso nos deja dos opciones. Por un lado, la historia no termina tan mal, pero el desconocido quiere hacerle creer al viejo que sí, con el único objetivo de torturarlo. La otra posibilidad es que la historia sí termine mal, pero el informante conoce al viejo lo suficiente como para saber que lo peor es dejarlo que se torture con sus propias fantasías, que van a resultar aún peores que la realidad.

—¿Todos estamos de acuerdo en que la persona que envió la libreta y Ariza se conocen? —preguntó Francisco.

—Es casi seguro de que así sea, tal vez no sean cercanos, pero como mínimo la persona que envió la libreta sabía que había algo en ese relato que iba a despertar el interés de Ariza —señaló Juan.

Todos nos quedamos callados, bebiendo nuestras cervezas e intentando ordenar las ideas que cada uno tenía en su cabeza.

Pedro intervino muy poco durante la reunión, sin embargo, estaba seguro de que él ya tenía alguna hipótesis propia, tal vez muy distinta a la de nosotros y por eso lo animé para que nos la contara.

—Apenas leí las fotocopias de la libreta, me acordé del caso Waco, en Estados Unidos —comenzó Pedro.

—¿Caso Waco? —murmuré.

—En 1993, la policía realizó uno de los despliegues más sangrientos de la historia de ese país sobre un rancho perteneciente a una secta religiosa llamada los Davidianos, en Waco, Texas. La operación terminó en una masacre en la que murieron más de cien personas, mujeres y niños en su mayoría.

—¿Por qué los mataron? —quiso saber Francisco.

—La versión oficial aseguró que se trataba de un grupo terrorista que debía ser desactivado porque representaba un peligro para la nación.

—¿Y la versión no oficial? —quiso saber Juan.

—La versión no oficial establece que los Davidianos, si bien eran fanáticos religiosos, nunca habían tenido problemas con nadie, ni habían molestado a nadie. De hecho, sus vecinos los apreciaban. Entonces, ¿por qué el gobierno se molestó en organizar una acción que implicaba movilizar a cientos de policías, con el único objetivo de aislar, torturar y matar a un grupo de gente inocente?

Juan, Francisco y yo lo mirábamos expectantes, deseosos de que continuara:

—La verdad indica que el F.B.I. quería probar en el campo, los nuevos métodos para la reducción de grupos terroristas. Necesitaban un grupo de fanáticos y los Davidianos cumplían todos los requisitos para ser sus conejillos de indias.

—Pedro, ¿en serio creés que el F.B.I. está detrás de todo esto? —pregunté incrédulo.

—El escepticismo es una peligrosa clase de ignorancia. Todos sabemos que el conocimiento es poder y que por lo tanto, ese conocimiento suele valer mucho dinero y justificar muchas acciones inicuas. Un laboratorio que quiere probar una nueva droga; un grupo, gubernamental, terrorista o una compañía privada interesada en probar técnicas de control mental, sólo por nombrar algunos ejemplos. En el 2001, se sabía que este país se iba a la mierda en cualquier momento y el caos era el ámbito ideal para probar, lo que sea que una organización X quisiera probar, sin ser descubierta.

—Perdoname, pero en esto coincido con Gaspar, tu teoría me parece demasiado fantasiosa —observó Francisco.

—Dijiste que apenas leíste la libreta la asociaste con el caso Waco, pero ahora que sabemos un poco más que antes, ¿seguís teniendo la misma creencia? —quise saber.

Pedro no me contestó, en cambio, me pidió que le enseñara la libreta, él sólo había visto las fotocopias que yo le había entregado.

—“La Justicia de los Invisibles” —murmuró, leyendo en voz alta la tarjeta—. ¿Qué es esto?

—No sabemos —le aclaré—. Esa tarjeta venía con la libreta.

Pedro analizó minuciosamente la libreta y luego se quedó absorto

durante el resto de la reunión, sosteniendo la tarjeta.

Cuando nos despedimos, le insistí para que me contara lo que tanto lo había impresionado.

—Creo que ya sé lo que pudo haber sucedido —aseveró Pedro—, pero todavía tengo que encajar algunos detalles, cuando lo haga, te llamo y hablamos.

CAPÍTULO 9

Tenía planeado pasar todo el sábado con Aurora, una amiga que vivía en la montaña. Sin embargo, tuve que cambiar de planes al recibir un mensaje de Amalia Espínola, la viuda de Fernández.

Ella había tardado bastante en contestarme, así que no quería posponer la entrevista por miedo a que se arrepintiera y ya no quisiera hablar conmigo.

—Le agradezco mucho que haya aceptado hablar conmigo, comprendo que no deben ser recuerdos agradables —dije, sintiéndome momentáneamente descolocado ante su apariencia física, no esperaba que fuera tan bonita.

—No me tratés de usted, me hacés sentir vieja —respondió ella con una sonrisa seductora.

Al escuchar su voz, un agradable escalofrío me recorrió la espalda. Tenía el tono ideal, era un poco ronca y muy cálida. No era buen comienzo, me estaba encendiendo como un adolescente.

—Gaspar, ¿te gustaría tomar algo?

¡Ay, mierda! Escucharla decir mi nombre me provocó un cosquilleo mucho más intenso que el anterior.

Mientras ella estaba en la cocina, me propuse aplacar mis instintos contemplando las fotos de los portarretratos. En una de ellas reconocí a quien debía ser Fernández Aragón, el de la inmobiliaria se había quedado corto con respecto a las alusiones sobre su fealdad, la cual resaltaba mucho más al ser comparada con una belleza deslumbrante como la de Amalia.

¿A quién le había vendido el alma para lograr conquistarla? ¡Desentonaban tanto como pareja! Además, sospechaba que la diferencia entre ellos no se limitaba al aspecto físico. Esa era la única fotografía del falso psiquiatra, el resto de las fotos eran de Tiziana y su madre.

No sé por qué se me vino a la mente el recuerdo de Oscar y me sentí optimista con respecto a sus intenciones con Edith. Al lado de Fernández, él resultaba un sensual modelo de Calvin Klein.

—¿Con azúcar o edulcorante? —preguntó Amalia, apareciendo nuevamente en el comedor con dos tazas de té.

—Lo tomo solo, gracias. Me imagino que su..., perdón, que tu hija te contó la razón por la que necesitaba hablar con vos.

—Sí —asintió ella con un gesto de cansancio—. Están investigando el

experimento psicológico que la consultora en la que trabajaba Antonio ayudó a organizar.

—Exactamente, ¿podrías decirme todo lo que tu marido te dijo al respecto?

Amalia soltó una risa que no era forzada, sino genuina. ¿Qué le causaba tanta gracia? Me pregunté.

—Mi marido no me dijo absolutamente nada del estudio, lo que sé lo averigüé por mí misma y a sus espaldas. Todo comenzó el 23 de julio del 2001, recuerdo la fecha exacta porque cumpla años ese día.

—¿Qué ocurrió ese día?

—Entré en la habitación que él usaba como oficina, Antonio nunca me había pedido que golpeará la puerta antes de entrar, pero en aquella ocasión se enfureció y me sacó casi a empujones.

—¿Era un hombre violento?

—¡No, para nada! Mirá, Antonio tenía muchos defectos, pero era un hombre muy tranquilo. Esa fue la única vez que lo vi perder el control.

—¿Qué fue lo que lo alteró tanto?

—No lo sé. Cuando entré en su oficina él estaba leyendo el diario y al verme lo cerró bruscamente. Ese día tiene que haberse publicado una noticia que lo afectó profundamente, aunque nunca descubrí cuál era.

—Tiziana me dijo que estaban atravesando un momento económico muy complicado, tal vez esa era la razón de su mal humor —sugerí.

—No, la falta de plata era algo habitual en nuestra vida. Estuve casada muchos años con Antonio y durante ese tiempo, las épocas de bonanza fueron muy pocas —aseguró Amalia—. A él le gustaba el comercio porque podía trabajar por su cuenta, sin tener que soportar a un jefe, era demasiado orgulloso y no aguantaba que nadie le diera órdenes. En el 2001, la tienda de ropa que teníamos quebró y sí, la casa estaba hipotecada, pero terminaríamos saliendo adelante como lo hacíamos siempre, con la ayuda de sus padres o de los míos, o de ambos.

—¿Cómo o por qué surgió el proyecto de la consultora?

—Unas semanas después del episodio que te conté, Antonio me dijo que se había encontrado con un viejo amigo y que él le había ofrecido encargarse de una consultora que todavía no estaba inaugurada. Se entusiasmó mucho y durante dos meses trabajó duro para poner en marcha el proyecto.

—¿El nombre del amigo?

—Nunca me lo dijo —contestó Amalia negando con la cabeza—. Pero, aunque quería aparentar alegría y tranquilidad, estaba tenso. Yo estaba preocupada y como sabía que Antonio no iba a decirme nada, me metía en su oficina, algo que él me había prohibido expresamente, para tratar de entender qué estaba pasando. En una ocasión, encontré el borrador del aviso en el que solicitaban voluntarios para el experimento y los currículums que la gente había enviado. Días después, Antonio trasladó su oficina a la consultora y ya fue muy poco lo que pude averiguar.

Cuanto más la escuchaba hablar, más desatinado me parecía ese matrimonio.

—Tiziana me dijo que tu esposo te había confesado que por su culpa había muerto gente.

Amalia me dedicó una sonrisa que se parecía mucho a la que los adultos suelen dedicar a los niños cuando dicen estupideces.

—Antonio jamás me hubiera confesado una cosa así. Como te dije, era muy orgulloso y quería que nosotras lo admiráramos como a un superhéroe, aunque con Tiziana la tarea le resultaba mucho más sencilla.

—Entonces, ¿le mentiste a tu hija?

—Gaspar, ¿no era Platón el que afirmaba que había que ser prudente con la verdad?

La mire sorprendido.

—Sí, sé que estudiaste Filosofía y también sé muchas otras cosas acerca de vos, te estuve stalkeando —afirmó Amalia acercándose un poco y bajando la voz como si me estuviera contando un secreto.

Como quedaba muy poco profesional que le dijera que podía espiarme, acosarme, manosearme y hacerme todo lo que se le ocurriera, opté por quedarme callado. Por un segundo, me la imaginé a ella en el lugar de Edith, vestida con una lencería sexy y una bandeja de jamón crudo, y a mí tirándome encima un frasco de colonia barata y peinándome con un peine rojo.

—Escuché a Antonio hablando con mi suegra —continuó Amalia, sacándome de mis lujuriosas fantasías—. Él era único hijo y como siempre había tenido una salud muy frágil, sus padres lo sobreprotegían, sobre todo su madre. Le dije a Tiziana que me lo había dicho a mí, para evitar que molestara a su abuela.

Me pregunté si esa sería la única razón o si Amalia estaba siendo “prudente con la verdad”, una vez más.

—Fue una frase que escuché fuera de contexto, no sé a quiénes se refería. Tuve que contársela a Tiziana porque ella me escuchó hablar del tema con alguien más. Amaba a su padre y cuando creció quiso saber por qué él había tomado una decisión tan drástica. Con lo poco que sabía, armé un relato que le permitiera a mi hija cerrar esa etapa y seguir adelante —concluyó ella.

—¿Cuándo y por qué cerró la consultora?

—No recuerdo exactamente, pero fue a comienzos del 2002 y no me llamó la atención. El presidente acababa de huir en helicóptero, no era el momento para comenzar ninguna empresa.

—¿Cerrarla fue decisión de Fernández?

—No, me dijo que su socio se había arrepentido y que ya no quería seguir adelante con la compañía. Sin embargo, Antonio insistió para que no me preocupara, me aseguró que tenía capital para empezar un negocio en el ámbito de la gastronomía y como pagó la deuda de la hipoteca, no creí que hubiera razones para inquietarse.

—Disculpame, pero hay algo que no entiendo. Vos me asegurás que el cierre de la consultora no lo afectó, sin embargo, al poco tiempo él se suicidó.

—Cuando él se mató, yo no estaba —replicó Amalia—. Tiziana y yo habíamos ido a pasar unos días con mi familia a Tupungato. Lo único que te puedo decir es que cuando me fui, él estaba muy animado, tenía proyectos para el futuro.

—Entonces, ¿qué fue lo que le pasó?, ¿por qué tomó esa decisión?

—No lo sé, pero estoy segura de que cuando lo vi por última vez, él no pensaba suicidarse. Algo ocurrió en mi ausencia que lo hizo cambiar de opinión.

Estaba revisando mentalmente todas las preguntas para ver si surgía alguna otra duda que Amalia pudiera contestar, cuando ella me susurró con ese tono de voz que me desarmaba:

—Señor Guiñazú, podemos intercambiar los roles por un minuto.

La palabra “roles” detonó en mi cerebro una asociación libre que terminó en una lujuriosa fantasía protagonizada por Amalia Espínola vestida de secretaria.

—Me gustaría hacerte unas preguntas —continuó ella.

Tragué fuerte y respondí:

—Preguntame lo que quieras.

—¿Por qué después de tanto tiempo estás interesado en esto?

—Una persona, cuya identidad no puedo revelar, me contrató para que averiguara qué pasó con los integrantes del experimento. Sospechamos que puede haberles ocurrido algo malo.

—¿Algo malo? ¿Te referís a que pueden haber muerto? —preguntó Amalia poniéndose muy pálida.

¿Por qué se sorprendía tanto?, ¿no había sido ella la que había escuchado a su marido confesar que por su culpa había muerto gente?

—Sinceramente, no lo sé, eso es lo que estoy tratando de averiguar.

Ella se quedó pensativa durante unos instantes y luego dijo:

—Gaspar, quiero pedirte un inmenso favor. Sea lo que sea que encuentres, por favor no le digas nada a Tiziana. Si es necesario, mentile. Ella tiene el recuerdo de su padre en un pedestal, ¿qué sentido tiene tirárselo ahora?

Ella quería arrancarme una promesa, pero yo evadí la respuesta porque no quería comprometerme a tener que mentir.

—Con respecto a tu ex suegra, ¿existe alguna posibilidad de que ella me conteste algunas preguntas?

—¡Olvidate! —exclamó Amalia—. Ella está bastante senil y aunque estuviera en pleno uso de sus facultades, jamás te diría nada que pueda atentar contra la imagen del hijo perfecto que ella tiene en su cabeza.

Cuando estaba por irme, Amalia recibió el llamado de un hombre, probablemente se trataba de su pareja, y eso me hizo ponerme irracionalmente celoso.

¡Qué boludo que soy! Pensé mientras abandonaba el departamento.

CAPÍTULO 10

Cuando estuve solo y me puse a analizar fríamente el encuentro con la viuda de Fernández, me di cuenta de que había estado equivocado al pensar que ella me había recibido para satisfacer un pedido de su hija.

¡Qué ingenuo había sido! En realidad, ella había querido verme para poder estudiarme y determinar cuán peligroso podía llegar a ser, y aunque mi amor propio se resintiera, tenía que reconocer que mi lamentable actuación de adolescente con las hormonas revolucionadas no debió contribuir a acrecentar sus temores.

Era imposible que una mujer como Amalia no conociera todos los chanchullos en los que había estado metido su marido. Sin embargo, iba a guardar silencio para proteger a su hija y evitarle cualquier posible decepción con respecto a la imagen idealizada que tenía de su padre.

De todas formas, que ella me considerara tan amenazante como un cachorro de labrador, quizá me había dado algunas ventajas. Amalia habló conmigo mucho más de lo que lo hubiera hecho con un contrincante menos inofensivo.

Le pedí a Pedro que me enviara el archivo correspondiente al diario *Los Andes* del día 23 de julio del 2001. Leí minuciosamente todas las secciones, aunque no encontré nada que pudiera estar vinculado con el caso.

Mi interés por el estudio y sus voluntarios había ido creciendo, estaba dispuesto a descubrir la verdad a pesar de la poca colaboración que mi cliente estaba dispuesto a darme.

Quería aprovechar mi reunión con Ariza para intentar sonsacarle la información que él me ocultaba y que podía arrojar luz a un asunto que se oscurecía cada vez más.

Rosa me hizo pasar al comedor, donde Ariza me esperaba acompañado de su perro. El anciano parecía realmente complacido de verme, sin embargo, no creía que sintiera hacia mí ningún afecto o inclinación en especial, hubiera recibido con el mismo entusiasmo a cualquier persona que hubiese venido a interrumpir su lujosa soledad.

—¿Cómo le va? —me saludó, casi con amabilidad.

—Bien, gracias. La investigación avanza, descubrí que...

—¿Ya descubrió qué fue lo que pasó con los voluntarios? —me

interrumpió él.

—No, pero descubrí que...

—No me interesan los preliminares. Lo único que me sirve es el resultado, infórmeme cuando lo tenga.

Me sentía turbado, si no quería que le contara los avances del caso, ¿para qué me había hecho venir?

Él interpretó mi desconcierto y agregó:

—El ajedrez es una de mis aficiones favoritas, pero hace mucho que no tengo el placer de enfrentarme a un buen rival, ¿le gustaría jugar una partida conmigo?

El hombre era astuto, intentaba halagar mi vanidad calificándome de buen rival, para que yo accediera a compartir su aislamiento y a ahuyentar, aunque fuera por un breve espacio de tiempo, la nostalgia que debía sentir frente a una vida que se le escapaba.

—¿Cómo sabe que juego al ajedrez? —quise saber, no recordaba habérselo comentado.

—Soy muy observador, te delató la forma en la que mirabas el tablero la última vez que estuviste acá.

—Está bien —accedí, pensando que sería una buena oportunidad para estudiarlo—, pero le advierto que no soy un jugador experto. Suelo jugar con un amigo y como él juega muy bien, por lo general pierdo.

—¿Y eso no te molesta? Me refiero a lo de perder con frecuencia —preguntó Ariza.

Su amabilidad forzada se había evaporado, ya había conseguido que yo aceptara jugar y no tenía necesidad de seguir fingiendo una candidez que era completamente ajena a su carácter.

Sin embargo, como lo que me interesaba era conocer al verdadero Ariza, no me importaba soportar su honestidad brutal. Además, había empezado a tutearme y eso era una señal de que estaba relajado.

—Mi amigo tiene más de 40 años y juega desde niño. Yo tengo 28 y juego de forma ocasional, no a diario. Así que no, no me molesta que Plutarco me gane —le aseguré.

—¿Plutarco?

—Es un apodo, se llama Pedro.

—Parece un personaje interesante, ¿dónde lo conociste?

—Digamos que lo conocí gracias a mi trabajo —respondí, sin querer

entrar en detalles.

Ariza sonrió con esa sonrisa sobradora que me provocaba ganas de golpearlo

—¡Me imagino! —exclamó—. Vos debes estar en contacto con la *crème* de la *crème* de Mendoza.

—Estoy en contacto con usted —insinué.

No me sorprendía que él no tuviera amigos ni nadie que realmente lo apreciara, parecía ser del tipo de personas que tiene una habilidad especial para decir continuamente las palabras incorrectas.

—Buena respuesta —murmuró Ariza, con una carcajada ronca.

—Deberíamos apostar algo —sugerí—. Si yo gano, usted me contesta tres preguntas y si pierdo... no sé, decida usted.

Ariza me contempló seriamente y luego añadió:

—Y supongo que esas preguntas se relacionan con la libreta.

—Exacto.

—No puedo imaginar qué podrías ofrecerme vos a mí que me resultara interesante, no obstante, si hasta Plutarco te gana... —agregó y volvió convulsionarse con una carcajada cáustica.

No contesté, pero estaba feliz. En realidad, Plutarco no me había enseñado a jugar, durante el colegio había jugado mucho y hasta había ganado una medalla. Había dejado el ajedrez durante algunos años y luego lo retomé cuando conocí a Plutarco.

—Contame alguna reflexión filosófica que tu trabajo te haya inspirado —dijo cuando empezamos a jugar.

—Tengo algunas “reflexiones filosóficas”, como usted las llama, pero no creo que ninguna de ellas sirva para amenizar esta partida, ni mucho menos para levantarle el ánimo —confesé.

—Gaspar, no quiero un payaso que me anime la fiestita, quiero escuchar las ideas de un hombre inteligente. Estoy a un paso de la tumba, así que créeme, nada de lo que me digas me va a poder desilusionar o deprimir.

—No esté tan seguro, me jacto de ser un pesimista extremo, capaz de desmoralizar a cualquiera, aunque por lo general intento moderarme para no provocar suicidios en masa.

—Yo ya tengo una cita con la Parca, pero no pienso ahorrarle el trabajo, va a tener que venir por mí, podés hablar tranquilo —afirmó Ariza, riendo ante mi advertencia.

—Durante mi carrera, descubrí conceptos que me ayudaron a mitigar un poco mis problemas existenciales.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Ariza.

—Algunos filósofos afirman que existe un hilo conductor en la naturaleza, un plan que le daría sentido al dolor y a todas las otras situaciones absurdas que padece el ser humano. Sin embargo, como el intelecto del hombre es limitado, su inteligencia no le alcanza para comprender dicho plan.

—¿Limitado con respecto a qué o a quién?

—Limitado con respecto a una inteligencia superior, Dios o como quiera llamarle.

—A ver si te entiendo —agregó Ariza—. ¿Toda la mierda que ocurre en el mundo tendría un por qué en la mente de Dios, pero el hombre, por lo limitado de su inteligencia, no puede acceder a esas razones?

—Algo así. Antes de empezar a trabajar en la oficina me parecía una explicación lógica.

—¿Y ahora? ¿En una comisaría Dios no se siente tan lógico?

—En una comisaría lo único que se siente de Dios es su silencio.

Ariza estaba resultando ser un muy buen jugador, intenté algunas jugadas con las que solía destrozar a los principiantes o a los jugadores mediocres, pero él me las cortó de raíz.

—Gaspar, ¿de verdad? —dijo haciendo alusión a alguna de ellas—. Creí que había quedado claro que me consideraba un eximio jugador y en mi caso dije la verdad, no como vos.

—Mi turno de preguntar —señalé—. ¿Cree en un más allá?

Ariza se tomó su tiempo para responder.

—Para creer en otra vida es necesario creer que existe un Dios. Estoy bautizado y estudié en un colegio católico, sin embargo, nunca he sido creyente. No puedo afirmar que Dios no existe —comentó, realizando una jugada maestra que me tomó por sorpresa y que me costó uno de mis alfiles—, pero sí puedo afirmar que yo nunca he tenido una estrecha relación con él.

—¿No tiene miedo? Me refiero a lo que puede encontrar en el otro lado, considerando que... —me detuve sin saber bien cómo continuar.

—Considerando que voy a saberlo muy pronto —concluyó Ariza, allanándome el camino.

Asentí.

—Muy buena jugada —destacó él—. Seguramente conoces ese famoso

pasaje de de Crimen y Castigo, aquel en el que Raskólnikov recuerda haber leído que si a un condenado a muerte le dieran a elegir entre morir o vivir muchos años en un pequeñísimo espacio, en la cima de una montaña desolada y sin volver a tener contacto con nadie, el condenado elegiría sin vacilación la montaña porque la mayoría de los hombres tienden a aferrarse a la vida, aunque esta les resulte un infierno.

Ariza se quedó callado unos segundos y luego anunció:

—Jaque.

No me sorprendió, me di cuenta de mi error apenas terminé de mover mi pieza anterior, pero no me desanimé porque todavía podía recuperarme.

—Como te iba diciendo, yo no estoy de acuerdo con la afirmación de Dostoievski, no siempre se elegiría la vida.

—Jaque —exclamé.

—Nuevamente, muy buena jugado —me felicitó—. O tu amigo es un excelentísimo jugador o vos sos un gran mentiroso, me inclino por la segunda opción, por supuesto, sin desmerecer a nuestro ilustre Plutarco —concluyó con una de sus risas.

—¿Desea morir? —pregunté, continuando con el tema de Dostoievski.

—Mi cuerpo lo decidió así y no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo. ¿Lo haría si pudiera? No lo sé.

—Jaque... Entiendo que usted no está seguro de que exista la vida después de la muerte, pero en el caso de que existiera, ¿qué le gustaría encontrar del otro lado? —insistí, porque era un tema que me apasionaba y no todos los días tenía la oportunidad de hablarlo con alguien que estuviera tan cerca de alimentar a los gusanos.

—Coherencia —sentenció Ariza.

—¿Coherencia?

—Sí, coherencia —dijo él suspirando y acariciando la cabeza del perro—. Nací bajo lo que algunos llamarían una buena estrella, mi familia tenía una posición acomodada y nunca supe lo que era la carencia material, era inteligente, fuerte, atlético y bien parecido. Todo parecía pronosticar que iba a tener una vida muy feliz, sin embargo, no fue así.

Era una confesión fuerte y que no encajaba con la imagen de hombre orgulloso que tenía de él.

—¿Hay algo que le duela dejar?, ¿va a extrañar a alguien?

Mi pregunta era demasiado personal y corría el riesgo de que mi rival se

enojara y diera por terminada la conversación. No obstante, él no pareció molesto.

—Sí, lo voy a extrañar a él —dijo tomando con ambas manos la cara del perro y recibiendo a cambio un cariñoso lengüetazo—. Aunque me alegra irme antes que él, no podría soportar perderlo, es como un hijo para mí.

Debo admitir que su respuesta me dejó perplejo. Sabía que se trataba de un hombre solitario, pero nunca me imaginé que fuera para tanto. Sentí compasión por él, había vivido más de 50 años y el vínculo emocional más fuerte que había logrado crear era con el perro que yacía a su lado.

Ariza pareció leer mis pensamientos porque dijo:

—Sé lo que estás pensando y supongo que tenés razón. En mi familia, la única persona que realmente me amó y se preocupó por mí fue mi abuelo. Lamentablemente, él murió cuando yo era adolescente. Con las mujeres tampoco tuve mucha suerte, sí amé, pero no fui correspondido.

El juego estaba por terminar y todo indicaba que yo iba a ganar. Pero, el psicólogo frustrado que había en mí estaba entretenido escarbando en el alma del anciano y quería hacerle una pregunta más, antes de que pasáramos al asunto del estudio.

—¿Se arrepiente de algo? ¿Tiene alguna culpa de la que quisiera librarse antes de morir?

Su respuesta fue contundente:

—No, puedo morir en este mismo instante. Estoy resentido con la vida, pero en paz con mi conciencia.

Un ruido de vidrios rotos nos asustó.

—Disculpen, me tropecé con la alfombra —se excusó Rosa, que había tirado una bandeja con los medicamentos de Ariza.

Los dos volvimos a concentrarnos en el juego y tuve el inmenso placer de poder decir:

—Jaque y es mate.

Los ojos de mi rival reflejaron cierta frustración, pero se repuso al instante y no resultó ser tan mal perdedor como había esperado.

—Rosa, traiga por favor una botella de vino tinto, de la buena, quiero brindar por mi derrota ante un gran jugador.

—No puede mezclar vino con las pastillas... —comenzó Rosa.

—No voy a tomarlas, de todas formas no me sirven, aunque el médico diga que son cosas más y que esas pastillas le sacan el dolor a cualquiera.

Mis preguntas no iban a ser muy originales, es más, las dos primeras ya se las había formulado anteriormente. Sin embargo, como resultaban vitales para continuar con la investigación, decidí intentarlo nuevamente con la esperanza de que esta vez, él dejara sus reservas y me contara todo lo que sabía al respecto.

—Primera pregunta —anuncié—. ¿Por qué está interesado en la historia que se cuenta en la libreta? Por favor, intente explayarse un poco más que la vez anterior —le rogué.

Ariza tardó en contestar, tomó un largo trago de vino y luego contempló la copa a través de la escasa luz que emitía la chimenea.

—Como le dije antes, nací con mucha suerte, aunque esa suerte desapareció a lo largo de los años. Soy bueno en los negocios y sólo he conseguido arrancarle éxitos a la vida en ese ámbito.

Él tomó otro trago de vino, hablaba despacio, pero no porque estuviera mintiendo, sino porque estaba desenterrando palabras y emociones que habían quedado sepultadas mucho tiempo atrás.

—¿Por qué? Me pregunté tantas veces, ¿por qué esta inmerecida mala suerte? Era como si mi vida se hubiera convertido en un juego que estaba siendo ejecutado por otros y sobre el cual yo no tenía control. Se sentía como si estuviera siendo castigado por un delito que no sólo no había cometido, sino que además desconocía.

Ariza estaba muy exaltado, vació su copa y se sirvió más vino. Yo estaba por hacerle una objeción al respecto, no sabía si tanto alcohol le haría bien, pero al final me quedé callado. ¿Qué diferencia había? Iba a morir de todas formas y el vino podía darle un poco de consuelo.

—Una vez, hace muchos años —continuó él—, creí vislumbrarlo, creí que iba a poder desentrañar eso que presentía escondido en las sombras, pero la oportunidad se me escapó.

Ariza estaba contestándome nuevamente con evasivas. No obstante, lo escuchaba atentamente porque intuía que de toda esa verborragia podía surgir algo importante.

—Cuando llegó la libreta, sentí que tendría una última oportunidad de obtener las respuestas que había buscado en vano durante tanto tiempo.

—No está siendo muy claro que digamos —me quejé.

—Sos muy inteligente, Gaspar, estoy seguro que no tardarás mucho entenderme.

No valía la pena insistir, Ariza no iba a decirme nada más. Probé con la segunda pregunta.

—¿Quién le envió la libreta?

Ariza me miró extrañado.

—Ya te lo dije, no lo sé.

—¡Vamos, señor Ariza! Usted debe sospechar de alguien, esas hojas se escribieron hace 17 años, ¿por qué enviárselas recién ahora?

—Gaspar, te estoy siendo absolutamente sincero, no tengo ni la más remota idea de quién la envió, aunque sí puedo contestarte por qué ahora. La libreta llegó pocos días después de yo asistir a una reunión importante de bodegueros en donde fui homenajeado. Ese evento salió por la televisión, yo mismo me vi y al verme, me di cuenta de que era fácil adivinar que no me quedaba mucho tiempo.

Entonces, la hipótesis que teníamos con Juan y Francisco no estaba tan errada, la o las personas que habían enviado la libreta querían vengarse de Ariza, torturarlo antes de que la muerte se los arrebatara.

—Es evidente que alguien está usando esa libreta para vengarse de usted. ¿Quién o quiénes son sus enemigos?

—No puedo jurar por Dios, porque no tengo fe en él. Pero, te doy mi palabra de honor de que nunca he hecho nada que amerite una venganza.

Estaba por hacer una pregunta más, pero Ariza me interrumpió:

—Ya te respondí las tres preguntas que habíamos acordado.

—¡No lo entiendo! —exclamé sintiéndome muy frustrado—. Usted quiere una respuesta antes de morir y yo quiero dársela, pero necesito que me ayude. Sé que no me ha contado todo y no entiendo por qué

Él se quedó pensativo, con la mirada fija en el fuego de la chimenea, creí que estaba buscando nuevas excusas para no contestarme, estaba equivocado.

—Tenés razón, mis evasivas no tienen sentido —murmuró—. Volvé mañana a jugar otro partido y cuando terminemos, ganes o pierdas, te voy a contar la historia completa.

De pronto se veía un hombre agotado, aunque se trataba de un cansancio más espiritual que físico.

Me despedí sintiéndome un poco culpable por haberlo presionado y la mirada de reproche que Rosa me dirigió cuando me acompañó hasta la puerta, no me hizo sentir mejor.

El trayecto hasta la casa de mi amiga me tomaba más de una hora y cuando llegué ya era muy tarde. Con Aurora no le habíamos puesto un título a nuestra relación, la pasábamos muy bien dentro y fuera de la cama y eso nos alcanzaba.

Estábamos juntos desde hacía tres años y como era una excelente compañera de viaje, me gustaba salir a la aventura con ella. No obstante, como compañero de viaje yo dejaba mucho que desear. Mi trabajo era como sumergirte en una ola de petróleo, aunque estuviera lejos de la oficina llevaba una capa negra que se te adhería al cerebro y al alma, y que teñía todo lo que estaba alrededor mío.

Cada vez me costaba más asombrarme o concentrarme en las cosas que hacían que la vida fuera luminosa, mi mente se estaba volviendo incapaz de detectar todo lo que no fuera sombrío o lóbrego y esa transformación se evidenciaba más durante los viajes.

Mientras Aurora admiraba la belleza de un paisaje o la finura de los detalles en la fachada de un edificio, yo me escandalizaba ante la falta de rejas en las casas, en lugares tan seguros que la gente dormía con la puerta abierta; o me quejaba ante la ausencia de semáforos que podían ocasionar accidentes de tránsito, aunque nos encontráramos en un pueblo semi fantasma cuyas calles eran transitadas principalmente, por plantas rodantes semejantes a las del lejano oeste.

El último viaje que habíamos hecho juntos había tenido como destino las Cataratas del Iguazú y en aquella oportunidad, llegué a cometer el sacrilegio de preguntarle al guía, durante un romántico paseo grupal a la luz la luna y lleno de parejas recién casadas, cuántos suicidios se cometían por año en el lugar.

Por eso no me asombró que Aurora se negara a acompañarme en mis próximas vacaciones, aunque tuvo la delicadeza de argumentar que tenía mucho trabajo pendiente.

Ella era artista plástica y aunque su profesión podría haberla condenado a la pobreza, su habilidad para sacarle un provecho económico a su talento y conocimientos, habría provocado lágrimas de emoción en el profesor Feigenbaum.

Aurora encontró en la muerte un lucrativo terreno para aplicar su arte. Tenía un emprendimiento dedicado a la elaboración de encantadoras coronas de flores para sepelios.

Ambos teníamos empleos que implicaban un acercamiento con el más allá, no obstante, a ella el trabajo no la había cambiado, seguía siendo la mujer alegre y luminosa de siempre.

Regresé de la montaña con el tiempo justo para llegar puntual a mi reunión con Ariza, pero Rosa salió a mi encuentro antes de que pudiera tocar el timbre.

—No toque el timbre, el señor Ariza tuvo un día fatal y recién ahora se duerme.

—¿Está muy mal? —pregunté preocupado.

—Ha estado peor, cuando se recupere lo va a llamar —me aseguró ella, cerrándome la puerta en la cara.

Una vez más, Ariza y sus misterios quedaban fuera de mi alcance.

CAPÍTULO 11

Llovía torrencialmente y a pesar de que era de noche, el cielo tenía un color blanco resplandeciente.

Fabián Gutiérrez estaba en la puerta, debajo del alero, muy erguido, queriendo parecer más alto, con una de sus manos apoyada en la cintura sobre su arma.

—¿¡Qué hacés, Llanero Solitario!?! —bromeé, su pose era realmente cómica.

—¿No te enteraste?

—¿Enterarme de qué? ¿Qué pasó?

—Martín te está esperando adentro, que te lo diga él, no me gusta dar malas noticias —contestó con cara muy seria.

Sonreí, no creía que la situación fuera tan grave, él tenía una tendencia a la exageración. En la oficina encontré a Gastón y a Estefi escuchando atentamente una discusión que el Dr. Zinca mantenía a través del teléfono.

—¿Qué pasó? —quise saber.

—¿Qué pasa? —preguntó a su vez Francisco que acababa de llegar.

—Atraparon a Manuel Torres Mejía, el líder de un cartel mexicano —nos explicó Gastón—. Lo agarraron cuando estaba a punto de cruzar a Chile, pero lo importante es que el cartel enemigo ofrece una recompensa de seis millones a quien lo mate.

—¿Seis millones de pesos? —preguntó Francisco.

—Dólares —lo corrigió Estefi—. Tiene pedido de captura internacional, Interpol lo a venir a buscar por la mañana, pero no sabían dónde meterlo hasta entonces.

—¿Y no me digas que no tuvieron mejor idea que meterlo acá? —pregunté.

Gastón y Estefi asintieron.

—Pero es un delito federal, que se hagan cargo ellos —exclamó Francisco.

—Sí, pero el ministro de Seguridad, el fiscal o vaya a saber quién, porque se pasan la pelota unos a otros, consideró que era demasiado arriesgado llevarlo a una comisaría que estuviera en pleno centro o en una zona muy transitada, por eso decidieron traerlo acá —señaló Gastón.

—Martín se está quejando hace una hora, pero no le están haciendo caso —agregó Estefi.

—Lo siento chicos —dijo el Dr. Zinca—. Hablé con todo el mundo, pero no pude hacer nada. Esta noche esta oficina va ser evitada como la peste. Todas las causas que entren con procedimientos policiales van a ser derivadas a las otras oficinas. En cuanto a los denunciantes que vengan solos, atiendan únicamente urgencias, para el resto de los delitos díganle a la gente que vuelva de día, cuando esté todo el personal.

—Y cuando ya no esté el paquete de seis millones —mascullé.

—Sí algo te pasa, te prometo que me voy a hacer cargo de tu caja de expedientes —me prometió Estefi.

—Si algo me pasa, te prometo que en lo último que voy a pensar antes de morir es en los putos expedientes —le aseguré.

Francisco le enseñó a Gastón donde tenía sus causas más urgentes.

Martín, Gastón y Estefi se despidieron y salieron rápidamente de la comisaría. No los culpaba, yo hubiera hecho lo mismo.

—Por matarlo, seis millones, por matarlo —dijo Oscar, entrando en la oficina y sacudiendo su impermeable.

—Oscar, estar acá esta noche es peor que estar en medio de la Franja de Gaza en pleno bombardeo. Andate, vos no tenés obligación de quedarte —le aconsejé.

Él todavía estaba un poco resentido por lo del viernes, pero en momentos tan intensos era fácil olvidar los pequeños rencores.

—Está escrito, Gaspar, está escrito.

—¿Qué es lo que está escrito? —pregunté.

—No hay accidentes, si nos tenemos que morir esta noche, nos vamos a morir aunque esté toda gendarmería custodiándonos. Además, le traje la tartera a Edith, por si viene a buscarla en la mañana, en la mañana.

Un narco cuya cabeza valía seis millones de dólares; Oscar enamorado; Francisco ordenando sus expedientes por si no sobrevivía; Fabián, con su metro sesenta, custodiando la puerta; todo era demasiado surrealista.

De pronto, empecé a escuchar la canción de los Rolling Stones, Paint It Black... ¿estaba soñando?

—¡Ah!, ¡sos vos! —suspiré aliviado al ver aparecer a Juan.

—Sí, me vas a decir que la canción no es perfecta para la ocasión —repuso Juan, con su buen humor de siempre, subiendo el volumen del teléfono

celular.

—¿Te obligaron a venir? —preguntó Francisco.

—No, es más, nos aconsejaron que no apareciéramos por nada del mundo por acá hasta pasadas las 9 de la mañana. Pero, no pienso dejar solos a mis amigos —exclamó, dándonos unas afectuosas palmadas en la espalda que, debido a su fuerza, casi nos derriba.

—Me voy a ir con Gutiérrez a la guardia, ustedes cierren la puerta y si pasa algo se quedan acá —ordenó Juan.

—La consigna es matarlo, si entra un comando armado, no creo que se detenga ante una puerta que ni siquiera tiene llave, bajan el picaporte y listo —observé.

—Es mejor dejar la puerta de la oficina abierta así estamos más comunicados —propuso Francisco.

Estábamos en un mismo edificio y de la guardia policial y los calabozos a la puerta de la oficina fiscal no había más que 20 pasos. La puerta cerrada o abierta no cambiaba nada, pero decidí seguir el deseo de mi amigo y la dejamos abierta de par en par.

Francisco se puso a trabajar de inmediato y con un orden que hacía gala de su profesión de contador, preparó un sobre de cartulina roja y fue colocando allí todos sus expedientes más importantes, cada uno con un cartel que indicaba lo que faltaba por hacer, o los oficios que estaba esperando para remitirlo a la Unidad Fiscal.

Oscar se puso a ver una película en la oficina de mesa de entrada, mientras que yo me puse a contemplar mi casillero rebasado de expedientes. La semana anterior, como las noches habían estado tan movidas, se me habían acumulado las causas. Tenía que instruir las, sin embargo, no me angustié. Con los pies sobre el escritorio de Francisco, los ojos cerrados y las manos detrás de la nuca, intentaba distinguir entre el sonido de la tormenta algún ruido amenazante, aunque afortunadamente la primera hora pasó sin novedades.

No obstante, a la una y media de la madrugada, escuchamos el sonido de un auto al estacionar y el chirrido agudo que hacía la puerta de la comisaría cada vez que se abría.

Oscar, Francisco y yo, nos asomamos para ver de quién se trataba y vimos a una mujer rubia, de unos 25 años, con una cara preciosa y un cuerpo para el infarto. Vestía un pantalón de cuero negro, que se ceñía a su curvilínea figura y una campera del mismo color y material. No tenía idea de marcas de

ropa de mujer, pero se notaba que su atuendo era muy caro.

—Buenas noches —saludó ella con un claro acento mexicano.

Juan se adelantó a Fabián y con una sonrisa que intentó ser seductora, pero que se asemejaba más a la expresión de un Francisco hambriento contemplando una vitrina de llena pollos al espiedo, preguntó:

—Buenas noches, señora, ¿en qué la puedo ayudar?

—Soy la esposa de Manuel Torres Mejía y quería saber si podía dejarle la cena —respondió ella, enseñando una bolsa de McDonald's.

—Es bonita, la chica, es bonita —murmuró Oscar.

Juan siguió con su plan de conquista, a pesar de que sabía perfectamente que el narco era capaz de mandarle a cortar las pelotas por el sólo hecho de haber osado coquetear con su esposa, estaba acostumbrado a matar por muchísimo menos.

—Después de revisarlo se lo vamos a hacer llegar, ¿tu nombre? —preguntó Juan, con la voz más grave de la que era capaz y apoyándose sutilmente en el mostrador de la guardia para poder estar más cerca de ella.

—Teresa —murmuró ella con un gesto complacido—. También les traje para ustedes —agregó, entregándole a Juan dos bolsas llenas de la misma casa de comidas.

Francisco se adelantó unos pasos, pero lo detuve:

—Si nos vamos a morir esta noche, que sea a lo grande. Una bomba molotov, dinamita, una granada, un equipo comando que nos acribille a balazos. Elegí la opción que más te guste, pero me niego a que muramos pipones por comer hamburguesas envenenadas —le susurré.

No sé por qué, en ese momento se me vino a la mente la imagen de Clara Igarzabal y la nota que ella nos dedicaría: “Narcotraficante con pedido de captura internacional se escapa gracias a la inoperancia del personal de una oficina fiscal, quienes en acto de inocencia supina o de estupidez atroz, comieron unas hamburguesas envenenadas que la esposa de Torres Mejía, EN PERSONA, les había entregado. Habría que incorporar a los exámenes de ingreso de los auxiliares judiciales un test de coeficiente intelectual porque creo que los difuntos no contaban con las luces suficientes para desempeñar el cargo que ocupaban. La Procuración informó que la oficina en donde ocurrieron los hechos va a ser pintada en los próximos días”.

Cuando la esposa del narco se fue, nos acercamos a la guardia.

—¡Qué buena que está! —exclamó Juan.

—Sí, es bellísima. Me encantaría tener una novia así, aunque creo que la ropa que tenía puesta costaba más de lo que puedo ahorrar juntando mis dos aguinaldos del año —reconoció Fabián.

—Son las más caras —comentó Francisco.

Al principio, creí que él estaba hablando de la ropa de la mujer, pero después noté que estaba hablando de las hamburguesas.

—Le damos una al fiscal, cuando venga mañana a firmar el libro. El resto se las enviamos al Ministerio de Seguridad para que desayunen —propuse, sacándole la bolsa de las manos a Francisco para evitar que se tentara.

Una hora después, continuaba diluviando y los únicos ruidos que se escuchaban en la comisaría eran la radio de Fabián, donde se comunicaban los delitos que no llegarían a nuestra puerta esa noche, y los sonidos del teclado, la impresora y la abrochadora del laborioso Francisco.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada, estoy pensando —contesté, recostándome más sobre el respaldo de la silla.

—¡Cuándo no! ¿Estás pensando en el caso de Ariza?

—Sí y no. Él me dijo que había momentos en los que sentía que la vida lo obligaba a jugar un juego que no parecía tener sentido. Y nos veo a nosotros acá, esperando que nos pase cualquier cosa y tampoco parece tener sentido.

—¡Ah, Gaspar! —exclamó Francisco, interrumpiendo su labor—. ¿Vos pensás que estudié para Contador Público por lo divertida y apasionante que me resultaba la carrera? No, lo hice porque quería tener un buen trabajo, yo fui pobre cuando era niño y tenía claro que mis hijos no iban a pasar por la misma situación.

Francisco se levantó para llenar la abrochadora:

—¿Sentido?, ¿vos creés que yo encuentro el sentido de mi vida en la universidad, donde deberían haberme nombrado efectivo hace años? ¿O acá, donde nos encajan a un huevón cuya sangre vale seis millones de dólares? ¡No! El sentido de mi vida empieza cuando llego a mi casa y juego con mis hijos a pesar de mi dolor de ciática, o antes de dormir, cuando hablamos con mi mujer sobre cómo queremos que sea la casa que vamos a construir en el terreno que tenemos.

Francisco que no había parado de trabajar mientras hablaba, hizo una pausa para tomar un sorbo de café y luego, mientras cosía uno de sus

expedientes, continuó:

—No, Gaspar, ni los bastardos de la universidad ni los de acá, le dan sentido a mi vida. Para mí, esto es un trabajo y doy mi mejor esfuerzo cada día, quiero que mis hijos sepan que no soy un ñoqui que cobra el sueldo de arriba, que me he ganado con esfuerzo cada centavo. No soy un idealista como vos, no quiero cambiar el mundo, hago lo mejor que puedo en cada situación, nada más.

Las palabras de mi amigo me impresionaron, sobre todo porque sabía que eran ciertas, aunque no estaba tan sensible como para admitirlo frente a él.

—Buen discurso —bromeé—. Pero no lo suficiente como para incentivar a dedicarle a mi caja de expedientes mis últimos minutos y ...

Un sonido estridente que venía del patio nos hizo levantar de un salto. El fondo de la comisaría se utilizaba más que nada como depósito, tenía algunos autos herrumbrados y una pequeña parrilla en la que de vez en cuando hacíamos asados. La medianera que lo separaba de la calle era tan baja que hasta Francisco, con su pésimo estado físico, podría haberla trepado sin grandes dificultades.

Escuchamos atentos, conteniendo la respiración. Segundos después, los ruidos volvieron a repetirse, pero esta vez mucho más fuertes.

—Alguien está entrando por el fondo —afirmé.

Corrimos hacia la guardia, Juan y Fabián ya estaban con las armas en la mano y encaminándose hacia el patio.

Juan nos hizo señas para que regresáramos a la oficina, pero nos negamos. Él y Fabián iban primeros, Francisco los seguía pertrechado de la aguja de 15 centímetros que había estado utilizando para coser sus expedientes, y yo iba a lo último, con las manos en los bolsillos, resignado y a la vez contento conmigo mismo por no haber desperdiciado mis últimos minutos en las causas que aguardaban en mi casillero.

No pude evitar imaginarnos como los protagonistas de un nuevo capítulo del segmento favorito de Clara: “Un grupo comando ingresó anoche a una comisaría mendocina con el objetivo de asesinar a un importante narcotraficante que, inexplicablemente, estaba detenido en el lugar. Sin embargo, dos auxiliares de la oficina fiscal, en un último acto heroico, intentaron evitar la masacre armados únicamente con las agujas que suelen utilizarse para coser los expedientes. Un minuto de silencio para estos héroes. Luego de la tragedia, la Procuración decidió pintar la comisaría entera”.

Juan abrió la puerta y gritó:

—¡Alto, policía!

La imagen de un Oscar asustado, levantando las manos, se impregnó en mis pupilas.

—¡Boludo, casi nos matás del susto! —le reclamó Fabián.

Oscar estaba bajo la galería del patio y a sus pies descansaba un perro.

—La encontré cuando venía para acá. Pobrecita, estaba bajo la lluvia, está preñada y le deben faltar pocos días para dar a luz. Le estoy haciendo una cucha para que no sienta frío, no sienta frío.

Dejamos que Oscar continuara con su altruista misión y regresamos a nuestros lugares, intentando que nuestras pulsaciones recuperaran su ritmo normal.

—¡Qué julepe me pegué! —exclamó Fabián, llevándose las manos a la cabeza.

Francisco volvió a ocuparse de sus expedientes y yo volví a mi estado contemplativo anterior, con los pies sobre el escritorio y las manos detrás de la nuca.

Una hora después, la tormenta había empeorado y el sonido de los truenos estremecía el cielo. El ruido del agua me relajaba y estaba a punto de dormirme, cuando me despabiló el inconfundible ruido de la puerta de la comisaría al abrirse.

Un hombre empapado y envuelto en un impermeable gris, se acercó a la guardia.

—Quiero..., necesito hacer una denuncia —dijo nervioso.

Fabián y Juan, muy serios, le señalaron la puerta donde Francisco y yo lo estábamos esperando.

Aunque el hombre tenía el piloto completamente cerrado, sus manos se movían inquietas y tendían a cerrarlo aún más. Su actitud era sospechosa y eso no tenía nada que ver con lo paranoicos que estábamos.

—Buenas noches, quiero hacer una denuncia —manifestó el hombre.

—¿Qué quiere denunciar? —pregunté, mientras mi mirada y la de la Francisco lo recorrían de arriba abajo.

—¿Puedo pasar? Se trata de un asunto privado —dijo él metiendo sus manos en el piloto y moviéndose de forma extraña, como si estuviera temblando.

¿Qué carajo tenía debajo del piloto que lo ponía tan incómodo? ¿Una

granada? ¿Explosivos?

Aparentemente, Juan y Fabián hicieron las mismas suposiciones porque comenzaron a acercarse sigilosamente. Al mismo tiempo, Oscar, que venía del patio, se detuvo a contemplarlo con desconfianza.

—Señor, se lo voy a preguntar por última vez, ¿qué quiere denunciar? —pregunté elevando la voz.

—Ya... ya se lo dije, es algo privado —balbuceó, mirando angustiada a su alrededor y notando que estaba casi rodeado.

Iba a agregar algo más, pero al sacar las manos de sus bolsillos, un objeto metálico cayó al piso. Entonces, Oscar, que era el que estaba más cerca de él, gritó:

—¡Una bomba! —y luego corrió hacia el patio.

—¡Chicos, cúbranse! —gritó Juan, mientras él y Fabián corrían a protegerse detrás del mostrador de la guardia.

Francisco y yo corrimos hacia la oficina del ayudante fiscal y nos tiramos debajo del escritorio. Me cubrí los oídos, odiaba los sonidos agudos y ya que no podía evitar volar en mil pedazos, al menos podía intentar moderar el ruido que tanto molestar me provocaba.

Los minutos pasaban y la explosión no llegaba, Francisco, que había tenido que hacer contorsiones para lograr meterse debajo del escritorio, estaba incómodo y al moverse un poco para cambiar de posición... ¡Trac! No era el ruido que esperaba oír, no era el sonido de una explosión, sino de algo rasgándose.

—¡Uh! ¡Boludo, se me rajó el pantalón! —exclamó.

Mi respuesta fue una carcajada que fue creciendo hasta terminar un ataque de risa descontrolado. Francisco me imitó, poniéndose rojo porque en la posición en la que estaba, la panza apenas si lo dejaba respirar.

Las carcajadas continuaron y las lágrimas me estaban manchando los anteojos, cuando alguien golpeó la puerta:

—¿Hola? ¿Disculpen? —dijo el hombre del piloto.

—¡Era un encendedor de metal! —gritó Juan, que fue el primero que tuvo el coraje de ir a ver qué pasaba con la supuesta bomba.

Arrastrándome y todavía tentado por la risa, logré salir del escondite anti bombas.

—Discúlpenos, señor, estamos en una noche complicado —me excusé.

Lo hice pasar a mi box para tomarle la denuncia, pero cuando él vio una

de las estufas en la pared, exclamó:

—Por favor, esperá un segundo, quiero ver si me puedo calentar, estoy congelado.

Se colocó frente a la estufa y cuando abrió un poco su piloto, me di cuenta de que estaba completamente desnudo, sólo tenía las medias y los zapatos.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—Me asaltaron, me robaron el auto.

—¿Y también la ropa? —observé sorprendido porque no era algo que veía muy a menudo.

—Algo así —contestó él con una sonrisa incómoda—. Por eso quería hablar en privado, es un temita complicado.

El relato del hombre aclaró todo lo sucedido. Estaba en un bar con unos amigos, cuando conoció a una chica muy bonita que le propuso ir a un hotel alojamiento.

—¿Te asaltaron dentro del telo?

—No. La chica era un fuego y yo llevo casi tres meses de abstinencia, mi mujer está embarazada y como está muy incómoda, me cortó los víveres. Camila, la chica con la que estaba, se puso juguetona y yo estaba tan excitado que tuve que estacionar a un costado de la ruta para evitar chocar. Estábamos en lo mejor, cuando aparecieron tres tipos armados, me apuntaron y me obligaron a bajar del auto.

Las llamábamos las “viudas negras”, chicas jóvenes y atractivas que seducían a hombres de buena posición, prometiéndoles una noche de lujuria que solía acabar con el incauto decepcionado y sin billetera, ni objetos de valor.

—Además del auto, me sacaron el reloj, el teléfono, la billetera, pero Camila al menos se apiadó y me dio el piloto. Si hago la denuncia, ¿mi mujer se va a enterar de esto? —quiso saber el hombre.

Contesté todas sus preguntas y luego le presté el teléfono para que llamara a un amigo que pudiera traerle ropa.

Esa fue la única denuncia que entró en toda la noche.

A las 6 de la mañana, dos agentes de Interpol llegaron a recoger el paquete.

—Llegamos antes —anunció un agente muy alto con un acento que evidenciaba que el español no era su lengua natal.

Su apellido eran Parken y el de su compañero era Navarro. El primero era estadounidense y el otro era español.

Parken escudriñaba los rincones de la comisaría buscando sistemas de detección de intrusos, alarmas o un pelotón de gendarmería escondido en algún lugar. Luego, su mirada arrogante se posó sobre Fabián, que a su lado parecía un pigmeo.

—Honestamente, creímos que no lo íbamos a encontrar —comentó Parken—. O lo mataba alguien de afuera o lo mataban ustedes mismos, o lo dejaban ir, aceptando algún generoso soborno de Torres Mejía. Seis millones son capaces de marear a cualquier oficial de bajo rango.

Por suerte, Juan estaba escuchando desde la puerta de la oficina y con Francisco pudimos agarrarlo para que no se le fuera encima al de Interpol.

—¡Qué se lo lleven de una vez! —le susurró Francisco.

Hicieron todo el papeleo y cuando Torres Mejía ya estaba dentro del auto en el que iba a ser trasladado, el agente Parken se despidió diciendo:

—Entre todas las hipótesis, yo apostaba por la del soborno. Realmente creí que ustedes lo iban a dejar ir. El hombre tiene mala suerte, entre tantos argentinos corruptos, le vienen a tocar justo los únicos honestos.

Creo que el tipo nos estaba haciendo un halago, aunque ninguno se sintió lisonjeado.

No obstante, cuando estaba en la vereda a punto de subir al auto, Oscar salió detrás de él.

—Agente Parken, tome, para que usted y los muchachos puedan desayunar, puedan desayunar —dijo entregándole la bolsa con las hamburguesas de McDonald's.

Estaba muy desvelado, la tensión de esperar que en cualquier momento nos mataran me había desatado una ola de adrenalina que me impediría conciliar el sueño durante unas cuantas horas. Estaba pensando en ir a correr cuando, sin darme cuenta, me pasé un semáforo en rojo y casi me estrello contra un auto. El conductor me puteó y yo le devolví la puteada, a pesar de que aceptaba que la culpa había sido mía.

Me detuve en el próximo semáforo y mientras esperaba que la luz cambiara, un sobre que estaba sobre el asiento del acompañante llamó mi atención. No recordaba haber dejado nada allí. Extrañado, abrí el sobre y encontré una hoja con una frase escrita en computadora: “*¿Ya leíste los*

obituarios de hoy? Te dejé una sorpresa”.

Tardé unos segundos en asimilar lo que estaba ocurriendo. Estacioné el auto y me bajé para revisar las cerraduras, pero ninguna parecía forzada.

Me sentía alterado e incómodo, alguien había estado observándome y era lo suficientemente bueno como para no dejar rastros. Estaba intentando calmarme para poder pensar mejor, cuando divisé en la esquina a un vendedor de diarios.

Corrí hacia él para descubrir cuál era el mensaje que habían dejado para mí. Me puse a leer apoyado en mi auto y en la segunda hoja de los avisos fúnebres, encontré lo que buscaba:

“A la memoria del Dr. Schneider, lo recuerdan con agradecimiento: Gabriel Santamaría, Horacio Méndez, Cecilia Olivera, Alicia Macey, María Dot, Daniel Villavicencio y Camilo Ariza”.

¡No podía creerlo! Por eso Ariza estaba tan seguro de que la historia era verdadera, él fue uno de los voluntarios.

NOTA DEL AUTOR

La historia continúa en el libro II de la serie, el cual será publicado en marzo del 2019.